

Luis Leigue Castedo

El Iténez Salvaje

Prólogo de

Fernando Diez de Medina

1957

© Rolando Diez de Medina, 2016
La Paz - Bolivia

INDICE

Prólogo de Fernando Diez de Medina

Capítulo I

EL MEDIO GEOGRÁFICO

- I.- El Iténes Salvaje
- II.- Origen de la tribu Moré o Iténes
- III.- Zona de influencia
- IV.- Situación y Aspecto general del Relieve
- V.- Clima, Flora y Fauna

Capítulo II

ORGANIZACIÓN SOCIAL Y POLÍTICA

- I.- Rasgos y Características Fisonómicas
- II.- Aspecto Político-social. Anarquía y Patriarcado
- III.- La Vivienda y el Hogar
- IV.- El Matrimonio. Poligamia y Prostitución
- V.- Maternidad. Embarazo, Parto y Aborto

Capítulo III

EL TRABAJO Y LOS INSTRUMENTOS DE PRODUCCIÓN

- I.- Ocupación y Cultivos
- II.- Las Armas
- III.- Cacería y Pesca
- IV.- Piratería y Nomadismo

Capítulo IV

LAS COSTUMBRES Y GENERO DE VIDA

- I.- Aseo y Hábitos Personales
- II.- Vestuario, Arreglo y Tocado
- III.- Alimentación y Comestibles
- VI.- Hospitalidad y Egoísmo

Capítulo V.

MENTALIDAD Y CULTURA PRIMITIVA

- I.- Creencias y Supersticiones
- II.- Cuentos y Leyendas
- III.- Culto a los Muertos. El Oyám
- IV.- Curaciones y Hechicería
- V.- Número, Forma y Color. El Tiempo y el Espacio
- VI.- Símbolos, Dibujos y Estilos Primitivos
- VII.- El Idioma (Cuadro comparativo)

Capítulo VI

TRADICIÓN Y SENTIDO LUDICO

- I.- Música e Instrumentos Musicales
- II.- El Canto y la Danza
- III.- Juegos y Deportes

EPÍLOGO

APENDICE. Principales palabras y frases del vocabulario Moré o Iténez
Por Siempre: homenaje póstumo.

COLECCIÓN DE ETNOGRAFÍA Y FOLKLORE 3

*A mí padre, a mi esposa
y a mis hijos.*

Fernando Diez de Medina
Ministro de Educación y Bellas Artes

Raúl Calderón Soria
Director Nacional de Cultura

Alberto Calvo
Asesor Técnico

EDUCADORES EN LA SELVA

Hay dos hechos que no requieren demostración: ignoramos nuestra geografía y no sabemos apreciar la obra social de los maestros bolivianos.

Cien años atrás el francés Alcides D'Orbigny nos enseñó a recorrer y reconocer el territorio afrontando dificultades y peligros. Los capítulos que nos dedica en su *Viaje a la América Meridional* mantienen vigente. ¿Qué cambiaron o nacieron después los cánones de la etnobiología? Tal vez. Pero lo que el sabio vio, analizó y supo transmitir del paisaje y del hombre bolivianos, quedará por mucho tiempo, porque D'Orbigny se desvivió en la proeza ya perdida del viaje auténtico, el que se realiza a través del propio riesgo, de la experiencia profunda, conociendo morosamente tierras y costumbres.

¿Quién repetiría hoy la hazaña del explorador galo? Muy pocos, a pesar de las múltiples seguridades y ventajas de la técnica moderna. Despojado de su antiguo acento heroico, el viaje es hoy más placer que empresa de aventura. Cruzamos mares, cordilleras, desiertos: a 500 kilómetros por hora se divisa poco y se asimila menos. El hombre nuevo va olvidando el arte de viajar; se traslada, simplemente, cuanto más rápido mejor. De aquí la fama increíble de los turistas transatlánticos y los nómades de su propia tierra que ignoran mundo y patria porque carecen de tiempo para sumergirse en ellos.

Pero en esta porción casi desconocida del planeta –Bolivia- donde todavía el horizonte es lejanía, alienta el mito, y el poblador se dispersa en núcleos sociales desvertebrados por una dislocada geografía, aún son posibles viaje, aventura y proeza humana.

Hace casi 20 años, dos jóvenes educadores –Luis D. Leigue Castedo y su esposa Yolanda Suárez de Castedo- acometieron la estupenda tarea de redimir socialmente a los indios Iténez o Moré. Este libro contiene no la historia de esa hazaña social, que sus autores callan modestamente sino el testimonio vivo de una raza autóctona que al trasfundirse al molde occidental aporta las esencias americanas sin mengua. Hay, pues aun dentro de lo que llamamos barbarie o primitividad, un saber intuitivo, un principio instintivo de organización colectiva, un substratum larvado de fuerzas inéditas que solo despiertan al toque del amor.

Moré, comarca de leyenda, región paradisiaca, situada sobre las márgenes del soberbio río Iténez, en el Beni de embrujo y maravilla, es el escenario de esta peripecia colonizadora que tiene de mansedumbre evangélica y de fortaleza pedagógica.

¿No sería, ésta, la pedagogía del carácter, de la voluntad, de la energía constructora que pedía nuestro Tamayo?

Este estudio sobre la vida, costumbres y leyendas primitivas de los indios Iténez, Moré o Guníam no es una creación literaria de alardes primorosos. No se busque en sus páginas la música difícil del estilo regalado. En más bien una ensayo de investigación que linda con la biología, la etnografía, la sociología y la lingüística. Pequeño tratado de biología social –podría decir un subtítulo- sobre un grupo selvático del Beni. Y en verdad que todo lo comprende: origen, geografía, rasgos antropológicos, vestido, armas, juegos, artes, mitos y religión. Se registra lo mismo aseo y hábitos personales que costumbres hogareñas y usos sociales. Anarquía y patriarcado. Virtudes y defectos. Formas de vida. Nociones rudimentarias de tiempo, espacio, número, color, símbolos. Todo cuanto constituye punto de orientación o pista para el sociólogo. Aquí están los Iténez o Moré en el esplendor de su existir primitivo, bárbaro para el occidental, sabiamente concertado dentro de sus normas naturales y sencillas.

El autor enriquece el texto con dibujos de poder didáctico. Un lenguaje noble, directo, desprovisto de galas retóricas, fruto más de la observación atenta que del largo meditar. Si Leigue Castedo se empeñó veinte años en la redención social de los Iténez, los Iténez lo absorbieron a su vez hasta convertirlo en padre de su génesis histórico. Es el típico caso del redentor redimido. No hay literatura más alta que ésta que brota del hecho humano y se proyecta para enseñanza de las generaciones.

Cierra la obra un importantísimo Vocabulario Silvícola que hará la delicia de lingüistas y etnólogos.

Más que una monografía de tipo acumulativo, antes que un estudio de investigación social, *El Iténez Salvaje* es un cuadro vigoroso de la vida nativa en las poblaciones pintorescas de la hidrografía beniana. Selva y río se anudan en abrazo potente. Hombre y suelo unimisman un destino.

El libro viene cargado de revelaciones, sorprende por la espontaneidad del relato. Bello alarde que abre ruta hacia esa didascalía territorial que tanta falta nos está haciendo.

Patria se hace así: como los Leigue Castedo, labrando en la arcilla humana el rasgo civilizador, rescatando la tribu y elevándola a una ordenación social.

Esta es la Bolivia de las tierras interiores, la raza incógnita quebrada en mil fragmentos diversos que duerme a la espera de un porvenir mejor.

Mejor nacionalismo no conozco. Mayor pedagogía tampoco. Este heroico maestro boliviano que se instala con su joven esposa en la selva beniana, funda familia, y aislado de la civilización dedica su vida al rescate social de los nativos, merece atención y gratitud del país. Poco me parece la condecoración de la Orden del Mérito del Maestro que le daremos. He querido también que le llegue la admiración nacional a través de estas líneas, por su vida que recuerda el caso ejemplar de Albert Schweitzer, redentor de los negros africanos, y por su obra que más que a la literatura pertenece ya con voz propia a la sociología boliviana.

Las cuatro dedicatorias pintan al autor de cuerpo entero. La primera es una definición de vida que honra la estirpe humana. La segunda recuerda al progenitor que murió cuando Moré surgía. La tercera honra a la esposa que dio savia y perfume a su tarea. La cuarta habla de sus ocho hijos que tuvieron que ceder algo de sí mismos para que fuera posible el milagro de Moré.

Parece un cuento de hadas. Y acaso lo sea si se alcanza la fragancia que emana de Moré, tierra de leyenda y poesía, pero también zona de realización inteligente que constituye una lección de amor, de alegría y sacrificio.

Que ciencia, letras y pedagogía se enorgullecen de este libro. Saludo en Luis D. Leigue Castedo a uno de esos grandes maestros bolivianos que formados en la tradición del insigne don Elizardo Pérez, están creando la escuela activa de la educación indigenal y el rescate de las mayorías olvidadas.

El Iténez Salvaje es un hito de bolivianidad. Un mensaje cristiano. Recorramos sus páginas con amor y comprensión.

Fernando Diez de Medina

CAPÍTULO I

EL MEDIO GEOGRÁFICO

I.- EL ITÉNEZ SALVAJE

El río Iténez o Guaporé, cuyo curso en gran parte sirve de límite internacional con los Estados Unidos del Brasil, tiene una extensión navegable de 1716 kilómetros y se recorre en más o menos 170 horas a motor, entre el actual Puerto Moré y Villa Bella de Matto Grosso. En su curso recibe la contribución de más de quince ríos interesantes, ya por su riqueza forestal o ya por su riqueza humana que, en estado salvaje, habita esas alturas o nacientes. Resulta, por este motivo, ser un río de notable significación en el campo de las especulaciones antropológicas y etnográficas.

Como dato ilustrativo se puede citar, por el lado boliviano, que en las montañas que bordean el río Paraguá o Serre vivió, se redujo y casi se extinguió la tribu de los *pausernas*; en las nacientes de los ríos Colorado o San Simón y Curichá habitó la tribu o nación de los *baures*, que extendía su dominio a las nacientes del San Martín y Negro; en las nacientes del río Blanco o Baures, hasta hace poco se ha sentido la agresión de los indios *yanahiguas*, habiendo pasado a la historia la influencia de los *chapacuras*; por las nacientes del río machupo aún se encuentra diseminada la tribu de los *sirionós*, cuya dispersión comprende una extensión considerable de zona salvaje que llega a tocar las Misiones de Guarayos, -los Limos y Cuatro Ojos del río Grande, Yapacaní y Puerto Grether en el Ichilo-, el monte de San Pablo con su central Casarabe, los montes del Ipurupuro y Cocharcas hasta la Misión de Santa María.

Por el lado brasileño, el Río Iténez o Guaporé tiene aún mayor importancia en el campo de estas investigaciones, ya que todavía se encuentran estas tribus en estado primitivo. Así tenemos la influencia de los *pacanovas* desde la Boca del Iténez hasta Guayaramerín; los *caerenam* o *cautarios* que habitan las nacientes del río Cautario; los *macurap*, los *corumbiara*, los *arúa*, los *maimandé*, los *quiapuré*, los *ñambicuara*, los *massaca*, los *cabixi*, etc., que habitan las nacientes o alturas de los ríos San Miguel, Colorado, Meckens, Branco, Corumbiara, Cabixi y otros que descienden de la Cordillera de los Parexí, riquísima en elemento humano en estado salvaje, y todos con influencia directa sobre el comercio y la industria del Iténez.

Con la circunstancia notable de tener bajo su abrigo más de doce tribus salvajes, las aguas negras y transparentes del río Iténez se deslizan mansas sobre sus bancos de arena, y también locas y rugientes en sus cascadas de enormes piedras, hasta llegar en su travesía de Sudeste a Noreste a tocar el Río Mamoré, en los grados 12 latitud sur y 65 de longitud Occidental, en una recta magnífica de 20 a 25 kilómetros.

Precisamente en esta zona de la confluencia, y en una forma internacional, dominó por largo tiempo la bravura de una nación indígena y llamada *Iténez* por muchos y muchos que, si no fueron víctimas de sus asaltos, por lo menos fueron testigos de tantas narraciones espeluznantes que ahora han pasado a la historia del Núcleo Indígenal Moré. Como ejemplo citaremos el famoso asalto que, en 1910, hicieron estos indios a dos embarcaciones que pernoctaron en el pedregal de la barraca "Sorpresa" de Dn. Tancredo de Farías Mattos. Era noche de luna, cuando dominados por la fatiga los viajeros fueron obligados a encostar, y eligieron estratégicamente un gran playón como campo abierto en todas direcciones; en la alta noche se levantan desfavoridos ante la lluvia de flechas y la algazara salvaje de los *Iténez*. Parte de los tripulantes de una embarcación logra fugar con

del Azul. Su pericia de afamado médico, permitió su viaje hasta Hamburgo, donde se le practicó la correspondiente intervención quirúrgica que salvó su vida.

El Padre Cardús, en su libro "Las Misiones Franciscanas" págs. 287 y 288, dice: "Parece que dichos indios son bastante numerosos; pero aun cuando no lo fueran, son tenidos por terribles y efectivamente lo son. Han muerto ya varios de los soldados brasileños que viven en la Fortaleza del Príncipe; los pueblos de Magdalena, San Joaquín y San Ramón se ven frecuentemente molestados; y continuamente y en todas partes están acechando a los viajeros que navegan por aquellos ríos, haciendo averías todos los años. A veces atacan de frente a los tripulantes, apoderándose de las embarcaciones y llevándoselas para sus usos. Cuando los navegantes van aguas abajo, no pueden ser tan fácilmente sorprendidos ni acometidos; pero entonces los Iténez van siguiendo y adelantándose á las embarcaciones, pasando por dentro del bosque; y en ciertos puntos empiezan a imitar el canto de las perdices o la voz de otros animales, a fin de llamar la atención, engañar y detener a los tripulantes, excitándoles en cierto modo a que bajen a tierra como para cazar el animal cuya voz o canto oyen, y así poderlos flechar o robar. Otras veces se adelantan para ir a esperar a los navegantes en las *pascanas* en que de ordinario, antes de anochecer, suelen pararse a descansar, y allí los asaltan. En varios puntos, particularmente en el de la confluencias del Machupo con el Itonama, llamado "La Horquilla" es indispensable navegar siempre de noche y con los remos dentro del agua para no hacer ruido, y evitar así el ser sentidos, etc., etc."

Gráficamente descritos por el venerable Misionero, se ve que estos indios fueron temible piratas. Al llegar nosotros a su contacto en 1938, encontramos embarcaciones, herramientas, vasijas de hierro, aluminio y hojalata destruidas y esparcidas en la pampa y montaña que hoy ocupa el Núcleo Indígena Moré.

II.- ORIGEN DE LA TRIBU MORE O ITENEZ

Los estudios realizados con respecto al origen e historia de los indios habitantes de la confluencia del río Iténez, mal llamados *Moré*, permanecen en el secreto o la reserva de lenguas extranjeras, o bien las pocas traducciones castellanas, dan notas confusas y contradictorias.

El sabio francés Rivet, le asigna el nombre de *chapacuras* dándoles el origen de la tribu que habitaba la célebre cachuela situada en las nacientes del río Baures, ruta Yaguarú, y que por migración llegaron a esta zona de la confluencia.

En el año 1913, el sabio sueco Nordenskiöld les llamó *Guaniam*, palabra por ellos usada -huañám- en su canto llamado "Ta rán", y cuya traducción evoca la majestad de algún símbolo remoto.

En el año 1933, un sabio del Museo Etnológico de Berlín, Dr. Enrique Snethlage, que viniera a esta zona del Guaporé a estudiar las tribus selváticas del Matto-Grosso-Brasil-, conoció incidentalmente a estos indios, conviviendo con un grupo más inmediato y accesible, por espacio de ocho meses, y escribió como resultado de su estudio el libro "A tí coe", que desgraciadamente aún no tiene traducción castellana. En la versión de algunos párrafos que pude obtener, el Dr. Snethlage muestra gran interés por las características de la tribu, calificándola de elevada concepción dentro de su primitivismo; les hace derivar de los *Chapacuras*, y les asigna el nombre de *Moré* atribuyendo esta palabra a los Cautayos o Kaerenam que habitan la parte alta del río Cautario del Brasil.

Alcides D'Orbigny, en su libro "El Hombre Americano" les llama *Iténez*, derivando, quizás del vocablo indígena "i té", que significa "papá", o bien, de otro vocablo "i tém" que significa genéricamente "otro hombre" u "otro semejante"; pero el mismo autor refiriéndose

al río Iténez, dice que “dicho nombre “Iténez ha sido tomado de los indios salvajes que habitan sus riberas en el espacio comprendido entre el Forte de Beira y la confluencia con el Mamoré, siendo los españoles los que impusieron el uso corriente de este nombre”.

El Padre Cardús, en el año 1886, describe a estos indios en forma casi completa y exacta, de acuerdo al conocimiento que de ellos ya se tiene y les llama *Iténez*; sin embargo, él nota que otros les conocen con el nombre de Guarayos, palabra que dicho misionero refuta, añadiendo, que no son de raza guaraní.

En 1939, comisionado por el Museo Etnográfico de Gotemburgo, visitó y estudió a estos indios el Dr. Stig Rydén, cuyo libro titulado “Notes on the Moré Indians –Rio Guaporé, Bolivia”, revela el interés que movió la curiosidad y el estudio detenido del sabio Snethlage. El Dr. Rydén comparte dichas teorías y completa ciertas observaciones que muy de paso tomara en su diario de notas, como aquél, éste les asigna el nombre de *Moré*, y les hace proceder de los *Chapacuras*.

Precisamente, para poner en su sitio las diversas contradicciones y equivocaciones de escritores que los estudiaron de paso, con el análisis prolijo demás de diez años de convivencias, y con más de mil seiscientas palabras de vocabulario, son escritos estos apuntes sobre la vida general de los indios, mal llamados *Moré*, ya que ni esta palabra forma parte de su léxico, ni ellos le dan interpretación alguna.

Un estudio comparativo de lenguas limítrofes, como la Baures, Sirionó, Mojos y Guarayos, muestra a la lengua Moré muy diferente y ajena a la raíz guaraníca, como muy bien opina el Padre Cardús. Confirma esta apreciación un estudio comparativo con los indios *Cauta yó* de la Colonia Indigenal “Ricardo Franco” del Brasil, resultando que los Moré tienen palabras similares, y coinciden sus rasgos característicos; estos indios *Cauta yó* habitan el alto río Cautario, frente a esta zona de los Moré y están clasificados con el origen Tupí, que corresponde a toda la zona transversal que partiendo de la cordillera de los Pacanovas, toca las nacientes del río Tocantins. Esta similitud los aproxima familiarmente, y es aceptable la escisión que pudo haber en tiempos remotos debido a rivalidades características en las sociedades o conglomerados humanos. En este estudio comparativo con los *Cauta yó* reafirma la similitud de origen la narración hecha por Marcos Tontau, Samuel Utíp y Miguel Puicá, cuyos abuelos, al bajar del interior de la selva por el río Azul –*Isi cacom*- hacia el río Iténez –*Ru huít*-, en el paraje llamado *Timá huó*, encontraron a una familia extraña y desconocida, pero cuyo idioma semejante les permitió entenderse y entrar en amistad, dicha familia se componía de un anciano con su mujer joven, y un hombre joven llamado *Pa uró*, jovial y amistoso, que fue quien los puso en contacto. La familia permaneció mucho tiempo con ellos enseñándoles el uso y cultivo del algodón, así como a cubrir sus cuerpos desnudos hasta entonces, con la corteza de la higuera salvaje, haciendo sus trajes llamados *carapacán*. En esta circunstancia *Pa uró* mató a su padre por rivalidad y conquista de la mujer, con quien huyó retornando a la banda brasileña por la misma ruta que usaron en la venida, o sea por el arroyo *Cumí tuqué*, arrastrando, como invitados, a los abuelos de Marcos, de Samuel y de Miguel, que acompañaron a *Pa uró* hasta un monte alto y sombrío llamado *Tacachi*, de donde retornaron por temor al contacto con los otros amigos de *Pa uró*. Posteriormente, los *Moré* volvieron por el mismo arroyo hasta las alturas de *Tacachi* donde se encontraron con los compañeros de *Pa uró*, de quienes, temerosos, huyeron, siendo perseguidos por un gran número de ellos, que les gritaban y disparaban flechas.

Estas observaciones, junto con los relatos de actualidad, confirman la similitud o familiaridad entre los *moré* y los *pacanovas*, que no son sino los mismos *cauta yó* o *kaerenan*, dispersos en las nacientes de los ríos Cautario, Negro y Pacanovas, que descienden de la Cordillera de Pacanovas, donde actualmente está la central de los indios irreductos, que hasta ahora flechan a los moradores de Guajaramerín, Siete Islas y Barranquilla, de la frontera del Brasil.

Cuentan Marcos Tontau, Samuel Utíp y Germán Turúfuca, los más ancianos y comprensivos del Internado Moré, que esta zona ocupada por ellos fue habitada por otros indios llamados *rá paná*, o sea, los actuales *sirionós*, que eran numerosos y andaban desnudos, usaban flecha larga y hablaban otro idioma; que hubo un choque guerrero en las inmediaciones del lago Quimá maráñ, hoy lago Océano, a 17 leguas de San Joaquín; que los vencieron y persiguieron conquistando definitivamente esta zona de ocupación e influencia sobre la margen izquierda de la confluencia del río Iténez con el Mamoré.

En resumen, los conquistadores y evangelizadores españoles encontraron a esta nación de indios ubicada en el mismo lugar en que hoy se encuentra, con su nombre de *té* o *I tén* o *Iténez*, e irreductos y temibles a través de los siglos. Por este motivo, la palabra *moré* ha venido a sorprender las fuentes de la historia y la tradición lugareña, las cuales reconocieron y reconocen a estos indios con el clásico nombre de “indios Iténez” o “indios del Iténez”.

III.- ZONA DE INFLUENCIA

Determinada la ocupación de esta zona a raíz del choque guerrero con los que, seguramente, fueron indios *sirionós* –*ró paná*-, los *moré* o “Iténez” llegaron a dominar toda la confluencia del Río Iténez, llamado por ellos “Ru huít”, en sus márgenes boliviana y brasileña.

Por las noticias de antiguos moradores, así como por la relación verbal de los mismos indígenas, se puede trazar con exactitud el límite de su influencia: Partiendo de la confluencia, llamada comúnmente La Boca o “Porámañe”, y arribando el Iténez, dominaron el Forte del Príncipe de Beira, llamado por ellos “Curútiquí-ramainché-assim”, y llegaron hasta Costa Márquez, “Chacaicop”. Tomando el Río Blanco o Baures- “Cauto vá” permanecían en los chocolatales de Nueva “Caytití- en cuyas alturas cazaban un pavo silvestre apetecido por su carne y sus plumas pintadas que exhibían con orgullo de cazadores en sus mejores flechas; controlaban el Río Machupo –“Muem tóc”- y acechaba la estratégica posición de La Horquilla – “Che poéc- hasta el actual sitio poblado de las Pampitas –“Coropan ramainyé”, de donde tocaban las inmediaciones de San Joaquín Namá mam”, bordeando la parte septentrional del actual Lago Océano –“Quimá maráñ”-, el Lago de Warnes- “Nacán iyí”- y toda la formación del Río Azul –“Isíacóm”- hasta tocar el Río Mamoré – “Toác tóc”- en la región llamada Warnes – “Namá chorao”-. Bajando el Río Mamoré, cuyas ambas márgenes dominaron, acechaban la barraca Vigo – “Umácocuquí”-, Alejandría –“Huarazda”-, y se detenían en el barranco “Chintoco utsú”, hoy Singapur, donde encontraban abundante y variada cacería. Siguiendo hasta La Boca o sea el punto de partida, dominaron “Huayinatín” o sea la actual barraca Sorpresa, donde tenían un campo amplio y estratégico para sus asaltos, y bajando hasta el Lago Mercedes – “Comíco caparí”-, terminaban allí sus correrías, entretenidos en la abundante pezca, cacería y extracción de la chonta fina para sus arcos.

Esta amplia zona ubicada en los grados 12 a 13 de latitud Sur y 64 a 65 de longitud Occidental, no era habitada por ellos en forma permanente, sino su radio de influencia temeraria y temporal en procura de la caza, la pezca y el asalto y la matanza para el robo. Después de una ausencia precaria y cargados de una buena cosecha, volvían a sus islas, sus pampas y sus arroyos que dan al “Isíacóm”, donde sus familias esperaban ansiosas el casi asegurado éxito de los piratas y aventureros *Iténez*.

IV.- SITUACIÓN Y ASPECTO GENERAL DEL RELIEVE

La zona de ocupación y vivienda estaba reducida al mismo ángulo Mamoré-Iténez, que tenía como puerta de acceso la Bahía de Azul –“Tacófután”-, pudiéndose distinguir

tres aspectos topográficos: *El Litoral*, que tenía por centro de actividades “El Corte”, célebre por el temor que inspiraba a cuanto navegante cruzaba por allí; las viviendas estaban ocultas en la maraña que daba acceso a los barrancos prominentes, como los denominados “Námama pará”, “Memye timác”, Pueye isícacóm”, “Huayintín”, entre los que, el lugar que actualmente ocupa Puerto Moré, se distinguía con el nombre de “Pui sírihua”, o sea “El Espinal”, donde los indios, en tiempo de aguas, cazaban los animales allí refugiados por la anegación de los campos, y en tiempo seco, obtenían la miel de abejas depositada en los huecos de los árboles.

Otro aspecto del terreno y del ambiente eran *Las Pampas*; zona singular y característica que ocupaba el interior del Litoral, entre los 8 a 45 kilómetros y que tenía como base o centro de actividades la isla “Cumicu ú tatau” actualmente ocupada por la seccional industrial llamada Monte Azul. Las pampas están cubiertas de paja brava y sus planos inclinados forman el cauce de los muchos arroyos que deslizan sus aguas sobre lechos de arena y llevan su caudal para engrosar el Río Azul o “Isícacóm”, que desemboca a poca distancia de la confluencia del Río Iténez. En la parte elevada de las pampas hay grandes zonas de piedra menuda, -ripió o cascajo- donde se forman los mangabales, variedad de gomero muy solicitado por la fruta exquisita llamada mangaba quemadura de octubre a diciembre; en la zona fértil, desprovista de ripio, se alzan las islas reconocidas por su riqueza, ya en cacería, en frutales o en la variedad de las palmeras que daban aceite o leña apropiada para sus arcos.

El tercer aspecto se presentaba más al fondo, o sea a una distancia media de 55 kilómetros, donde los más reacios al contacto con la civilización buscaban refugio y segura protección en la selva espesa de *Los Castañales*; allí, al pie de vertientes de aguas cristalinas, vivían más felices, gozando de su libertad en medio de la abundancia y la riqueza: pesca, fruta variada y caza salvaje.

Restando el Litoral inundadizo, la zona pampeana corresponde a las alturas de tierra rojiza e hidratos de hierro que, pasando por San Joaquín, comprende la zona de Guarayos y Chiquitos hasta tocar con el Río Paraguay, que, por el naciente, deslinda nuestras fronteras con el Brasil.

V.- CLIMA, FLORA Y FAUNA

Cada zona diferencial que se ha descrito está dotada de una riqueza natural espléndida, que influyó para hacer del indio un ejemplo de altivez, libertad y soberbia.

En El Litoral, estaba la pesca variada del Río Iténez; las playas riquísimas en huevos de gaviota y tortuga desde el mes de julio a octubre; los barrancos rojizos que señalan alturas, son cubiertos de una mata enmarañada donde se esconde el tatú, el jochi pintado y el colorado, y a gacela propia de esta clase de parajes; los barrancos de la zona baja son cubiertos de frondosos árboles donde descansan cobijados de la canícula gran variedad de patos silvestres, garzas, y donde buscan la fruta de la estación pavos, papagayos y la gran variedad de loros. La flora, en los barrancos bajos, se caracteriza por la abundancia en maderas finas de construcción, como el palomaría, la mora, el cundurú, la masarandula, el gabetillo, el pirañero y el morado; en los barrancos altos lucen su corpulencia los paquioses, tajibos, tintos, harcas, cutas, curupaúses, de maderas incorruptibles y de calorías ponderables como combustibles; las palmeras, en su gran variedad, obsequian su carnoso fruto y dan el tono de mayor distinción y belleza al panorama fluvial.

La Zona Pampeana, tiene variedad de patos silvestres de acuerdo a la altura y humedad ambiente, donde pastan ciervos, venados y gacelas, yomomos y junquillares que cobijan la majestad del boa constrictor o sicurí, y en cuya humedad germina y fructifica, magnífica, la vainilla; bandadas de patos, palomas, garzas y perdices buscan

alimento en los junquillares. Los gritos estridentes de los tapacarés, leques y tordos curicheros, son la nota de atención para la manada arisca que rumia nerviosa y ágil en los islotes y lagunetas del bajío. En la parte alta de las pampas están la mesa de ripio y cascajos con tupidos mangabales que dan leche para bolsas, ponchos y pelotas, y también fruta sabrosa, jugosa y fragante; como nota dominante en la llanura, lucen esbelta corpulencia el almendrillo y la itauba, cuyos leños mellan el acero de las hachas. En las noches clareadas por la luna, el guajojó lanza su lamento que agudiza la soledad impresionante del paisaje.

La Selva, sombría y milenaria, guarda el cedro y el marú de maderas apreciadas por su jaspe, por su fibra y su fragancia; castañales o almendrales que dan la riqueza generosa de sus cocos, y la siringa cuya leche fue oro negro que hace treinta años vació las libras esterlinas de Inglaterra, y que ahora no merece ni el gesto complaciente de soberbios comerciantes. Frutas y flores perfumadas embriagan el ambiente semioscuro de la selva. El tigre sigue cauteloso la senda del tapir, o bien gana delantera a la tropa de los puercos que estremecen el ambiente con los chasquidos de sus dientes. Monos, manechis y marimonos dan saltos en los gajos de los árboles gigantes; la lira se arma y pavonea vanidosa tras el cauce rumoroso del arroyo; variedad de pájaros suman sus trinos y gorjeos al siringuero infatigable. Allá, en el chorro de agua de un barranco, se alza la palma real, sola, orgullosamente sola, como centinela del misterio que guarda la majestad salvaje del conjunto.

Toda esta variada riqueza animal y vegetal, en cuyo medio vivió hasta ayer el hombre salvaje que aún tenemos en Bolivia, está protegida por un clima húmedo y tórrido que corresponde a la zona amazónica, distinguiéndose de una manera general, el tiempo de lluvia, de diciembre a abril, y el tiempo seco, de mayo a noviembre. En la época de aguas, los campos o las pampas se inundan hasta 4 a 6 metros de profundidad presentando el aspecto de verdaderos mares o enormes lagos; en la época seca, estos mismos campos no dan una sola gota de agua y su inclemencia dura unos cinco meses, durante los cuales se queman, voraces, los pajonales.

Este clima tropical a la vera del Iténez, es fecundo en bichos y sabandijas ponzoñosas, como el mosquito que inocula el paludismo y la malaria, el borrachudo, cuya picada es la infección para la espundia; garrapatas, gusanos y avispas completan la nota repugnante y peligrosa de este clima.

El viento fuerte y persistente del Norte, con un calor solar que llega a los 42 grados centígrados, así como los vientos fríos y tempestuosos del Sur que bruscamente bajan la temperatura hasta siete grados sobre cero, obligaban al indio a buscar la protección de la selva, que fue su abrigo, su protección, su refugio y su riqueza.

CAPÍTULO II

ORGANIZACIÓN SOCIAL Y POLÍTICA

I.- RASGOS Y CARACTERÍSTICAS FISONÓMICAS

Con respecto a los *Moré*, en sentido general, podemos decir que sus formas son correctas y normales, pues no usaron procedimientos de deformación. Domina el tipo delgado y alto tanto en hombres como en mujeres en contraste con un reducido número de estatura baja. La musculatura de todos es fuerte, resistente y elástica; todos de boca grande y labios gruesos y dentadura algo mejor que regular, siendo muy pocos los que carecen de ella a excepción de los ancianos. Cabellos negros, abundantes, largos y lacios, contándose sólo dos casos de cabello ondulado en tez más clara que morena. La mayoría de color cobrizo, notándose varios de color más tinto, sin que por ello den señales de raza africana.

Ninguno de los hombres presenta la frente estrecha o comprimida, y por el contrario tienen la frente amplia, con clara prominencia del lóbulo frontal; ninguno presenta defectos en el pabellón de la oreja. En los indo-malayos, el pabellón es de forma regular más perfecta; el color de los ojos, en general, negro, brillante y húmedo, destacándose el caso de Fúcabác, joven de catorce años, de ojos claros con tinte verdoso; su piel, también clara, de tipo marcadamente piel-roja. Nadie supo dar una explicación, llamándole, "muerem tó", por esa particularidad.

Por los rasgos de la nariz, de los ojos y del conjunto general de la cara, se pueden distinguir fácilmente tres grupos clasificados en la siguiente forma: uno, el más notable, presenta el tipo clásico del piel-roja, de pómulo angular saliente, nariz quebrada, ojos negros, algo más que regulares y ligeramente oblicuos, mentón prolongados y saliente, frío y desafiante en la mirada, enérgico en el ceño, soberbio y orgulloso en sus maneras sociales e incluso íntimas. Otro grupo, muy reducido, muestra claramente su mongolismo, con la talla menuda y reducida, ojos pequeños y oblicuos, nariz y pómulos aplanados en rostro ligeramente triangular y casi siempre risueño. El tercer grupo, también reducido, deja ver claramente al indomalayo, aceitunado en el color, con rostro, redondeado que emerge de un cuello largo y delgado, y siempre risueño y alegre; muestra dentadura blanca y sana, destaca una nariz chica y ligeramente chata y unos ojos pequeños, negros y vivaces, más regulares que oblicuos; cuerpo alto delgado y el más elástico de todos, con pies y manos notablemente reducidos con respecto al resto de la familia *Moré*.

El metal de voz, en los hombres, es grave y profundamente gutural, y en las mujeres, suave, familiar y de clara sonoridad. La huella o pisada muestra corrección o normalidad en el andar, distinguiéndose, en los mongólicos o americanos, la planificación del pie, contrario a los indomalayos que presenta la curva o arco normal. Las manos y los dedos no tienen señal de deformación, y las mujeres de tipo indomalayo, lucen manos pequeñas. La verticalidad o plomada del cuerpo es normal, y la obesidad se observa en pocos a quienes llamaban "turú món".

De una manera general, todos ellos presentan altivez y energía, habiendo unos obsequios y nobles, como otros, los más, egoístas y soberbios. La mujer es esquiva y hermética aún en la vida social e íntima, y sus rasgos femeninos son bien definidos en un conjunto más atrayente que repulsivo.

La familia *Moré* presenta un conjunto regular y simpático, notándose un solo caso de flacura extrema que sobrevivió y se transformó al amparo de la Escuela.

II.- ASPECTO POLÍTICO-SOCIAL.- LA ANARQUÍA Y EL PATRIARCADO.

Al iniciar las labores de penetración y reducción de los indios *Moré* o *Iténez*, observé que en la isla inmediata a nuestro centro de actividades, llamado "Cumico tatao", (rinconada de los ciervos) hoy Monte Azul, sólo había dos familias: la de Memuí choró y la de Catoma, presentando las otras viviendas un abandono de notable tiempo atrás y las más, en estado de mata salvajes, que mostraban claramente el número de habitantes que hubo en otro tiempo.

Estos indios fueron los intermediarios para ponernos en contacto con la maloca de Tontau, al extremo poniente de la isla, más o menos doce kilómetros, donde encontramos al indio simpático y atrayente que se hacía rodear por un número regular de familiares. En contacto con estas tres familias llegué a saber y a constatar la forma de vida que llevaban, completamente anarquizadas y divididas en tres grandes grupos: los correspondientes al Azul, río y montaña que les servía de refugio; los vivientes en El Corte y los del Castañal.

Cada grupo estaba subdividido en familias separadas por casas aisladas e independientes donde el padre de familia era el jefe; así, en el grupo de Azul, sólo había tres casas familiares, llamadas "Macco huán", donde Memuí choró era el jefe familiar; a un kilómetro, "Sahuán", era el puesto de Tahuít huacá, también llamado Catoma, que era el jefe familiar; y a doce kilómetros, estaba la maloca llamada Poéc ohuán, donde el jefe familiar era Rurú choró, también llamado Tontau, por segundo nombre.

Ninguno de estos indios nombrados, que eran del mismo grupo amigo, se subordinaba a otro, y los familiares sólo obedecían al padre, que tampoco se arrogaba facultades de jefe, siendo la obediencia libre y voluntaria.

Este grupo del Azul era rival de los otros, en tal forma que no se podían ni siquiera avistar unos a otros por el temor de ser ofendidos; así, por ejemplo, cuando solicité la colaboración de los del *Azul*, para tomar contacto con los del *Corte*, se negaron, diciendo que eran enemigos; pero, llegué a persuadirlos con el buen trato y muchos obsequios, y con la promesa de que no habría inconveniente, y que más bien serían amigos, como que, en efecto, así fue. El temor fue alejado con el recibimiento cortés que nos hizo Men Assím y su hijo Zapato ipíc en su paraje llamado Namama pará.

A su vez, estos dos grupos eran enemigos de los del Castañal, donde precisamente estaban concentrados los más reacios. A una distancia de más o menos 55 kilómetros, entre los que figuraban como temibles entre ellos mismos, Utú iquít, también llamado Carinto por segundo nombre, como jefe familiar del puesto Romá máñ; Maram maram assím, como jefe familiar del paraje Namama tatáu; Ató ocpóc, también llamado Toá, como jefe familiar del paraje Tahuít paná; y Utíp, llamado Samuín, como jefe familiar del paraje Sáyicom, y otros más independientes y desvinculados por distancias de uno a varios kilómetros.

Analizado y estudiado el motivo para esta disociación, sólo salió a luz el motivo sentimental: la mujer; pues con el procedimiento que tenían de destruir los nacimientos, y en especial las mujeres, llegaron al momento crítico, en que el número de varones sobrepasó en mucho al de las mujeres, viéndose obligados a refugiarse en la soledad o el aislamiento para evitar el motivo o la ocasión de la conquista o la seducción o el rapto violento y mortal.

De esta manera explicado el motivo crítico social de los *Moré*, se puede apreciar que nuestra aproximación, conquista y reducción fue de un proceso largo, estudiado cuidadosamente y metódico, a fin de no provocar la susceptibilidad, ni entre familiares ni

entre grupos. La conquista se la hizo familia por familia y después, grupo por grupo; pues, como en otras tribus o naciones, no apareció el Capitán, el Pava ni el Tuchau, a quien se subordinan muchas familias, y conquistado un solo hombre, o sea el jefe, se obtiene el gobierno de todo un grupo numeroso.

Cuando ya tenía reunidos a los del Azul y El Corte pretendí distinguir a Tontau, y lo presenté como Jefe o Capitán a toda la tropa reunida en cuadro, y noté que él mismo se avergonzó ante la rechifla, no sólo de los mayores, sino aún de los muchachos, que hicieron comprender que habían salido por estar bajo mi autoridad y la de mi señora, llamándonos "Itóiti" e "Ináiti" que conservamos hasta ahora: Padre y Madre de esta gran familia *Moré* que, de la hostilidad y el salvajismo, salió a la cultura y a la protección que sólo podían darles generosamente la Escuela y el Gobierno de Bolivia.

II.- LA VIVIENDA Y EL HOGAR

Los *Moré* vivían en sitios tan bien escogidos, que se puede decir que la belleza panorámica guardaba armonía perfecta con la riqueza forestal. Así tenemos "Maco huán", vivienda de la familia de Tomás Memuichoró, que se encontraba al pie de una vertiente en el centro mismo de la selva hoy llamada Monte Azul, que es la sección industrial de *Moré*, donde se alzan gallardas palmeras de pachiúba, marfil vegetal, azaí y la imponente palmera real. Era un ambiente riquísimo en frutas, pesca y caza. La vivienda familiar de Jacinto Mem así se llamaba "Namama pará", sobre el "Corte del Iténez", conocidísimo por el temor a estos indios, sobre un barranco de gran perspectiva visual y al pie de una bahía y de una playa, que con abundancia daban caza y pesca. "Romá máñ", era la vivienda familiar de Pastor Utú iquít, en las nacientes del Río Azul, junto a enormes piedras de granito y rodeado de la selva más rica en almendras, cacería y pesca. La vivienda de Marcos Rúru choró, también llamada Tontau, se denominaba "Poéc ahuán", situada en la banda del Río Azul y en la rinconada que hace una pradera abrigada por la majestad de un monte llamado "Timá huó", donde la cacería de puercos y perdices era notable y también la pesquería en el Azul. "Uriró" o "Urirám" era la vivienda familiar de José Marantao, que, en una isla, dominaba los planos inclinados que forman la corriente de un arroyo. "Namama tatao", era la vivienda de Lorenzo Marám marám Assím, situada en la base de una meseta llena de frutales y con vista dominante a un arroyo cubierto de palmeras. "Sáyicom", era la vivienda familiar más distante de este centro en que analizamos el paisaje. Allí, a unos 70 kilómetros, vivía Samuel Utíp o Samuín con sus familiares, en medio de la abundancia y muy lejos de todas las inquietudes del peligro blanco. "Tocchi curuquí", era la vivienda de Huaráo cavác; "Huítche mahuín", la de Néstor Enóc y "Cauche pipsúm", la de Germán Turúfuca.

Cada familia vivía en parajes separados por varios kilómetros y ligados por caminos bien trillados que daban a comprender fácilmente la frecuencia con que se visitaban unos y otros. En cada vivienda había una o varias casas –"assím", que alojaba a varios miembros de familia. Las casas de vivienda eran sencillas, hechas de palos redondos y rústicos; armaban una sola corriente inclinada al poniente y con vista al naciente sobre la armazón de palos redondos sujetos con fuertes amarras de fibra – "mocón"; sobre la empalizada superponían, tejiendo, las hojas tiernas de la palmera "irám", muy notable por la casualidad incombustible que tiene, hasta tocar al suelo con el techo; la extensión de las casas dependía del número de familiares y de la valentía del dueño de casa. Vivían en promiscuidad y no tenían reparticiones o dependencias reservadas.

Los animales o aves que criaban, los resguardaban del peligro de la noche con un cerco rudimentario que, en forma de cono, tenía como centro el tallo de algún árbol frondoso; a esta protección se le llamaba "tahuít".

Las familias más caracterizados no dormían en sus casas, sino en una zona oculta y retirada estratégicamente, donde hacían un gran cono de hojas de patujú que cubrían

herméticamente, a tal punto que era muy difícil ubicar la puerta. Esta construcción se llamaba “u puím”, y allí se concentraban los miembros de toda una familia a pasar la noche sin el fastidio de la sabandija y con el reposo de la tranquilidad.

El matrimonio dormía con el hijo más pequeño en una sola hamaca amplia, habiendo otras más reducidas para cada hijo. Bajo las hamacas ardía lento uno o dos troncos leñosos que daban calor, alejándose la sabandija con el humo y había lumbre el momento que se deseaba.

Las hamacas, en la época lejana que no conocían el algodón eran fabricadas de la corteza de una higuera llamada “urú”, y también solían, o con la corteza “urú”, esmeradamente preparada para tal efecto.

En las grandes caminatas o en las fugas, improvisaban una choza “map ahúin”, a base de hojas de patujú recostadas sobre un tirantillo de palitos. En esas circunstancias, también solían dormir sobre el suelo en esterado de las mismas hojas y abrigados por la brasa de los troncos leñosos que les rodeaban.

Una familia generalmente se componía del padre –“i té”; de la madre –“iná”; de los hijos –“ni có”; hermano –“a yí”; abuelo –“uhuéoyo”; tío –“afó”; sobrino –“i huín”; primo –“a tín”; cuñado –“hunán”. Los familiares secundarios, se apoyaban, en su orfandad, al principal, a quien servían y de quien eran protegidos. Al tronco más notable por la valentía, se le agrupaban más huérfanos. Así encontré a Samuel Utíp y a Marcos Tontau; al primero en El Casteñal –“Sáyicom” y al segundo, en Monte Azul –“Poéc ohuán”, rivales ambos.

Los viejos, padre y madre, o marido y mujer, eran nobles para con los familiares protegidos, y muy tiernos, pacientes y tolerantes para con sus hijos que se criaban libres de rigores y leyes disciplinarias, y por consiguiente, autónomos, soberbios y temerarios.

Los hijos solían mamar hasta los tres y cinco años, siendo las madres víctimas de este esfuerzo, ya en la casa o fuera de ella y aún en las grandes caminatas. No acostumbraban la colaboración de una ama o sirviente, y sabían cargar y mimar al hijo más pequeño como si fuera recién nacido, pendiente de una hamaquita –“ruquín tocá”, sostenida por el hombro opuesto al cuadril donde descansaba.

Esta vida familiar tan íntima y libre en armonía con la abundancia y la belleza, era de una paz virgilliana, que no sé por qué extraño designio, hacía reaccionar en el indio *moré* o *Iténez* instintos tan salvajes como temerarios.

II.- EL MATRIMONIO, POLIGAMIA Y PROSTITUCIÓN

Los *moré* o indios *Iténez* no usaban ninguna fórmula para la unión matrimonial. La conquista y la fuga, como consecuencia de una fiesta, era el epílogo que unía en matrimonio a dos jóvenes o a dos personas independientes.

Se practicaba el amor libremente, sin reparos del miedo o la vergüenza. El joven que pretendía a una muchacha se trasladaba a vivir en el ambiente familiar y declaraba su amor –“uyim raman huá”- a la joven, quien, o de pronto aceptaba –“uyim ana fúm”- dejándose acariciar y besar –“cháiva man huá”-, o bien rechazaba de plano –“chic tumú nana fúm”.

La caricia y el beso eran notoriamente llenos de ternura. Suavemente enlazaba el cuello uno de los brazos y acercando con delicadeza el rostro sobre una de las mejillas, el pretendiente imprimía un fuerte contacto con los labios cerrados y la nariz, en aspiración profunda. Más que un sello labial, era la absorción del olor. A mí y a mi esposa, en

momentos difíciles, nos expresaron sentimientos y cariño besándonos en la misma forma, pero sí, ajustados a nuestro pecho y a nuestro cuello. Esa era la diferencia entre el amor y el cariño –“timú huan huá”.

Respetaban la consanguinidad entre hermanos y también entre primos hermanos. Sin embargo, encontré el caso de Turúfuca, viudo de más 45 años, que en pleno paraje solitario –“Cauche pipsúm”- vivía en compañía de su hija Ató iché, de once años, con quien se decía tener vida marital, llamándosele por consiguiente con el nombre de “huetam yo maicón”, que quiere decir, que vivía con su hija. Este motivo singular le alejaba del contacto social, y muy pocas veces se le veía en compañía de otros; pues tenía que observar esa norma de conducta, no tanto por el delito cuanto por defender a su mujer.

Cuando la conquista se realizaba con una hija de familia, el padre o familiares les daban un tiempo prudencial de libertad, a cuyo término penetraban en el monte para encontrarlos y traerlos al seno familiar, quedando con esto incorporados a la familia como marido y mujer. Los padres, sin mayor obligación, les proporcionaban los utensilios y artefactos que les eran necesarios, sin ceremonia ni aparato alguno. Sin embargo, había veces que los padres o familiares hacían convite de chicha y comestibles en honor del nuevo hijo o hija. “Tucusim tivá”, era el nombre de este festival por el cual se reconocían nuevos padres y nuevos hermanos.

No tenían un concepto fijo sobre la mayoría. La pubertad “at ná”, era el índice, en ambos sexos, que determinaba la unión, muchas veces prematura, debido, precisamente, a que los hombres contaban mayor número que las mujeres. Así por ejemplo, se cuenta el caso de Carinto, viudo de más de 40 años, que criaba a una huérfana, Machana huóc, de 10 a 12 años, con quien se decía tener vínculo sexual, y que se le respetaba debido a su temeridad. La Escuela, sin imposición alguna, dio las garantías para que cada cual obtenga libertad y encuentre su equilibrio dentro de la normalidad y las buenas costumbres.

Casi todos eran monógamos y cuidaban con celo extremado a la mujer que les acompañaba; sin embargo, en el paraje familiar de “Sáyicom”. Encontré a Utíp, que también le llamaban Samuín por segundo nombre, con dos mujeres, bígamo, “ticóran huá”, en amable o bien estudiada convivencia con Moró ariszám, madre de dos hijos, y Ahuín cavác, joven de buena presencia. Y como si esta hazaña no fuese importante, en una fiesta donde me tocó la suerte de estar en compañía del notable etnólogo sueco Dr. Stig Rydén, Utíp conquistó el amor de una viuda interesante, llamada Huiric sacássi, imponiendo la aceptación de todos por la hombría que le caracterizaba. Al bromearle nosotros para inspirarle amistad y confianza, él, orgulloso, se golpeaba el pecho, diciendo “mui chinta”, que quiere decir que “tenía suerte para con las mujeres”. La Escuela, con su método de protección, garantía y ejemplo, en el curso del tercer año definió la situación de Utíp en forma natural y espontánea. La elevada concepción intelectual del indio *moré*, hizo que las mujeres despertaran el sentimiento de honorabilidad y pudor. Huiric abandonó a Utíp en forma radical y concluyente, sorda a las súplicas del marido, quien se vio obligado a reconocer y aceptar el hecho, y a buscar la conquista de una cuarta mujer, viuda joven, llamada actualmente Yolanda Huan iché, con quien tiene ya tres hijitos.

Las mujeres demostraban tener mucha sensibilidad, revelada en sus movimientos nerviosos y precipitados y en la presteza de la mirada y del oído. Sin exageración alguna se puede decir que estaban listas a captar hasta la intención del hombre, quizás debido a la continua acechanza de los varones, que en número superior se disputaban el privilegio de una mujer. Esta, dentro de una seriedad casi estática e inabordable, pecaba –“huanán huá”- en la espesura de las matas a simple seña o consigna imperceptible y con gran escándalo en los festivales.

Cuando se trataba de la conquista de una mujer comprometida, ésta era víctima de tremendos ultrajes de parte del marido, quien a veces llegaba hasta a victimarla con sus flechas. Por este motivo, Dolores Ahuín cavác, muestra en su cuerpo 22 cicatrices de formidables cortes de machete; el seductor huía lejos, protegiéndose en otro grupo rival o enemigo de la familia damnificada, y si era sorprendido infraganti, moría en el acto.

Marcos Tontau, viudo, conquistó a Margarita Mem huóm matando a su rival con un certero flechazo en el estómago, en la alta noche, cuando dormía profundamente; todo, combinado con la mujer con quien se veía furtivamente en el monte.

La prostitución se practicaba por incentivo sexual, a hurtadillas, y también por dominio absoluto del varón sobre la mujer, quien por lo general no oponía ninguna resistencia. Curioso era ver a los niños pretendiendo practicar estos ejercicios con la mayor soltura e inocencia, incluso en los dos primeros años de nuestra catequesis. Los animales, con sus demostraciones naturales e instintivas, avivaban los sentidos, ya que los padres observaban mucha reserva y pudor, pues jamás hacían esa práctica dentro de casa, sino en la parte más oculta de la mata salvaje, en el día, y generalmente después de las comidas, cuando se podía disimular con el pretexto de cumplir otras necesidades corporales. Lo hacían en el suelo y, en casos necesarios, sobre hojas que, para el efecto, cortaban. El hombre ordenaba a la mujer –“titímra”- y ésta, sumisa, suspendía sus ropas para no mancharlas, y si era en delito de adulterio lavaba sus partes con orín a falta de agua inmediata. Los más antiguos, acostumbraban imitar a los animales, ordenando a la mujer a que flexione el tronco hacia adelante –“huée vin ná”- y en esta posición, el hombre la poseía de pie, sin inclinación alguna; esta forma, la más rápida, era usada por los adolescentes y por todos aquellos que robaban el amor –“tot tan huá”-. Con mucha vergüenza y reserva informan que antes usaron la costumbre de los grandes monos –“huarám” y “o huarám”-, que en la época del celo, sobre gruesas ramas de árboles gigantes, aproximaban sus cuerpos, sentados, y que la hembra, de esta posición, pasaba a recostarse de espaldas bajo el cuidado y protección del macho. “Oc maná món”, era el nombre con que distinguían esta pintoresca como clásica figura.

Los hombres, especialmente los jóvenes, se sabían bromear comentando actos sexuales; en cambio las mujeres jamás comentaban esta clase de sucesos, y todo acto se guardaba en la reserva más absoluta, como si no se hubiera visto ni oído.

Las prostitutas, llamadas “zsá codám”, no ejercían profesionalmente este oficio, y la que recibía este calificativo era la que cambiaba frecuentemente de marido, como por ejemplo, el caso de la actual Juanacha Ató iquít, quien hasta el comienzo de nuestra labor había tenido más de diez maridos catalogados, la mayor parte de los cuales había muerto intoxicados por ella misma, razón por la que, en su última pretensión, se le descubrió en el delito, como se relata en otro lugar. Estas prostitutas eran notables y conocidas por lo singular y raro. Pero la mayor parte guardaba seriedad y compostura, a las que se denominaba “chúu hue camá”, es decir, formales.

De una manera general, la juventud era el despertar de los instintos primitivos y bestiales, para lo que no había tacha ni censura. Dentro del compromiso matrimonial, la falta sorprendida era castigada con la muerte inexorable de ambos, salvo el caso en que el rival, de acuerdo con la mujer, victimaba al marido para tener la garantía de la nueva vida conyugal, y la aceptación social de otro grupo que les daba cabida.

V.- MATERNIDAD.- EMBARAZO.- PARTO Y ABORTO.

La mujer *moré* que llegaba a ser madre era ejemplar en sus sentimientos y abnegación. A la manera de ciertos animalillos silvestres, el hijo era pegado a la madre como un parásito, y amamantaba hasta los 24 o 30 meses. Durante los primeros 12 a 16 meses, pendía el niño de una especie de hamaca que la madre usaba transversal al tórax,

sujeta indistintamente de un hombro y descansando el extremo inferior en la cintura, de tal forma que pudiese mamar sin dificultad. Con los primeros pasos, tardíos, 16 a 30 meses, el niño recibía ya una alimentación variada, sin descuidar y olvidar la lactancia, que lo hacía de pie. Esta razón y otra de índole social y guerrera, hicieron que el número de hijos fuera limitado. Así, a nuestro contacto con ellos, de 22 matrimonios, 18 no tenían hijos, 3 con sólo un hijo, y 1 con dos hijos.

El embarazo no impedía a la madre en sus labores domésticas y ordinarias, y con ello demostraba la abnegación por el marido, confirmando que era un proceso natural y orgánico en la mujer.

El parto se realizaba en la forma más sencilla y reservada, las más de las veces, fuera de la casa y sobre la hojarasca de la montaña; la familiar –“timúcamatí”- que solía atender en este caso, era la que cortaba el cordón umbilical con la hoja de bambú de una flecha –“papát”- que generalmente se guardaba nueva para este caso. La parturienta guardaba reposo por tres a cinco días, y sin mayores exigencias se incorporaba a sus labores cotidianas. Al niño se le amarraba el cordón con el “chát”, que era un hilo grueso de fibra de hoja de palmera, porque después sólo usaron el algodón, aplicaban al ombligo un polvillo extraído de la corteza del coloradillo –“munuríp”-, después de un proceso de tostado de dicha cáscara. No conocieron la infección umbilical. Entre los nacimientos a nuestro cuidado solamente hubo un caso de degeneración completa, hijo de Rosa Monáp y que sobrevivió horas; curamos once casos de conjuntivitis blenorragica infantil por nacimiento, y asistimos al cuidado de mellizos hijos de Ricardo Zozo iquít y Emma Yáriszám, varones, con degeneración sifilítica.

Encontramos un niño con deformación en los pies y piernas llamado Tocóíñ choró, huérfano al cuidado de su abuela; otro, con el conducto auditivo cerrado y pabellón reducido y deformado, llamado Tahuít, al cuidado de su madre con notables señales sifilíticas. Encontramos muchos epilépticos como el caso de Sahuán, mujer de 18 años, y Ató de 13 años, y un joven Vitiriu, de 11 años, huérfano, que, como los anteriores, murió ahogado en el Río Iténez víctima del ataque nervioso; en la actualidad tenemos a Carlos Tutú de 3 años. Es notable observar, tanto en los hombres como en las mujeres, el efecto nervioso visible en los movimientos, en la voz y en manos trémulas.

También habían mujeres estériles que atribuían su estado normal a la acción de “íi cát”, o sea del brujo, por combinación o enseñanza de algunas mujeres enemigas o rivales. Porque anhelaban tener familia, recurrían a los curanderos familiares que ponían en práctica ciertos ejercicios misteriosos y secreto, como por ejemplo, extraer del espacio, en la alta noche, por medio de conjuro y humo de tabaco, uno de los niños –“ro ahuíca”- que suponían vagando y extraviados, y que colocaban a la mujer durante el sueño, en medio del misterio y la soledad. También se conocía una hormiga –“túc timác”- de tamaño de dos centímetros, pintada de blanco y negro, que engullían viva en combinación con otros alimentos; crían en el secreto de una oruga –“poé timác”- de tres centímetros de tamaño y color amarillo perla, muy robusta en grasa, que la engullían viva en combinación con chicha. Con estos procedimientos, la mujer se rehabilitaba para la maternidad.

Así como había mujeres resignadas al cumplimiento del principal papel que le está impuesto en la vida, también había otras que consideraban una carga o estorbo el tener hijos y un modo de marchitar la juventud; por esto recurrían a medio extremos a fin de evitarlos. Así tenemos que, en épocas muy remotas, llegaron a introducir en la vagina una especie de sombrerito de barro cocido, de tamaño de dos centímetros de diámetro, llamado “eco uchúm”, que cubría, exactamente adherido por su porosidad, al útero. Posteriormente desecharon esta forma introduciendo una bellota hecha de corteza de bibosí o higuera salvaje, llamada “ú rú”. Esta labor de introducir obstáculos para evitar la fecundación se llamaba “ofó camá ramán”.

Si a pesar de aplicar éstos métodos se producía el embarazo, recurrían al aborto, para lo que no acostumbraron ningún brebaje, sino solamente masajes –“siñátamí”- practicados por mujeres que eran hábiles para ello. Al final, si se producía el nacimiento, la madre estrangulaba a la criatura en forma naturalmente aceptada por todos, incluso por el padre, salvo el caso especial de que alguna pariente interviniera en defensa de la criatura, como sucedió a nuestra llegada, enero de 1938, en que Men Huóm, mujer de Tontau, había arrojado al que hoy se llama Luisito, para matarlo, y gracias a la intervención de su cuñada Saapác, que prometió criarlo, salvó la vida; hoy tiene ya 15 años. En enero del mismo año 1938, la que hoy se llama Rosa Monáp, mujer de Jacinto Mem assím, a pesar de nuestro control, en forma muy sutil dio a luz una criatura mujer que estranguló y sepultó en el acto inmediato; al apercibirnos en la mañana del día siguiente, nos dio a comprender que la mató porque era mujer. Sin prever el futuro social, anulaban sin piedad a la criatura mujer por cuanto ella no representaba la promesa del futuro guerrero o flechero que se precisaba en los asaltos. Con estas prácticas de destrucción se aniquiló la población reduciéndose al extremo que en 22 matrimonios no había sino 5 nacimientos, y para 18 jóvenes no habían más que siete mozas casaderas.

CAPÍTULO III

EL TRABAJO Y LOS INSTRUMENTOS DE PRODUCCIÓN

I.- OCUPACIÓN Y CULTIVOS.

Los *moré* o *Iténez* compartían su tiempo de acuerdo a las exigencias de la estación. Los hombres, en la época seca –junio a noviembre- hacían grandes caminatas en procura de caza, pesca y artefactos para vestuario y armas a fin de no dismantelar la montaña inmediata a la vivienda, como precaución a posibles exigencias de la época invernal –“ipana cóm”.

Muy pocos derribaban monte para cultivos agrícolas, y si lo hacían, era con la colaboración de los parientes vecinos, de tal manera que, entre varios, y en una forma no muy metódica, chequeaban un terreno que, por su extensión, no respondía al esfuerzo personal del hombre laborioso y trabajador. Pude constatar con los chacos que encontré de Utíp, Carinto, Tontau y Catoma, que el esfuerzo personal se reducía a un 33% con relación al del obrero normal; pero hacían tan buena elección del terreno, que éste les producía en forma sorprendente la espiga del maíz, el racimo del plátano y la yuca grande y gorda.

Empleaban con habilidad pero con flojera nuestra herramienta moderna –hachas, trazados, palas, que robaban a la víctimas de sus asaltos, pues otras herramientas primitivas de piedra, estaban en desuso, pero su presencia en el terreno demuestra que fue usada por antepasados de épocas muy lejanas. Trabajaban por la mañana y por la tarde, en horas en que el sol no pudiera castigarles con la fuerza del calor; e incluso, en sus caminatas y expediciones, hacían grandes estaciones a la sombra de los árboles frondosos y a la orilla de las aguadas: el calor les rendía y acobardaba mucho, acostumbrados, como estaban a la umbría de los grandes castañales.

Todos eran cazadores y comían la cosecha a que se creían acreedores por la colaboración agrícola, sin representar ni cobrar su esfuerzo o colaboración.

En la época de aguas fabricaban sus piraguas pequeñas y rústicas, y en singular equilibrio embarcaban varios cazadores que asomaban a las alturas circundadas de agua y donde encontraban gran cantidad de cacería que las mujeres asaban para retornar a las casas.

En los días de lluvia, los hombres laboraban sus flechas, arcos y vestuarios, en la forma ya explicada en capítulo correspondiente.

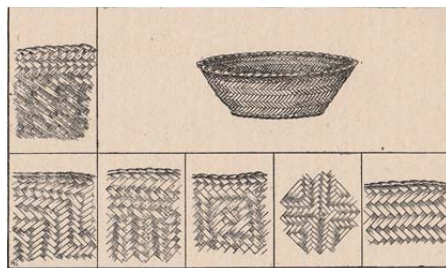
La mujer, casi siempre acompañaba al marido en sus andanzas, cargada de toda la impedimenta, para dejar libre al marido, que por esta circunstancia, no realizaba grandes caminatas, sino en momentos o épocas excepcionales.

La mujer estaba diariamente sentada al pie del fuego cociendo la chicha, tostando la harina, o asando las carnes, o bien, al pie del mortero, moliendo y mezclando sus alimentos. La preocupación cotidiana de la mujer era la alimentación, incluyendo la cosecha de frutas silvestres donde contaba con la colaboración de los niños, que generalmente eran eternos holgazanes.

En los días lluviosos, o cuando la atención de los alimentos no era muy urgente, las mujeres fabricaban tejidos de hoja especial de palmeras, y con ello daban formas de esteras –“i huí”- en las que solían sentarse para sus trabajos caseros.

También mostraban habilidad especial en la cestería, a base de hojas de palmera, y en la que se puede clasificar dos grupos: tejidos rústico –“ripapa”- con una variedad de formas llamadas “ac ye timí”, “upueye ocpoéc”, “ac yé”, “é tóç”, “ti puidác” y “u piríp”, que destinaban a oficios también rústicos, como recipientes para frutas y cosechas diversas; el otro grupo de tejido pulido y fino –“tofóp”- presentaba figuras especiales y originales que daban motivo a nombres, como “huarauca”, “pue huinamanca”, “tapan tapanca”, “uti puidác”, “eto cat cat cá”, “é tóç”, “huayita” y “eti puidác”, que destinaban a oficios más refinados, como recipientes de harina y comestibles beneficiados.

También las mujeres laboran la cerámica a base de una tierra negra –“túuche”- extraída de pozos excavados en lugares bajos o anegadizos. Esta tierra era secada al sol y después molida en mortero para cernirla en un colador –“camamuín”-. Por otra parte, se cosechaba en tiempo seco la escoria o sedimentación de peces sobre plantas acuáticas que, pasadas por un proceso de fuego, se podían reducir fácilmente a polvo. Estos polvos, en parte proporcionales, mezclados con agua formaban una masa fluida con la que daban la forma de recipientes –“uchún”- unos, tan grandes, que llegaban a medir hasta 1.80 metros de diámetro por 70 centímetros de fondo, que usaban como depósitos de chicha llamados “ayí coco pác”, que por su peso de más o menos 45 a 50 kilos, permanecían casi



siempre fijos en el suelo, alrededor del cual se hacía el fuego para la elaboración de la chicha. Las alfareras, también hacían una variedad de recipientes, desde la forma extendida a manera de hoja –“toá”- para tostar sus harinas y galletas, hasta la imperfecta de la vasija cerrada o cántaro –“cán”-, pues no conocieron el torno, y sólo la técnica manual y gran habilidad para redondear hasta llegar a hacer objetos pequeñitos para juguetes de los niños. Después de secada la alfarería a la sombra, seleccionaban los recipientes por la belleza de la forma y por la utilidad, y a estas piezas las bruñían con el coquito de una palmera –“upuei uzdíç”-. Las usaban generalmente como platos o escudillas –“toáye nahuím”-; otros recipientes propios para fiestas eran engalanados con pinturas extraídas de hojas frutas y raíces, consiguiendo los colores negro, amarillo y rojo. Después del bruñido y pintado, pasaba la cerámica al cocimiento, para lo que se hacía una zanja para varias piezas, y un hoyo si era para una sola, y en ese medio, al reparo del viento, se quemaba con cortezas o astillas de palos, especialmente paquíó –“simuiyíp”-, seguramente, por la elevada caloría en su combustión. Las figuras simétricas y paralelas consistían en hileras de puntos a manera de ojos de aves, columnas dobles y paralelas, que ondulaban a manera de ofidios, o bien, con espiral a manera de gusanos; la ornamentación con dibujos al natural no fue encontrada en ninguna manifestación ilustrativa.

En cerámica no hicieron otras formas ni tampoco modelados de imitación al natural.

En sus épocas primitivas, cuando no conocían el cultivo y uso del algodón, las mujeres hacían sus hamacas y frazadas de corteza de higuera salvaje; majaban ésta en la misma forma que se hacía para el vestuario y así reblandecida a golpe de maza, una pieza era destinada para hamaca –“uru chát”- y la más flexible, era destinada como frazada –“urú”-; después evolucionaron, y trabajaron la fibra de una corteza, torciendo grandes hebras longitudinales y después cruzando otras transversales, amarrando un nudo en cada cruce de ellas. Terminado el amarrado, se revestía toda ella de una resina colorante a manera de esmalte y así quedaba hecha la hamaca –“chat che món”-. Conocido el algodón, hicieron su cultivo en poca escala, lo beneficiaron e hilaron en forma tan igual a la observada por otras tribus primitivas, como los *mojos*, *baures*, *movimas*, *guarayos*, etc., e hicieron hamacas –“huóm chát”- y frazadas –“huóm”- sin llegar a practicar ningún tejido. El hilo fino y ovillado –“ticat cá”- era destinado para cosido de sus ropas y para sus armas, desplazando ya a las fibras de palmera; tiñeron los hilos en diversos colores, sólo para adorno de sus flechas y arcos.

Solían criar con esmero y paciencia una variedad de loros que les servían con sus plumas para adornos de sus flechas y arcos; pues, anualmente, en el período de mayo a junio, o sea al principiar la época del verano, los desplumaban –“caszótocá”- a fin de aprovecharse de las plumas y más aún, con el propósito de obtener, en la renovación una pluma más hermosa en su calidad y en sus colores, como tuve ocasión de ver y después de comprobar. También estos loros y papagayos les servían de vigías, y eran tan diestros en el desempeño de tal papel, que, al distinguir la proximidad de elementos extraños a la casa familiar, gritaban con alarma y espanto terminando por arrojar al suelo desde las ramas donde se encontraban. Criaban perdices, pájaros atrayentes y animalillos que cuidaban con especial esmero y paciencia, sacándolos de sus nidos y guaridas desde muy tiernos. Las mujeres jóvenes mascaban maíz y nueces de palmera y directamente de la boca, alimentaban a pájaros y animales que criaban; en la misma casa de vivienda, o sea en un espacio de 6 por 3 metros, se vivía compartiendo en intimidad con todo: dormitorio y cocina, perros, gallinas y muchachos, la fábrica de esteras, alfarería y oficios domésticos, claro que, cualquier sitio era para ellos tan propio y cómodo para sentarse, que tenían todo un monte frondoso como espacioso salón para sus necesidades.

Conocían perros –“fuyú tocá”-, y también gallinas –“tará co”-, pero no llegaron a tener en propiedad; conocieron la naranja, la manga y la sandía, pero no llegaron a ponerle nombre ni a cultivarla.

Había hombres y mujeres reconocidas como perezosos, con el nombre de “taván”, siendo los hombres repudiados por las mujeres; pero, los más, se jactaban de ser valientes y lo comprobaban con sus acciones llenas de hombría y amor propio, y con orgullo y altivez se golpeaban el pecho con la palma de la mano, diciendo. “puicá huadá quinám”, o sea, duro, yo, como tigre”.

II.- LAS ARMAS.

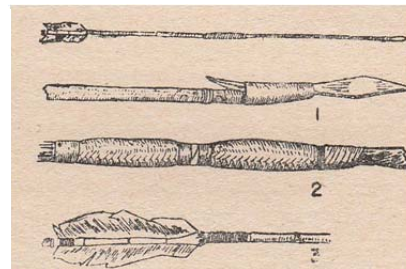
El arco y las flechas formaban su equipo de ataque y defensa. El arco era obtenido del leño maduro de una palmera conocida por nosotros con el nombre de chonta fina y por ellos “fuyúpirá”, cuyas astillas adelgazaban y pulían primitivamente con el auxilio de dientes de animales y de restos de fierro que recogían y afilaban con piedras, “huazáñ”. Posteriormente, conocieron y usaron nuestros utensilios cortantes como resultado de sus asaltos. Con el auxilio del fuego, y con movimientos rotativos, daban la forma convenientemente curvada y a línea de plomada; a manera de lija usaban la hoja del chaaco –“huiyifun che parí”- y “tocossam”, y el lustre brillante con la fricción enérgica



de grasa de animales o gusanos-. El arco así terminado se llamaba “parí”, al que se le arrollaba por los extremos una cuerda obtenida de una clase de higuera salvaje, “táuche”; las fibras de esta corteza retorcidas entre sí, e impregnadas de un recina colorante, “vipico sacao”, “utunye tan” y “tacá tacá”, formaban la cuerda “mocó parí”.

La resistencia y tamaño de los arcos estaba en relación con el individuo que los poseía. Así, los más guapos o valientes fabricaban sus arcos más duros o resistentes y de un tamaño que variaba entre los 1.80 y los 2 metros; los jóvenes tenían sus arcos más flexibles o elásticos que variaban entre los 1.30 a 1.50 metros; los niños también tenían sus arquitos especiales que medían de los 0.50 a 1 metro de tamaño.

Las flechas eran hechas de una caña o bambú delgado y resistente que crece en la zona de los cascajales. Esta caña o tacuarilla, “quivó”, era recolectada en su madurez que corresponde anualmente a los meses junio a agosto; cortada y amarrada en grandes haces se hacía el recorte según el tamaño especialmente requerido, y se guardaba en amarrados a manera de esteras que se acababan al sol. Reconocían cuatro clases de

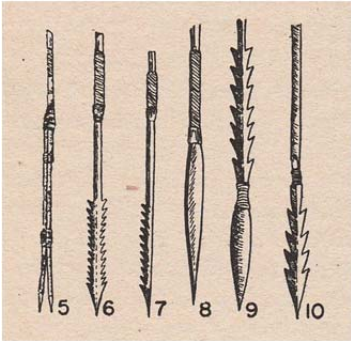


tacuarillas de acuerdo al dibujo características de ellas, así: las de color blanco o mate, “toai quivó” otras manchadas debido a un hongo o parásito, “sa mí”, otras pintadas a raya verticales, negruzcas, “sac sac at”, y otras que arrancaban de raíz, para obtener el nudo o rizona que conservaban con el nombre de “toqui quivó”; las tacuarillas pintadas o manchadas se destinaban a flechas de lujo o engalanadas para festivales.

La preparación de una flecha era laboriosa, y en el detalle se desarrollaba un proceso técnico: La tacuarilla elegida para una flecha de cacería común, o llamada “píc topác”, era de color blanco o mate, que, pasada una o varias veces por la acción del fuego lento, se reblandecía para recibir su rectitud a vista de ojo y comprobando su rotación con movimientos imprimidos por ambas manos. Hecha esta operación se preparaba el “yasí quivó”, que no era otra cosa que la parte de mayor resistencia de la flecha, o sea, un ápice de chonta fina, labrado y pulido a manera de huso, de 40 cm., de largo; en uno de los extremos estaba colocado el garfio de hueso, “at”, adherido a la chonta con una masa resinosa especialmente preparada, “tacachi”, ajustada y asegurada con fuerte y minuciosa amarradura de hilo de fibra “u ú quen”, extraído de la hoja de una palmera especial. Concluidas estas dos piezas principales se procedía a ajustar las plumas al extremo de la tacuarilla, opuestas al centro y con un vuelo de ligera espiral, pegadas con “tacachi” y luego amarradas característicamente con el hijo “uú quen”; terminada esta labor, se unía el “yasí quivó” con el cuerpo de la tacuarilla mediante una incrustación a fuerza de presión, amarrado esta unión con una cinta vegetal, o “fót”, y comprobando su exactitud o línea recta y uniforme, mediante movimientos giratorios y corrigiendo desperfectos con el auxilio del fuego. Con este mismo procedimiento se fabricaban todas las flechas, diferenciándose unas de otras por los adornos de pinturas, “memye tacachi”, por las plumas de colores y por la naturaleza y forma de los garfios.

Se distinguían tres grupos en la gran variedad de las flechas; las que tenían garfio o púa de hueso; las que tenían la punta labrada de la misma chonta, y las que tenían la púa y filo del bambú “apát”, a manera de lanza o puñal. Entre las que tenían la púa de hueso se destaca por su originalidad la llamada “tanapá”, que, a más de ser fabricada con

la púa ponzoñosa de la raya, llevaba en la parte superior del garfio una serie de espinas labradas y emponzoñadas con la resina cáustica de una variedad de higuera salvaje,



“sonaquí”; otras de mayor interés por su presentación son las “pani át”, “u át”, “mui yim”, “ut síu”, y la “pita síu” de dos y tres puntas dispuestas para la pesca. La flecha de uso común y confesión rápida destinada para cualquier cacería era la “pip topác” y la “huóm ye”, la “oromó” de tres “plumas” y la “i guíri” pintoresca en el dispositivo de las plumas. En el grupo de las que tenían la púa labrada en la misma chonta se destacaban como originales, “tóo tóo upuim”, “huiríc huiríc”, “pai pai tapám” y la “tóo o”, que se caracteriza por tener la incrustación de una cápsula vacía de semilla de siringa, con una perforación central que, al ser disparada al aire, producía un silbo agudo, que servía de alerta entre ellos, cuando estaban

dispersos o perseguidos. Entre el grupo de los que tenían la púa de bambú se cita a la “tapam papát”, como la más primorosa del todas las flechas después la “maram ye papát”, “hui quíram”, “tom huóm”, y “oc huasáñ” que era la flecha puñal de uso diario.

Los niños manejaban desde muy temprana edad el arco con flechas sin garfio ni púas a cuyo conjunto llamaban “eye parí”, “utúc poéc”, es decir, juguetes que no tenían peligro.

No usaron la macana ni la lanza como arma ofensiva, pero hicieron el machete de dos filos de madera fina de palmera, con el tamaño de un metro más o menos, llamado “páp che romá muí”, y empleado en la limpieza de sus chacarismos y caminos. Los jóvenes, usaron otro más corto llamado “toco sám”, de más o menos medio metro. Esta labor estaba a cargo de los viejos como más expertos y pacientes, y la utilidad de esta arma reemplazaba a la del machete que no todos podían adquirir, pues era el botín obtenido en sus temerarios asaltos a los civilizados. La naturaleza de sus flechas livianas y pequeñas los identificó, siempre, como auténticos guerreros.

III.- CACERÍA Y PESCA

Estas dos actividades correspondían a dos notables épocas del año: tiempo seco y tiempo de lluvias. La época de lluvias correspondiente a cinco meses, diciembre a abril, provocaba los desbordes de los ríos y arroyos y consiguiente inundación de los bajíos y las pampas, por lo que los animales salvajes se ven obligados a refugiarse en las alturas reducidas que quedan al borde de ellos, o en el centro de la selva, que generalmente es altura exenta de llanura. Precisamente en esta época se realizaba la gran cacería en lugares conocidos tradicionalmente, como “Huaróp”, “Poéc ohuán”, “Cauto maetóc”, “Namá utím”, y otros menos importantes del Río Azul o “Isícacóm”. Sobre el Río Mamoré o “Toac tóo”, las principales alturas de cacería eran las llamadas “Oñáiñ”, “Chíntocó utsíu”, “Namá tacachi” y “Pueye ú paná”; también a las grandes alturas del fondo de la selva del Iténez, les denominaban “Namá tanapá”, “Huítechemahuín”, “Cauche pipsúm”, entre las más notables por su riqueza, y a las pequeñas alturas del litoral, les nombraban “Namamapará”, “Cumí tuqué”, “Epuinamañé-rué” y “Pui sírihua” precisamente el lugar donde se levantó el actual Puerto Moré.

En sus cacerías era notable la selección que hacían de sus presas. No cazaban ni comían la carne de los siervos, ni venados, ni vacunos, por un temor preconcebido a los cuernos; no cazaban ni comían las carnes del tapir, capihuara ni caimán. Las carnes de tortugas, osos y serpientes, tampoco eran aceptadas; no acechaban al jaguar, al puma ni a los gatos monteses para quienes la flecha del moré era impotente. Casi todos los pájaros y aves mayores eran comestibles, a excepción de todas las rapiñas y buitres, de

las que sólo buscaban las plumas para sus flechas y adornos. Los peces chicos eran comestibles, exceptuando los mayores en tamaño.

El aspecto de una cacería variaba según su naturaleza. En la época de inundación de los campos, se embarcaba una familia completa, o bien, tres o más cazadores en una piragua, “cabác”, y desafiando el peligro, cruzaban unos cuatro o seis kilómetros de bajío cubierto de agua, con una profundidad entre los dos y seis metros. Llegados al paraje determinado, penetraban con el cuidado especial de hablar en voz alta, y encender fuego, para evitar que el ruido y el humo les denuncien; después de una ligera instalación, “fuác”, se empezaba el sondeo y exploración, encontrándose por lo general buena cantidad de tejones –“cafosda”-, puerco montes –“toco huán”-, “jabalí –“huiyác ucá”-, pavo silvestre-, “utím”-, papagayos –“ariye”-, mono rojo “moéntaná”-, mono negro –“huarám”-, loros grandes –“tobaráo”-, perdices grandes –“o ró”- y una gran variedad de pájaros. Toda la cacería era puesta en parrillas de madera rústica –“quirissám”- y cocida a fuego lento, por varios días, hasta terminar con los animales allí refugiados. Entonces se recolectaba la carne asada en cestos de hojas de palmera, y cada cual guardaba su correspondiente cacería, y así, cargados, volvían al hogar, donde nuevamente las carnes eran conservadas por varios días al calor lento de la parrilla.

Para la cacería común de aves y monos, una vez ubicado el lugar donde la fruta de tal o cual árbol estaba madurando, ellos fabricaban un parapeto de hojas de palmera, a manera de un cono –“tafót”-, y allí cobijados y listos, imitaban el silbo correspondiente hasta obtener la proximidad y certeza del flechazo. Cuántas veces, presencié, lleno de ansiedad, esta cacería tan original como segura, a un metro, a dos a tres, la mayor distancia de animales tan salvajes como sutiles en la maraña del bosque.

Era notable observar la forma con que un cazador captaba los ruidos lejanos, para seguir así una ruta cierta y directa al lugar del comedero de aves o animales: con la mano izquierda se apoyaba el cuerpo sobre el arco parado en tierra y con la pierna derecha alzada y doblada hacía descansar, a manera de número cuatro, sobre la pierna izquierda parada en tierra. Así, en esta posición de verdadera antena, captaba cualquier ruido lejano que anunciaba cacería segura, y dando la dirección con la mano, con paso seguro y elástico al poco rato se estaba sobre la presa. También el olfato les guiaba sobre la huella segura de los animales o también les permitía esquivar el encuentro con el tigre, “quinám”, o con una serpiente venenosa –“chiqui chiquít”-. Samuel Utíp, persiguiendo unos prófugos que con tanta habilidad no dejaban ni rastro, tanteando, en un trecho sospechoso, tomó unas hojas secas y las olió, y mirándome, y señalando el lugar, me dijo: “parece que por aquí pasaron... ellos”. Jamás aseguraron tener certeza de alguna cosa, por más seguridad o conocimiento que hubiesen tenido.

Para la cacería en campo descubierto se protegían o camuflaban con ramas de árboles, o bien, en sitio determinado, por ejemplo, para la cacería de patos o garzas, junto o próximo a la aguada donde estaba el festín, trabajaban el “tafót” para de allí disparar el flechazo certero. En las noches de luna solían navegar en pos de los dormitorios de patos, garzas, o zambullidores –“corom com” y “udsi poéc”-, que dan la carne más sabrosa y grasosa que ellos apetecen, y como generalmente se posan para dormir en ramazones de poca altura, los cazadores, con tiro vertical hacia arriba, daban por tierra con todas las aves allí apostadas.

La cacería del mono negro –o huarám”-, constituía una verdadera hazaña de cazador, pues este mono domina las copas más elevadas de los árboles gigantes, y de allí, a la presencia del flechero, se desbanda en fuga impetuosa. A veloz carrera tras el desbande, de improviso se detiene el cazador, y en el momento oportuno en que el mono gigante de 1 a 1.30 metros de tamaño, se balancea tomando impulso para su salto espectacular de una rama a otra vecina, recibe el flechazo que le hiere mortalmente el pecho o las entrañas; herido, él muerde la flecha o la arranca con su brazo potente en

oportunidad de que recibe otros flechazos que le agotan y le derriban. Con frecuencia sucedía que éste gigante de las selvas del Iténez y Mamoré se protegía, mal herido, en las tupidas ramazones de las lianas, donde, después de sangrar, llegaba a morir. Pero el *moré* se aprovechaba de los bejucos que traman la floresta y penden de esas tupidas ramazones, y subiendo por ellos, rescataba la pieza. Jamás un indio *moré* dejó perdida su cacería, como tampoco la flecha disparada; este concepto, simbólico en ellos, no debía mermarles el prestigio de buenos cazadores. Si por alguna circunstancia quedaba siquiera la flecha incrustada en una elevada rama, ya había para calificar ese lugar, con el nombre de la flecha dejada por fulano o mengano.

No usaron el veneno para sus flechas ni conocieron el “*curare*” tan notable en los indios del Alto Madre de Dios; sólo usaron la ponzoña de la púa de la raya –“*tanapá*”- aplicada a sus flechas y para castigar con ella a los blancos. También en el furor de una venganza, supieron aplicar la resina del ocho, una higuera venenosa y cáustica –“*sonapí*”-; para sus cacerías no aplicaron ningún veneno; tampoco conocieron ni aplicaron en la caza de animales o aves.

Llegado el tiempo seco, de mayo a noviembre, y muy especialmente de agosto a octubre, se trasladaban grupos completos de familias a las aguadas o pozas –“*huaráoye com*”-, con el objeto de barbasquear para la cosecha del pescado. Para esta tarea de barbasquear las aguas estancadas del surdo de los arroyos secos, tenían tres clases de barbasco: “*momáñ*”, de acción débil y ligera, para pequeñas cantidades de agua; otro llamado “*moá*”, de acción lenta pero eficaz, para gran cantidad de agua; y otro llamado “*ri mocón*”, de acción rápida y perjudicial, por cuanto los peces entraban muy pronto en descomposición, pero se veían obligados a usarlo, cuando en el paraje no se encontraban los anteriormente nombrados.

Obtenido el bejuco barbasco el día anterior, muy en la mañana se majaba para introducirlo en la profundidad de la aguada a intervalos regulares de tres a cuatro metros. En el curso de la primera hora de haber introducido el barbasco, se notaba la acción en el mareo de los peces más pequeñitos –“*cafoam*”, “*huazsóp*”, “*piricom*”, “*sacáo*”-, a las dos y tres horas salían a flote los peces de 20 a 25 centímetros, como el “*puirira*”, “*huarazda*”, “*tiquín*”, “*pafod*”, “*mui mal poéc*”, y pasadas las cuatro horas flotaban los peces mayores a 30 centímetros, como el “*rácotá*”, “*ricú*”, etc. A medida que se obtenían los pescados, las mujeres que habían preparado con la anticipación debida las parrillas –“*quirisam*”- y sus fuegos, empezaban a ponerlos en la azadera, revolviéndolos con frecuencia a fin de obtener el cocimiento perfecto que siempre se exigía, pues no acostumbraron comer carnes crudas. El resto de pescados cocidos, era embalado en hojas y puesto en grandes canastos, conducido al final del día a la casa familiar, o bien, si el panorama ofrecía mayores perspectivas, quedaban allí, o en la zona, por varios días, hasta dar fin con la cosecha. Estas aguas estancadas o pozas eran propias del Río Azul, y entre las más conocidas por la abundancia de comestibles se nombran las siguientes: “*Namácuquí*”, “*Furucho udsi póc*”, “*Timáhuó*”, “*Furótocá carara*”, “*Timá ruí*”, “*Cumición imuícutí*”, “*Huichác*”, y otras menores en importancia.

En esta época seca también procedía la pesca con flecha, de los peces que solían deslizarse en agua corriente, pero de poca profundidad. Ellos se colocaban sobre las ramas de árboles que daban sobre la corriente, y con una visual perfecta sobre la presa, disparaban sus flechas certeras sobre el cuerpo de los “*huaracanes*”, “*puirira*”, “*tiquín*”, “*huarazda*”, y varios otros; el cálculo en la refracción del agua era infalible. También, en ésta época seca y en el curso débil de una corriente, solían poner represas de palos, hojas y tierra –“*tahuit*”-, y de una distancia prudencial, arreaban los peces que venían a chocar contra la represa desde donde eran aprisionados. Como un recurso lento, y para volver en días posteriores, sobre la corriente colocaban un entubamiento de cuyo final hacía de filtro un cono de más o menos dos metros hecho de hoja de palmera –“*u puiríp*”, donde los

peces quedaban prisioneros mientras el agua se filtraba sin dificultad por las paredes del tejido.

En la época de llenura, es precisamente cuando se presentan grandes mangas de pececitos diminutos, entre los uno y medio a tres centímetros, “tucúm”; “cafoám”, “e ca”, “ratuqué” y otros, que para obtenerlos, preparaban gusanitos, o harinas de cocos o frutas, y en las piragua, navegando en agua quieta, entre los matorrales, llamaban a los pececitos con sonidos de boca y los dedos dándoles comida en el fondo de un canasto, levantaban éste, lentamente, aprisionando buena cantidad de dichos pececitos, que luego vaciaban en la piragua, para repetir la labor hasta obtener la cantidad deseada.

También en la época seca, cuando los arroyos y el Río Iténez presentaban sus grandes barrancos y sus bases de piedra, ellos practicaban una pesquería especial. Sumergidos en el agua, y explorando como buzos en los huecos de los barrancos y las piedras, obtenían peces especiales como el “tucúru”, “ofó”, “curúru”, “pichín”, “tatá”, “oc huirícanché”, y otros cuya característica es llevar placas óseas y agudas en vez de escamas. Solían, asimismo, pescar un cangrejo blanco –“azácará”-, que, cocinado en agua caliente, dá una pulpa exquisita a manera de mantequilla.

Los peces mayores de cuarenta centímetros, eran rechazados para pasto de los buitres y gavilanes.

Tanto en las cacerías como en las pesquerías, la reunión era familiar y cordial, y los varones que no tenían mujer quien les administrarse el cocinado o asado de las carnes o pescados, hacían mesa común con el pariente más próximo; igual cosa sucedía con los huérfanos.

No era rara la acechanza del tigre que solía devorar la cantidad de peces depositada en el cesto, mientras el flechero andaba sigiloso tras otra presa. Cuando esto sucedía, se protegían humanamente y abandonaban el lugar. También tenían la acechanza del caimán, que, en las pozas profundas, suele asaltar al pez herido por la flecha, en disputa fiera con el hombre; ellos, en muy raras ocasiones se vieron obligados a flechar al tigre o al caimán con los cuales compartían, casi siempre, la cantidad de la cosecha.

A mi llegada en contacto con los moré, no encontré a ninguno herido de tigre o caimán, por lo que se ve que eran muy prudentes, y la historia cuenta de muy pocos devorados por tigre, caimán o sicurí, por arrojo temerario de aventurarse en parajes solitarios; en este caso, el mismo compañero no prestaba auxilio y huía desfavorido, a dar la alarma a los familiares que, en grupo, trataban en vano de conquistar los restos de la víctima.

IV.- PIRATERÍA Y NOMADISMO

La zona de influencia alcanzaba a más de 150 kilómetros de radios convergentes a tres centros principales: “El Corte”, llamado por ellos “Ninche Iquí”, (lugar donde hallaron un cuchillo); “Monte Azul”, llamado por ellos “Cumico ú tatáo” (aguada de los ciervos), y “El Castañal”, o “Cauche afó” (donde comieron pescaditos bagres). A la vez, cada uno de estos centros estaba subdividido en familias, cuyas casas no formaban un conjunto social o urbano, sino que se encontraban diseminadas en el bosque, junto a parajes estratégica y estéticamente seleccionados, y a distancia prudencial de más o menos 3 a 7 kilómetros, posibles de contacto inmediato a determinadas señales o compromisos.

Más que otro motivo argumento, el celo provocó el estado de anarquía y escisión, por lo cual la familia *Moré* o *Iténez* no presentaba el visible conjunto social; pero, cuando no presentaba el visible conjunto social; pero, cuando después de una fiesta determinaban

salir en procura de botín, o cuando querían hacer una cacería mayor, cada grupo unía sus fuerzas y se lanzaba a la empresa por varios días, quedando las mujeres y los niños al cuidado de algunos jóvenes familiares poco amantes de tales empresas, a los que les llamaban “tapát siquí tanamán”.

Algunos sociólogos e indianistas brasileños trataron de presentar al indio *Moré* o *Iténez* como “internacional”, debido a su normadismo. Analizando prolijamente su naturaleza, se ve con claridad que su temperamento fiero y guerrero le obligaba a grandes andanzas, volviendo después al antiguo paraje, donde la familia ansiosa quedaba esperando el botín o la cacería.

Hacían largas caminatas a sitios y con fines determinados: así, viajaban al Río Machupo “Muem tóc”, con el solo objeto de cazar la pava pintada, llamada por ellos “curú ruc”, de la que, a más de servirse de la sabrosa carne, extraían la pluma pintada de amarillo en fondo negro, apreciadísima para el adorno de sus arcos y flechas, como demostración palpable de tal empresa; pasaban a la banda brasileña cruzando el Río Iténez en sus piraguas “cabác”, pequeñas embarcaciones de una sola pieza de tallo de cualquier árbol, especialmente blando para labranza rudimentaria, que perforaban y cavaban con auxilio de hachas y trazados. Los remos “cuchapé”, con que impulsaban y daban dirección a la piragua, también eran hechos en forma primitiva y rudimentaria, sin labor ni forma distinguida; puestos en la banda brasileña “nipaca” si ruít”, cazaban con especial interés el mono negro o “huaram”, y todo animal abundante en esa montaña virgen como majestuosa y rica en cacería y en frutales silvestres. En la piragua, diminuta, de más o menos 3 a 4 metros, donde apenas uno podía caber, entraba hasta una familia entera de tres o cuatro miembros, perfectamente equilibrados.

Seguían días y días la marcha de una embarcación a remo, que venía generalmente de Alto Iténez o de los pueblos interiores de la provincia: Baures, San Joaquín, San Ramón o el Carmen, cargando cantidad apreciable de víveres con destino a los grandes trabajos siringueros del Río Beni, Abuná y el Acre, atisbando el momento para lanzarse en oportunos ataques. Julián Mutúcare, ahora mozo de 38 a 40 años, cuenta que, siendo jovencito de 15 a 17 años, acompañó a su padre I chón, cuatro días, hasta que consiguieron flechar y capturar la embarcación que llevaba, entre otras cosas, dulce y herramientas: las ropas, armas de fuego, monedas, etc., para ellos no tenían significado ni aplicación alguna, arrojándolas a la corriente del río.

Pasada la empresa de una acción, de cacería o piratería, volvían a sus casas, al lado boliviano o “timácatí”, cargados de carnes asadas o del botín del asalto, y cada hombre daba a su mujer el regalo de los variados días de ausencia; otros quedaban relegados en las playas o barrancos, víctimas del fusil mantenido alerta por los navegantes que traficaban esta zona salvaje y llena de acechanzas.

Esta vida de duelo permanente contra los blancos o civilizados, “cará fó”, en que generalmente morían a bala los más bravos o audaces, “puí icó itén”, como las grandes fiestas o bacanales que terminaban en matanza de rivales, hizo que disminuyera el número de hombres mayores, reduciéndose, así, el número de viejos; otro motivo, y poderoso, fue el contagio con las enfermedades para las que el organismo salvaje no tenía defensas, y la gripe que les invadió en 1935, hizo gran merma de ellos, especialmente, de adultos y niños. Ello justifica el por qué en nuestro contacto con ellos en 1938, sólo encontramos a dos viejos, notables varones: Mócapan, alto, flaco, tuerto del ojo derecho y que con un mechón de cabellos disimulaba el defecto, rasgo pronunciados de piel roja, voz gruesa y profunda; se notaba nobleza en su trato con nosotros y demostró una entera confianza en nuestra obra. Con un pasado temerario y audaz, solitario, acompañaba a la familia de Ipuíc y aparentaba tener más de 85 años; a pesar de todos nuestros cuidados, murió en el flagelo de malaria que azotó al Núcleo a principios de 1940. El otro anciano tenía dos nombres, el verdadero “Ató oc poéc”, y el familiar “Capita

toá”, oficiaba de brujo, razón por la cual era temido y respetado por todos; aparentaba tener más de 80 años, pero aún era fuerte para las grandes caminatas acompañando a su mujer que era resuelta y guapa, llamada Ató iquít, y que nosotros bautizamos con el nombre de Juanacha. Esta mujer, enamorada de otro, terminó con el marido envenenándolo “mat ye paná”, con una raíz venenosa de acción lenta, suave pero eficaz; su fortaleza y su carácter fueron notables hasta en la hora de la muerte, rechazando, estoicamente, toda curación que pretendimos hacer para salvarle la vida. La única mujer que encontramos de edad avanzada fue Fúmoró, que nosotros bautizamos con el nombre de Josefa; calculamos su edad en más de 90 años. Su cabellera era completamente canosa, y el color de la piel ser bastante claro y sus ojos zarcos; la apodaban “Moerem tocá”, que significa blanca y zarca, por descender de civilizados; y efectivamente, era así, pues sus hermanos Men cacám, Chi chi huít y Ráo, también tenían la misma herencia del padre Sapáye iquít, de quien se dice que fue hijo de un civilizado cuya historia se remonta a las matanzas y piratería de mucho tiempos atrás. Añóm, con otros compañeros, hizo un asalto en un barranco del Río Mamoré en lo que es ahora la barraca Vigo, matando a toda la tripulación de un barco a remo y cuando abordaron para el saqueo, se encontraron con dos niños cobijados bajo un cuero de res, uno de los cuales fue muerto por rebelde, y el otro, más pequeño, fue tomado por Añóm que a falta de hijos, lo llevó consigo y lo crió en el paraje o “Maco huám”, dándole el nombre de “Pam tocá”. Este creció en el ambiente familiar selvático pero distinguido por su elevada estatura, el color blanco de la piel, ojos zarcos y de gran carácter y valentía; fue muerto a bala dejando un hijo “Sapáye uquít”, de cuya descendencia hay actualmente un tataranietao blanco y rubio pero de rasgos faciales acentuadamente mongólicos. Fú moró, fue en extremo rebelde a nuestro contacto civilizador, y fue la cabecilla de más de 20 fugas. Se daba la distinción de una matrona por lo que convinimos en llamarla Mamá Josefa. En vista de sus marcadas señales de tuberculosis, sus familiares, para quienes era un estorbo y aún una amenaza, prefirieron darle muerte.

CAPÍTULO IV

LAS COSTUMBRES Y GENERO DE VIDA

I.- ASEO Y HABITOS PERSONALES

Las viviendas siempre estaban próximas a los arroyos y manantiales, no sólo para servirse del agua como alimento, sino para cumplir con el aseo corporal mediante el baño frecuente. Los *Moré* no conocieron ninguna fruta, corteza, raíz ni hoja que hiciera las veces del jabón, y cuando por motivos especiales trataban de asear las manos, usaban la ceniza, “ru puicsicun”, y para disimular el mal olor del pescado se fregaban hojas fragantes, “ut sun mueyetam”. No lavaban las prendas de vestir ni las de dormir: las mujeres cuidaban mucho el aseo sexual y es posible admitir que lo hacían cuantas veces se les presentaba la ocasión de estar al pie de una aguada. En regiones desiertas, cumplían con el aseo auxiliadas con el agua que vierte el patujú o plátano silvestre, “cuméritán”, después de la incisión que se le hacía con la flecha. O bien, en extremo, con los mismos orines, como pude comprobar en compañía de mi señora y maestros colaboradores, en una melea silvestre, en que todos estábamos con las manos y brazos pegados de miel de abejas y sin agua en el paraje. Allí nos sorprendió la presencia de una joven indígena, Simona Quisíc Cabác, con las manos limpias, y averiguada tal conducta, nuestro guía y hachero, Marcos Tontau, festivamente declaró que había usado sus orines, provocando así la fiesta de todos los presentes.

Acostumbraban cortarse las uñas de las manos y los pies reblandeciéndolas con agua natural, empleando el filo de las cañas huecas, “papát”, o “quivó”, antes del conocimiento y empleo de instrumentos cortantes modernos; no tenían hora ni día determinado para ello, y para los niños lactantes, sí empleaban las mañanas.

Acostumbraban bañar a la criatura recién nacida, con agua natural atemperada al fuego; este oficio estaba al cuidado de una familiar.

El aseo general de la vivienda y su patio era descuidado de ordinario, pero rigurosamente limpio y barrido para un festival, usando como escoba el palo de la flor de una palmera asaí – “Quihuín-assím”.

En la mañana no acostumbraban el lavado de la cara, ni el lavado especial de los dientes, pero sí, enjuagaban la boca haciendo buchadas con agua natural. Los hombres se depilaban los raros vellos de la cara con el filo de las cañas huecas.

De una manera general, tanto hombres como mujeres, siempre presentaron un conjunto de aseo y limpieza que los hacía atractivos antes que repugnantes. Los jóvenes y adultos se preocupaban bastante por su presentación; no tanto los ancianos.

II.- VESTUARIO, ARREGLO Y TOCADO

Los indios *Moré* o *Iténez*, no lucieron su desnudez en forma desvergonzada e impúdica; cubrían sus cuerpos con camisas hechas de la corteza del bibosi o higuera salvaje, de variadas especies, entre las que, las más solicitadas, se llamaban “toco mapác” se encontraban en el centro de la montaña alta. Allí también sacaban el llamado “chaiñ um” el cual daba la corteza más blanca, el “marám marám tún” que era extraído de los montes del río Mamoré, y el “comoi” de los montes del río Iténez.

La mujer en sus oficios domésticos siempre tenía el cuerpo cubierto de un traje viejo “uru”, o bien, si alguna de mayor edad estaba desnuda, colocaba dicho traje entre las piernas tratando siempre de cubrir el órgano genital. El hombre, en la casa, también cubría el cuerpo con un traje viejo, “usí”, que se quitaba al entrar al monte, en cacería, dejándolo colgado de las ramas para el retorno. Las mujeres jóvenes no se desnudaban, los niños, en cambio, siempre estaban desnudos; para dormir, todos desnudaban sus cuerpos en la oscuridad de la noche, sin dejarse sorprender con el amanecer.

El trabajo del traje llamado genéricamente “carapacán” era oficio exclusivo de los hombres; procedían de la siguiente manera: escogían un brote nuevo de la rama de la higuera salvaje, “yo mayí”, del que extraían la corteza “tapacáñ” que la ponían a secar al sol varios días; después de secada la colocaban al agua para reblandecerla y de ese modo poderla majar con golpes de maza dentada “papchi carapacán. Majadas y desarticuladas las fibras de la corteza, las lavaban nuevamente para blanquearlas al sol quedando así preparada la tela “iuche carapacán”, tan suelta y flexible, como un cáñamo. Conseguida la tela, se efectuaba la costura del traje o camisón dejando una abertura amplia en el parte centro superior para la cabeza y cuello, y dos laterales al extremo de los hombros, para los brazos; los costados eran cosidos calculando ajustar el traje lo más posible al cuerpo.

Antes de conocer la aguja actual, emplearon la aguja de hueso, “toiche pi che at”, que labraban y perforaban con el auxilio de dientes o colmillos fillos de animales, especialmente de los roedores monteses, “acutí puit punta”. El hilo era extraído de fibras de la hoja de palmeras especiales por su fineza “u u quem”; posteriormente, usaron la aguja de acero y el hilo de algodón sustraídos de las víctimas.

En una fiesta era pintoresco ver el grupo y variedad de trajes, distinguiéndose por el dibujo diecisiete clases diferentes: “équisicché”, “urícanché”, “úquisicché”, “yuc yupanca”, “ya tocohuón”, “pantiquintocá”, “tad ramanché”, “caracao”, entre los más elegantes; y se puede citar al resto como no menos interesantes; “corom corom ocyé”, “huen mahuinché”, “pam pam puinché”, “pampanamanca”, “titíntimi”, “map ramanca”, “toác ye”, “cat cat ché” y “fruta futumye”. Las mujeres vestían igual que los hombres, excepto las ancianas que usaban un carapacán sin adornos, sencillo, de color blanco natural, llamado “toác ye”; los hombres ancianos se distinguían por usar los carapacanes más pintorescos, como el “pampanamanca” y el “tad ramanché”.

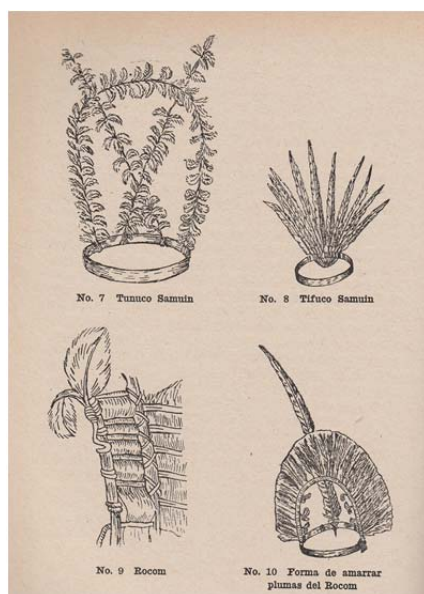
Hombres y mujeres usaban el cabello largo, sin recorte alguno; los hombres, especialmente, en horas o días de labores, arrollaban el cabello haciendo un moño sobre el occipital; se peinaban el cabello con raya central usando el aceite extraído de las palmeras “majo” o mortal” al que llamaban “tucussip”, y el peine, “a pá”, era hecho de garfios o púas del leño fino de la palmera chonta firmemente dispuestas en amarradura sobre un eje central.

Cuidaban mucho de las picaduras de zancudos y bichos ponzoñosos, así como de los rayos solares, usando casi de ordinario una especie de pomada, “upueye mahuín”, que, a manera de brillantina, compuesta de aceite de palmeras, urucú o achiote, y perfumada con la resina de la hiziga, se esparcían por frotamiento, desde los cabellos hasta las extremidades, transformándose en una solo color rojo.

En sus festivales completaba el tocado el aditamento de collares llamados “choró”, de frutas silvestres bien lustradas y brillantes, “tan”; de ojitas perfumadas, “tuneñ tan”, y de espinas de puerco espín, “ssissóp”. También, de los mismos elementos, usaban anchas manillas, especialmente las jóvenes; sobre las orejas (a manera de orejeras), usaban unos adornos de plumillas de variados colores, “panitenetét”, y los hombres, para la danza, cubrían sus cabezas con plumajes vistosos y simbólicos, a manera de arcos cerrados con las plumas más largas de las colas de pájaros, loros y papagayos. El “rócom”

hecho de plumas de cola de tojos, presentaba el color amarillo oro matizado con listas negras; éste era el plumaje característico de los valientes o más cazadores, “tunuco samuín” y “tifuco samuín”. Era hecho de colas de parabas matizando las rojas con las amarillas y azules. También se hacían plumajes en forma de coronas, con las plumas vistosas de la garza rosada, del pájaro lira, de patos con plumas doradas, de halcones y águilas, sumando una variedad de diez clases de vistosos y atraentes plumajes.

Tanto hombres como mujeres usaban en los labios perforados unas largas espinas hechas de una resina endurecida al sol, llamada “oáhuí”, que daba al rostro un aspecto singular y temerario. No usaron ni conocieron cicatrices a manera de tatuajes, ni tatuaje figurado y colorido; tampoco amuletos de ninguna clase, pues, si de los collares pendían una raicillas en forma cónica u ovoide, éstas –“na ran”- sólo se empleaban como perfume.



Sobre los tobillos, la pantorrilla y en la parte superior del brazo, tanto hombres como mujeres usaban la presión de varios hilos recubiertos de cera de abejas, “chutocá”, que no representaba adorno especial, sino un tormento en el que admitían la facultad de evitarles el cansancio en las grandes caminatas.

No usaron anillos de ninguna clase, y en las orejas perforadas en el apéndice inferior de ordinario usaban un palito de bambú, “octenetét”.

Estos indios, así como de común eran sencillas, en sus fiestas eran elegantes y pomposos, unos verdaderos artistas de la elegancia salvaje.

III.- ALIMENTACIÓN Y COMESTIBLES

El fruto de la caza y la pesca, como ya se ha dicho anteriormente, por lo general se cocía en parrilla de madera, chapapa, bajo la cual ardía lentamente un fuego disperso en brasas avivadas por ventilación frecuente –“pemche iché”-. Para ello se auxiliaban de un soplador tejido de hojas de palmera –“focoyam”-; acostumbraban comer las carnes bien cocidas, desechando las partes crudas, tal que, al cortar un trozo de carne asada, presentaba el aspecto de un jamón ahumado con su sabor exquisito y característico al buen cocimiento. Los huesos de animales, aves y pescados eran chupados con avidez hasta limpiarlos completamente.

Tanto en colectividad como en familia, todos rodeaban el bocado que se servían en hojas de plátano silvestre o patujú –“chacó merizaam”-, sin sal, pero siempre acompañado de harina –“moró”-. Eran gentiles y generosos, pues de lo poco que comían o tenían compartían con el vecino, a quien jamás se le permitía mirar sin participar; no eran glotones, y todos guardaban parsimonia al comer.

Con la cacería o pesca ligera u ordinaria, acostumbraban hacer una sopa familiar en una depósito de arcilla llamado “uchúm”. Esta sopa –“sa cóp”- era un preparado de carne en piezas enteras, con fragmentos de yuca o plátano, y para servirse le añadían harina, la que colocaban en “uchunes” más pequeños, a manera de plato –“iyé uchúm”-. De cuchara oficiaba unas cápsulas resistentes y alargadas de una fruta silvestre –“ya cán”.

Con los peces pequeños –“éca”-, preparaban un plato especial llamado “piptocá”, que consistía en el liado de éstos en hojas de “patujú”, a manera de tamal, el que puesto bajo las brasas o ceniza caliente, cocía al vapor, resultando un bocado suave y exquisito.

En los arroyos de agua cristalina y lechos de arena blanca solían pescar, con las manos, unos cangrejos blancos “azá acará”, muy substanciados, que cocinados en agua, daban una pulpa aceitosa, a manera de mantequilla o pulpa de alcachofa, y que solían comer con harina de castaña o con yuca asada.

Como complemento de las comidas usaban harinas de yuca, o de granos de maíz, o de patujú, o también de castaña o almendra dulce. La harina de yuca tenía el siguiente proceso: despojado el tubérculo de su corteza, con golpes de un palito –“tóo tocó acóp”-, rayaban la pulpa sobre las púas erizadas de una raíz de palmera –“foróp”-. Desmenuzando así el tubérculo y convertido en una masa suave y fluída, la guardaban en fermentación por dos o tres días, al cabo de los cuales, la secaban al sol, para cernirla luego sobre un esterado hecho de fibras de hoja de palmera –“camamuín”. Obtenida la harina, pasaba a tostarse en recipientes de arcilla –“toá”-, quedando lista para servirse de ella, con el nombre de “morótoco acóp”. La harina de maíz –“morótoco mapác”- y la harina de patujú –“moróche pueye ritán”-, tenían un proceso más sencillo, puesto que no eran otra cosa que el tostado de los granos y molidos en un mortero largo con piedra que se movía de un lado al otro impulsada por ambas manos –“tée te”-. La harina de almendra –“moróche tuqué”-, era rayada y luego tostada; así complementaban su alimentación carnívora.

Otro complemento de la alimentación carnívora, lo constituían los tamales a base de yuca y maíz. El “chacao” era un tamal a base de yuca rayada, cocido en brasas a calor lento; el “upuéyeco yahuín” era otro tamal de maíz seco, molido y cocido en agua hirviente.

Por donde caminaban llevaban carnes cocidas, harina y tamales que comían al pie de cada aguada o lugar propicio para el descanso, o pascana, “szad szad tá”.

Completaban su alimentación con la miel de abejas, que, de una manera general, le llamaban “tuchíc”, extraída de los árboles que derribaban a golpes de hacha. Antes del uso y cocimiento de ésta, con auxilio del fuego la miel extraída era consumida con avidez, y terminaban devorando los hijos de las abejas “arisza con tuchíc”. También con la miel de abejas y agua, preparaban un brebaje para saciar la sed –“chántoca tuchíc”-, que, como la chicha de yuca o de maíz, se bebía diariamente en la casa. Conocían y distinguían varias clases de abejas productoras de miel, y entre las más notables por su producción y bondad, nombraban a la “toá tocóñ”, “ú ucá”, “pan topác”, “maram tocó forohuát”. Solían combatir con fuego a las abejas bravas –“quedde át”, “tifucu yuhuín” y “tahuít”, y también reconocían mieles tóxicas que les causaban fuertes dolores de vientre, como la “i szaiñ”. Conocían avispas que daban miel –“chac che chamuíra”-, y que con ayuda del fuego extraían los ricos panales. Devoraban también a los hijos –“ariszaiñ”-, cocidos sobre

brasas; comían tostados, los huevos de ciertas hormigas –“tucuhuí”-, acompañado siempre con la harina que acostumbraban llevar consigo.

Los intestinos y vísceras en general –“mucurí monocón” de aves y animales, constituían el primer bocado, asadas sobre brasas y acompañadas de harina. Los gusanos de las palmeras –“isocóñ”, “cchí”, “huí huít”, “quifú tuqué”- y otros similares por su gordura, eran comidos en hojas de patujú o palmeras y asados al rescoldo, o sea al vapor, que les daba consiguiente sabor especial que acompañaban con las distintas clases de harina que fabricaban.

Las frutas, en su gran variedad y riqueza, constituían también parte de su alimentación cotidiana. La almendra –“tuqué”-, que comían cruda y a veces cocida en las brasas; el chokolatillo o “canohuán”, chirimoyitas –“necatíp”-, mangaba –“ru í”-, de la que solían hacer un brebaje fermentado de gran fragancia, para tomarlo diariamente en la época de la cosecha; la piña silvestre “cachín”, de la que solían hacer brebajes fermentados; coquino –“chapacha”-, lúcuma –“a pán”-, y las frutas de palmeras azái –“irá”-, majo –“sahuán”- y cusimacho “u szíp”, que comían cocinadas y de las que hacían también chichas. Muchísimas otras frutas extrañas y de sabor agradable y especial completaban su alimentación.

El fuego –“i ché”-, lo obtenían de la manera primitiva y común que se conoce, o sea, la “juyaca”, “quititche iché”, que es el resultado del frotamiento rápido y persistente de una madera sobre otra, especialmente blanda. Los *moré* seleccionaban una especie de palo balsa, del achiote –“mahuín”-, y la chispa desprendida del frotamiento caía sobre una capullo de fibras menudas y tiernas de palmera o higuera salvaje “u rú”. Al soplarle, inflamaba una llama que servía para encender la leña preparada con este fin. No usaron el fuego perpetuo, sin embargo llevaban siempre consigo los palitos apropiados para obtenerlo.

Después de su primitivismo y a raíz de sus incursiones y asaltos obtuvieron herramientas modernas con las que derribaron montes y cultivaron granos y plantas sustraídas a los agricultores vecinos: la caña de azúcar y los plátanos fueron de su predilección. Después, sembraron la yuca y el maíz que comían tierno, asado al rescoldo o brasas, cubierto de su propia protección, en tal forma que quedaba cocido al vapor. A esta forma le llamaban “rotopacón” y al tamal del mismo le llamaban “pipsum”. También hacían chicha de choclo –“ro mót”- que tomaban tierna y fermentada.

Grandes pescadores y cazadores, intrépidos navegantes y caminantes, los *moré* habitaban una zona riquísima que les brindaba alimentación abundante y variada. No usaron la sal “cun”-, a pesar de haberla conocido como conocieron el azúcar –“munáñ arissam”-. En sus cocimientos al fuego, aceptaban la ceniza y el carbón de los asado, con el nombre “yic” che parúpui sicón”, que comían con entera confianza y naturalidad.

No tenían horario ni método sobre desayuno, almuerzo o merienda; comían abundante, cuando tenían, con el optimismo o seguridad de que el futuro no les negaría la presa o el bocado sustancial.

IV.- HOSPITALIDAD Y GENEROSIDAD.- EGOISMO Y SOLEDAD.

No fumaban tabaco ni hojas semejantes a excepción del hechicero –“i cá”- que aparte de ser anciano, era un elemento singular y raro; por consiguiente, el cultivo de dicha planta se reducía a una o dos matas; el resto del personal, no fumaba por temor al mareo, que era tenido como fluido especial y misterioso del brujo.

Bebían hasta embriagarse en sus fiestas, que tampoco eran frecuentes, y con bebidas fermentadas a base de miel de abejas y frutas; después, cuando conocieron el uso y cultivo del maíz y la yuca, adoptaron el fermento de estas especies en un brebaje llamado chicha. No conocieron el alcohol ni otros tóxicos.

La riqueza ornamental y la variedad de sus armas y vestuario, como asimismo la abundancia de sus artículos domésticos, muestra a los indios Iténez con la virtud excepcional de la laboriosidad y el arte.

Eran generosos y hospitalarios y compartían lo que tenían para comer con los circunstantes, y todos, a la vez, sin preeminencias ni exclusiones tomaban parte en la mesa.

La hospitalidad, la generosidad y la nobleza, los hizo protectores de tanto huérfano que quedó como saldo trágico de las matanzas y las enfermedades, tal el caso que encontramos, por ejemplo, en la casa familiar de Tontau, donde conocí a cinco huérfanos protegidos, Tutú quinám de 7 años, Puicá de 10 años, Saé de 10 años, Upíritám de 8 años y Tucuche huón de 8 años, su hermana viuda Sáa pác y una sobrina epiléptica –Sahuán.

Otro que encontramos con numerosos huérfanos a su cuidado, fue a Utíp, señor de Los Castañales, a once leguas de nuestro puerto: Quisíc cavác y Rara cavác, dos muchachas de 13 a 15 años, Puíchoró de 5 años, Ató iquít de 10 años, Mé maramé de 12 años; y así, en cada familia, había por lo menos uno o dos huérfanos o una viuda.

Sabían distinguir a sus visitantes o huéspedes; cito el caso de mis visitas en procura de contacto y afinidad con las malocas del Castañal, donde las familias de Utíp, Toó, Enóc, Carinto y Quiná, me recibieron con las mismas atenciones, todas las veces que llegué hasta allí, y el caso especial, aún, de recibir con cortesía y distinción, a los indios Tontau, Mócapán y Catoma, que, siendo enemigos de ellos, me hacían el servicio de prácticos y rumboadores.

El egoísmo y la duda se relacionaban solamente con la perspectiva de la conquista o traición de la mujer. Eran celosos y desconfiados, por lo cual buscaban la soledad para vivir, y ésta fue la causa de encontrarlos tan dispersos y disociados.

La soledad les impuso la reserva que acostumbraban; pues no eran comunicativos ni expansivos, y la delación jamás se practicó en ellos; el delator quizás pagaba con su vida esta debilidad, y este defecto que pudo ser mi principal auxilio en la catequesis, no llegó a favorecernos en tantos momentos precisos, ni con los estímulos más atrayentes; cito el caso de Tomás Memuí choró, con quien tuve la suerte de tener el primer contacto de amistad, en su paraje Macco huán; fue en compañía de cuatro Maestros obreros, con nuestros fusiles y llenos de obsequios de toda índole; a las doce del día llegó de su cacería y nos recibió con sonrisa en los labios; hicimos señas para hacernos comprender y aceptó todos los regalos, dejándole varios, destinados a otros, para que él hiciera la propaganda. Convinimos en volver a los cuatro días y juntarnos allí, a la misma hora; cuando volvimos, encontramos a él solo, con sus mujer, su hijito y sus huerfanitos y dio a comprender que no había visitado a los otros, tal que los regalos que dejamos estaban sin tocarlos. Esta operación la repetimos dos veces más, sin resultado favorable. A instancias nuestras aceptó acompañarnos hasta la mitad de una senda rumbo a la casa de Catoma, quien procedió con la misma norma de conducta del anterior; sin embargo, cuando conseguimos la amistad de Tontau, fue al principio reservado, pero después se convirtió en mi colaborador más noble y eficaz, en toda la conquista. Como era de los más guapos de la zona correspondiente al Monte del Azul, con esa superioridad que él mismo la apreciaba, me llevó, franqueado las zonas de sus enemigos, y me puso en contacto con Mem assím, en la zona del El Corte, y con Samuín, en la zona de los Castañales, con quienes, hacía tiempo indefinido no tenía contacto alguno debido a chismes y rivalidades.

Recuerdo que, al llegar a la casa familiar de Mem asím, Tontau quedó parado, apoyado a un árbol, cerca de la casa; después, a mi indicación, un joven, Ypuíc, fue a invitarlo a que tomara parte con nosotros: le recibieron gentiles y alegres y le acosaron a preguntas, como a un huésped que traía extrañas y novedosas noticias. El encuentro con los del Castañal, en Sáyicom y Romj máíñ, fue más frío e indiferente, pues las pocas palabras que se cambiaron a mi intervención fueron habladas sin énfasis y sin mirarse frente a frente, sino de lado; Utíp y Utú iquít, los más representativos del grupo, menospreciando la intervención o presencia de Tontau, me ofrecieron pagar la visita y colaborar en las excursiones de días posteriores. Y así fue. A la semana exacta, llegaba Samuín a nuestro puerto, con un séquito de diez hermosos y recios hombres, esmeradamente vestidos y equipados: fue una histórica visita que grabamos todos los miembros de la fundación de Moré, y que jamás podrá borrarse de nuestra mente y nuestro sentimiento: fue una verdadera visita diplomática y dispensamos a ellos generosidad y nobleza. Hicimos una fiesta, obsequiándolos, y en el curso de ella logré que pactasen la amistad con Marcos Tontau; fue todo un éxito. Al amanecer, se despidieron porque tenían pena de las mujeres que habían quedado; después, todo un año fue destinado a estas visitas de contacto, amistad y reducción lenta y sin violencias.

La fiesta era el único motivo de reunión social en que se abrían francamente la expansión de los sentimientos y las pasiones: los hombres, en la danza y el canto y la bebida, ponían tanto exceso, que caían materialmente agotados; en tanto las mujeres, bordaban comentarios poniendo al día todos los cuentos y chismes lugareños. Había mujeres reconocidas como intrigantes –“naapá topá”-, entre las que se apunta actualmente a la llamada Rosa Monáp, a quien se atribuye todo comentario malsano y aventurado que circula en el ambiente.

Así como en sus asaltos mataban sin piedad y a sangre fría a hombres, mujeres y niños civilizados, era de contraste ponderable el cariño que prodigaban a sus hijos, a quienes, en muy raras ocasiones, solían castigar, y si llegaban a ello, no lo hacían con la saña ni la bravura que muchas veces se vé en los civilizados.

Como resultado de esta educación o lamentable tolerancia, los niños tenían una libertad verdaderamente salvaje. Así, en una reunión de mayores, los niños, en sus juegos y carreras, saltaban atropellando o arrojaban indistintamente cestos viejos u otros objetos con la glacial indiferencia de los mayores, quienes seguían su tertulia sin la menor molestia. No llegué a oír ninguna amonestación o advertencia de parte de los padres; cuando quise intervenir, viéndolos con flechas que lanzaban al aire y que podían caer sobre la cabeza de alguno, Samuín, padre protector de numerosa familia, se rió estruendosamente, y acercándose hacia mí, familiarmente me dijo: “así nomás”, como diciendo “así nomás” para que no tengan miedo del peligro y lo afronten como nosotros lo hemos hecho.

El cuidado a sus útiles y animalitos que domesticaban les mostró pulcros y tiernos.

En resumen, la virtud anidaba en sus hogares y sentimientos, y si fueron crueles con sus víctimas, quizás puede haber sido la civilización, con sus armas de fuego, la que provocó la reacción y la venganza.

CAPÍTULO V

MENTALIDAD Y CULTURA PRIMITIVA

I.- CREENCIAS Y SUPERSTICIONES

Los indios *moré* o *Iténez* concretamente no adoraban a nada ni a nadie. No creían ni temían a nada que no hubiera sido influenciado por los espíritus malignos que los hechiceros les hacían concebir y consentir en todos los aspectos, formas y colores.

No creían en Dios, pero admitían la existencia de un ser masculino que, desde el cielo –“naranye ahuín”-, todo lo miraba, denominándole “Itó i corató”; también creían en la mujer llamada “Iná i cotaró”, que traducido literalmente significa “padre y madre de las criaturas”. Se imaginaban que en el espacio vagaban niños desamparados en busca de sus padres perdidos en esa inmensidad, llamadas “ró ahuinca”; incluso, percibían su música, sus cantos y sus lloros en los días grises y húmedos de la época invernal.

Los hechiceros “íi cát” se improvisaban imponiéndose con sus maleficios; eran los únicos que fumaban tabaco –“yu huí”- cultivado por ellos mismos y de cuyas hojas hacían un grueso charuto; fumaban todos los días y en forma continua, siendo su uso prohibido a los demás.

La influencia del “íi cát” era tan poderosa, que la masa indígena se sentía poseída del mal o el daño que en diversas formas podía presentársele a voluntad de brujo. Solamente podían librarse cuando algún audaz, rompiendo prejuicios, levantaba su arco resuelto a matarlo, como lo hizo “Széc huón” con el terrible “íi cát” “Puim iquít”: Sucería que este hechicero cometía tanta maldad y abuso de su poder, que los pobres indios de su zona eran víctimas de sus instintos crueles; pues bastaba que mirase a un niño o a una joven y que se hubiera detenido a tocarles, para que cayesen fulminados por una fiebre, dolor, evacuaciones y hemorragias que hasta llegaban a provocar la muerte. Como su aspecto imponía respeto, puesto que era hercúleo, de elevada estatura, de color negro bien pronunciado, con metal de voz grave y potente, impostor y déspota con todos, le temían porque recibían la influencia magnética de su poder, hasta que “Széc huón”, que era el padre del actual joven interno Mauricio Upíritan, prometió vengar a todos, y en gesto valiente hombría, en el curso de una fiesta que se realizaba en “Tocchi curuquí” le disparó una flecha “oc huazáñ” que a manera de puñal le vació los intestinos.

“Puim iquít” era el padre de otro “íi cát” llamado “Ató oc póc” y abuelo de Ricardo Zozo iquít que actualmente es un ejemplar padre de familia y nobilísimo miembro del Núcleo Indigenal Moré. Por herencia, pudo ser “íi cát”, pero prefirió la libertad en sus actos y no la subordinación estricta a muchos requisitos y privaciones, pues un hechicero, educa desde niño al hijo de su predilección, inculcándoles a seguir sus enseñanzas y directivas. Camina siempre acompañado del hijo, y, en parajes solitarios, al tomar sus brebajes o fumar sus hojas de tabaco, lo hace participar infundiéndole, así, cualidades especiales. En el curso de las curaciones, el hijo está presente y participa en las diversas abluciones de que era menester; en las visitas a lugares señalados como malignos, a los cuales sólo el brujo puede visitar, el hijo acompaña con el fin de tomar contacto con los espíritus malignos o con los muertos que allí moran, comiendo y bebiendo los obsequios de que son objeto. Al morir, e “íi cát”, entrega al hijo ya instruido, todas sus facultades en un soplo al rostro seguido de un murmullo profundo y señalando la posesión de todos sus artefactos que, al efecto, rodean su lecho de muerte. Desde ese instante, el nuevo “íi cát”, queda revestido, públicamente, de todas las facultades propias a la ciencia y también al rango.

Cuando un hechicero moría, pensaban que de su cuerpo sepultado –“í sicún”- salía su alma –“ru cusicón”- que de inmediato se convertía en tigre y que sobre su tumba se ponía a bramar anunciando ser otro más en el grupo de los tigres-gentes –“Itenco quinám”-, cuyas formas eran más grandes que las del tigre natural o común. Además, se le reconocían en su bramido lento, grave y largo ejecutado siempre en un mismo lugar o dirección, y cuando trataban de buscarle, no le encontraban; no se le disparaba flecha por cuanto se temía una reacción superior y diabólica, pero se le espantaba fácilmente, haciendo sonar el acero del trazado sobre el arco, o bien, cuando llegaba hasta la proximidad de las casas, se le echaban brasas de fuego. Con este procedimiento le ahuyentaban por tiempo más o menos largo. Las mujeres le temían mucho, razón por la que jamás quedaban solas en la ausencia de los maridos, quedando en compañía de ellas uno o varios jóvenes caseros. La zona o cada familiar de Namá Chichóc, era notable por la presencia de esta clase de tigres humanos.

El pánico que se tenía por los muertos se debía a la creencia de que todos los que morían se transformaban en diablos –“i muícutí”-, los cuales solían concentrarse en zonas determinadas, como en “Smuí óñ”, o bien en el espacio, manifestándose en el trueno de la tormenta, llamado “opna imuícutí”, es decir, “están cantando y danzando los diablos”.

Pensaban que todas las enfermedades o dolores, con excepción de la gripe –“coromtín”, eran provocadas por la influencia de los demonios.

Los maridos cuidaban con esmero la preñez de la mujer o la vida del hijo recién nacido, y para ello, ninguno en la casa podía comer el pescado llamado “cuquí”, como tampoco se podía cazar ni siquiera usar las plumas de los gavilanes –“toatán”, “pachi umuím”-, o águilas reales como el “cocó”, “huén huáu”, por cuanto si así se hacía la muerte era segura en la casa familiar.

Tenían miedo a las lagunas en cuyas aguas no navegaban ni las bebían jamás; llegaban a ellas en sus cacerías en forma rápida y pasajera por temor al encuentro con los diablos que imaginaban habitantes de sus profundidades. Ram yecóm, Cumico caparí Imuí óñ, Utúc món y Quimá maráiñ, eran las lagunas más notables por sus efectos malignos y por la tormenta que se desataba a la presencia de elementos extraños. Una laguna –Namá tuqué-, era temida por cuanto incluso llegaron a ver mucha gente de rostros singularmente extraños y fieros, todos pintados de rojo y manchas atigradas, que entre danzas y movimientos precipitados habían hecho un gran desmonte en la isla central de la laguna, y que desde entonces se le conoce con el nombre de “Iché camá”. Los “í cá”, eran los únicos que podían visitar, ver y tomar contacto con los habitantes de ultratumba, reunidos en “Namá tuqué” e incluso, dicen haberles visto comiendo y bebiendo los obsequios ofrendados por los “imuí cutices”.

Los espíritus malignos se presentaban en diversas formas y en horas distintas del día y de la noche. Hay un pájaro negro a manera del cuervo europeo que en la noche silba; para ellos, éste era un diablo con el nombre de “maícutí” que se ocupaba de espiar los movimientos nocturnos de las personas y dar el aviso a los otros que se encontraban distantes. “Taiñ taiñ corová” era una especie de duende con caracteres humanos y del tamaño de un niño que, sin dañar a nadie, les espiaba por entre las malezas de las viviendas. Otro era llamado “poc pué”, de figura humana pero con orejas grandes y movibles que asaltaba en la soledad y, ahogando los gritos con la presión fuerte de sus manos, arrastraba a las mujeres a lugares lejanos y desconocidos.

En los lugares donde la tierra es floja y da sonoridades de hoquedad, por efecto de corrientes subterráneas que forman vertientes, imaginaban la existencia de viviendas subterráneas de los diablos; llamábanles “tum tumí timác”, señalándolas en las zonas de Namá raó, Acco pic át, Pataca puím y en Uríro.

“Nacachitó”, es la boa constrictor que solía encontrarse durmiendo sobre ramas de árboles. Samuel Utíp y Pastor Carinto, cuentan que, en la zona de ellos –“Romá máíñ”-, que precisamente tiene las bajuras y pantanales del Río Azul, siendo todavía jóvenes, oyeron una especie de soplado grave y prolongado, como de un temporal de viento, y con horror descubrieron que sobre sus cabezas, en las ramas elevadas de unos paquioses, varias serpientes enormes se arrollaban y desarrollaban en forma que les confundió, razón por la cual volvieron a la casa en precipitada fuga. Cuentan que, por sus padres, supieron que en una ocasión una serpiente de éstas persiguió a un hombre hasta que se lo engulló; pero el indio, una vez en el vientre, se acordó que tenía unos garfios puestos en los hoyos de sus orejas y sacando uno de ellos, cortó la barriga y logró escapar aprovechando el profundo sueño en que estaba el monstruo.

Los de la fiebre se llamaban “ac cutí”. Se presentaban en la forma del ñandú, con piernas robustas y la cara de mono. Solían encontrarse en las ramas de los árboles más elevados y en cuyo cuerpo no penetraba ninguna flecha. Cuando se les encontraba en tierra, eran tímidos y huían a grandes saltos haciéndose luego invisibles.

“Tupuiranca”, era un pez perfecto de más o menos 45 centímetros, con cuatro cabezas, de pez y de serpiente, en forma alternada, que solía ser visible sólo para ciertos hombres viejos. No lo cazaban por temor a la tormenta que se desataba destruyendo hasta los árboles de la aguada donde se encontraba.

Todos temían a las carnes de los animales cornúpetos por la muerte que podía ocasionarles el influjo de los cuernos en los intestinos; también los peces mayores que pasaban de 45 centímetros, para ellos eran nocivos y malignos, suponiendo que al comer su carne, ingerían un instrumento cortante que destrozaría sus intestinos.

Andrés Mémaramé y Melitón Fúcabác, jóvenes en sus 17 años, hicieron el servicio de estafetas llevando el correo a un punto del Río Mamoré, denominado Alejandría, distante de este Puerto de Moré, 25 kilómetros por camino llano. Habían recorrido 15 kilómetros, y se encontraban cruzando el monte de “Tontau” que es sombrío y majestuoso por su altura y corpulencia de los árboles, cuando, sorpresivamente, se les presentan unos pájaros grandes y negros y les cruzan el camino y les golpean la cara con las alas. Los jóvenes, despavoridos, no atinan a defenderse y arrojando al suelo todo cuanto llevaban, incluso armas, echan a correr retornando a Moré desfigurados por el espanto y la fatiga. Uno de ellos, Melitón, cae fulminado por la fiebre, y el otro, Andrés, reaccionando a las pocas horas, relata todo lo sucedido en medio de un calofrío que le postró, también, con elevada temperatura. Este suceso ocurrió a fines de julio de 1940.

Vivían subordinados al miedo de los espíritus malignos de octubre de 1939, o sea el segundo año de labor reductora: Acompañado de los maestros Antonio L. Mercado y Gustavo Suárez Ortíz, llegamos a tomar contacto con los indios Carinto, Quiná, Utíp, E nóc”, Muizá, Tahuít, y Tocoíñ chát en el monte de “Romá máíñ”, más o menor a 10 leguas del Puerto Moré. Después de varios días nos tocó hacer noche en la casa familiar de Carinto, rodeando todos ellos, con sus hamacas, la mía, que se encontraba al centro. El maestro Mercado me comunica que los indios no podían dormir, y que Carinto y Quiná le movían su hamaca y le hablaban del “i muícutí” que llegaba hasta ellos, y que luego se escondía detrás de unas plantas de plátano. Esto duró hasta pasada la media noche, en que desperté a solicitud de Quiná, que me hablaba con marcada nerviosidad. Desafiando la mosquitera infernal de aquella noche, los acompañé sentado, y me señalaban mostrándome al diablo en forma real y evidente para ellos. A la tercera vez que me señalaron, hice el ademán de haberlo visto, y enfocando con mi linterna al lugar señalado, disparé un tiro de revólver. Luego corrí precipitado hacia el objeto, disparando dos tiros más, con la alarma y actitudes propias de la comedia; todos corrimos al platanal, donde aún flotaba el humo de la pólvora; alumbramos con las linternas y todos aprobaron el éxito

de los tiros dando por muerto al diablo. Vueltos a nuestras hamacas, el más caracterizado de todos, Carinto, rompió el silencio comentando que también el “i muicuti” había reventado dejando humo, y con firmeza dijo que ya no volvería. A los pocos minutos, sólo se oía la respiración profunda de la confianza, en un sueño tranquilo y reparador.

II.- CUENTOS Y LEYENDAS

“*Aní itén*”. Es el mareo de la selva. Ahora mismo dicen, tanto los viejos como los jóvenes, que, entrando al monte, sienten una sensación extraña, a la que se llama “tomye aní”, es decir, una especie de flujo y reflujo de sombras que impresiona y por lo cual se ven obligados a parar la marcha pretextando cualquier motivo. Una vez pasada esta primera impresión, continúa una relativa normalidad, puesto que cierta fatiga o impresión nerviosa está excitada por el “tifón yé”, el olor del monte. A ello se suma la influencia soporífera e hipnótica de la planta “madzi”, y también la presencia del “teñ teñ” corová”, espíritu diabólico de los montes cuyo oficio es perseguir hasta hacer perder a las gentes que, por cualquier motivo o necesidad, penetran en la selva.

Con esta influencia extraña llegaron a ver personas desconocidas que, incluso, respondían a la llamada, pero que esquivaban ágilmente el encuentro confundiendo entre la maleza y transformándose, sorprendentemente, en la palmera “ú u quen”, que ellos consideran como gente. Así también, les impresiona la corpulencia, belleza y flexibilidad de un árbol llamado “muem sem”, en el que tienen simbolizada la transformación de una mujer. Los viejos abuelos contaban que las mujeres, huyendo de la fiereza de los maridos, rompían el monte destrozando sus vestidos y sus carnes, y solas, temblando de miedo y sangrando el cuerpo, echaban raíces y se convertían en el árbol “muem sem”, que parece moverse, que tiene cuerpo de mujer, con pechos y cuyas ramas parecen hacer señas. Todo este conjunto de mareo impresionante y de misterio salvaje no se revelaba en todos los montes, sino especialmente en los más sombríos, como en “O cóm”, en “Tom puím”, en “Tucchi curuquí” y en “Boyé”. Seguramente, esto, es el embrujo de la selva.

“*Pa pát*”. Es una especie de bambú, muy resistente que ocupan en la factura de flechas-puñales –“huí quíram”- y cuentan que es la transformación de un hombre sanguinario y brutal que se comía a sus mujeres, por lo cual, cada vez desaparecían y las reemplazaba con otras. Descubiertas sus acciones, cundió el terror por el cual le aislaron y le obligaron a perseguir a las mujeres, por la fuerza, en aguadas y caminos. Falto de mujeres y ya envenenado a comer carne humana, devoró al único hijo que le acompañaba y terminó comiendo sus propias carnes, pedazo a pedazo, hasta quedar esquelético. Desprendidas las carnes flácidas y los nervios, estos tomaron forma de raíces blancas que dieron origen al primer macollo de tacuaras, erizadas de espinas, que ellos conocen y nombran “pa pát”; cuando sopla un fuerte viento de tormenta, el tacuaral silba, y es que “Pa pát” llama a las mujeres que le huyen.

“*Ya ma rám*”. Es una avispa de gran tamaño, peluda, color miel de caña, que tiene la apariencia de una abeja gigante y que acostumbra perforar la tierra. Los indios *moré* distinguen en ella a un espíritu maligno, que se alimenta de cosas putrefactas y que perfora las tumbas en busca de su alimento. Es muy brava y persigue al enemigo hasta clavar su aguijón. Samuel Utíp, hoy de 60 años de edad, cuenta que su abuelo –“Toá yát”- narraba que las mujeres de antes comían a sus hijos recién nacidos –“navdzip”- y que esta costumbre desapareció porque tales mujeres se transformaron en “ya ma rám”, el cual estaba al acecho de las mujeres parturientas, para arrebatárselas el nacimiento con toda su hemorragia. Puesto todo en un recipiente –“u chúm”-, hacían un cocimiento a llama viva, denominado “puiti tocá” que devoraban con gran avidez y zumbido de alas como en un enjambre. Cualquiera que se atreviese siquiera a observar a distancia, era muerto por el ataque inmediato de tan terribles avispas.

“*Maram timí puicúm*”. En la zona de los castaños, a más de 10 leguas de Puerto Moré, en media selva, sorprende un panorama que presenta otra naturaleza: son grandes piedras de constitución volcánica, que afloran en gran parte de su volumen y cuya influencia ha dado origen a otra vegetación muy semejante a la de Chiquitos. A este grupo de piedras, tan extrañamente ubicadas en media selva de llanura, le llamaron “maram timí puicún”. La tradición cuenta que en ese monte de Tahuit paná, hubo una gran tormenta con truenos, relámpagos y rayos –“fú ya ní”- y que la lluvia torrencial se transformó en granizada –“masa huatám”; después en lluvia de piedra menuda –“charí puicún”- y por último en las grandes piedras “puicún” que aplastaron la población y mataron a la mayor parte de los vivientes. Los que salvaron, que fueron muy pocos, huyeron aterrorizados a otros parajes, siendo para ellos de gran peligro vivir en esa zona por la cantidad de rayos –“sipuí puicún”- que caen sobre esas piedras; muestran las grandes partiduras como huellas o señales de los rayos –“tée ramayé”.

“*Quimá maráiñ*”. Es un gran lago que se encuentra a más o menos 18 leguas de esta zona de Moré, en la ruta a San Joaquín, ubicado en una gran altura con grandes barrancas de tierra firme. Una de las mujeres más viejas e inteligentes que hay en nuestro internado, llamada Juanacha Ató iquít, cuenta que sus abuelos Maram huóm y Furú samá titót, decían que antes fue una lagunita llamada “Quimá coropán”, donde solían ir a la pesca de una variedad de peces y que una vez sorprendieron un fuerza misteriosa que, en el fondo, con gran ruido, iba socavando y desmoronando los árboles, -“cayí tamí”. Los barrancos, en gran extensión, con arboleda, cazadores y pescadores, se desmoronaban tragados por la laguna que crecía y crecía con espanto de los que podían salvar, hasta que, por el llanto de las mujeres viudas e hijas de los habían sido sepultados, y por las flechas enlutadas –“mui yím”- que los hijos y los maridos viudos clavaron en la tierra, hizo que la fuerza misteriosa y subterránea –“ohuá oánye”- cesara en su voracidad, quedando, en la actualidad, un gran lado de más de 25 kilómetros de largo y con una anchura que varía entre los 4 y 7 kilómetros. El llanto de las mujeres dio origen a los pantanos que son la confluencia de las vertientes –“imá imáiñ”-, y los barrancos rojizos que muestran su hermosa altura, fueron los sitios donde se clavaron las flechas enlutadas –“huayí forobá”-.

“*Cáni cáni y Chi chi cát*”, fueron dos hermanos, menor el primero y mayor el segundo, que vivían en armonía, gobernando un pueblo que existió en la banda del Río Azul o “Izí cacóm”, por el camino viejo a San Joaquín –“maram panavó”- y en el monte “Achíqitu cu mí”. “Cáni cáni” tenía como mujer a “Chi muín” y la mujer de “Chi chi cát” se llamaba “Na to vá”. Estos jefes sólo se ocupaban en los arreglos de las casas y viviendas y en la fabricación de plumajes, carapacanes y flecha a cual más pintorescas y novedosas, y el resto de la población, en todos los demás trabajos de fuera de la casa. Un día, Na to vá, amaneció de mal humor y arrojó al suelo las armas de su marido Chi chi cát, ofendiéndole con palabras y ademanes. Para demostrarle que era valiente, el marido recogió sus armas y, sin hablar palabra, se metió al monte; tras él siguieron varios hombres y también su hermano Cáni cáni, quienes muy tarde, en la noche, le dieron alcance en una pascana. Al día siguiente, los hombres que oficiaban de obreros se repartieron en cacería, y los hermanos se aproximaron al Río Mamoré –“Namá choraó”, que es lo que actualmente ocupa la barraca Warnes. Allí encuentran civilizados –“cará fó”- a quienes matan, salvando uno que corre y vuelve con otros armados de fusiles y se traba la lucha en la que mueren los dos hermanos. Los cazadores, al ruido de las armas de fuego, vuelven y encuentran el monte lleno de cadáveres de ambos bandos y muertos a sus jefes Cáni cáni y Chi chi cát, cuyos despojos conducen hasta las viviendas caminando un día y una noche. Enfurecidos, recriminaron a Na to vá como causante de la tragedia y entre todos la flechan, la destrozan y riegan sus miembros en el monte para pasto de los buitres. Chi muín, llora la muerte de su marido cinco años, y entre todos le reconocieron y dieron la autoridad del mando; murió de vieja, con los cabellos blancos y aún tenía en las mejillas el “fó ma muí”, o sea las huellas o señales del duelo.

“*Cau ta yó*”, es el nombre que los *moré* dan a los indios de la banda brasilera, frente a Moré, y que no son otros que los actuales “*pacanovas*”. Dice la leyenda que “Tontau”, necesitando plumas de parabas –“*samuín*”-, que son las más primorasas y sabiendo que los “*Cau ta yó*” las criaban, organiza un paseo y, acompañado de sus hermanos y sus hijos varones, cruza el Río Iténez en la zona llamada “*Tínn*”, hoy Concepción, cerca del Forte del Príncipe de Beira, y sigue camino adentro hasta llegar a “*Una fond*” donde encuentra a los “*Cau ta yó*” en gran fiesta. Luego que llegan les invitan a comer, pero como vieran que lo que se estaba cociendo en un gran “*u chún*” era carne humana, se resisten a hacerlo, provocando con ello el enojo de los dueños de casa, quienes con las flechas en los arcos les obligan a comer, primero las manos –“*pítiche úm*” –, después los pies –“*pítiche chinác*”, las partes sexuales de la mujer –“*pítiche tacát*”-, hasta que dieron fin con todas las carnes sancochadas. Como hablan el mismo idioma, cada vez les preguntan si conocían esa clase de carne, informándole que ellos sólo comían a carne de los “*Caráyano*” matando a todos los que navegan por esa zona. Entonces Tontau, les dijo que eran carnes lindas y gordas, recibiendo esta declaración con muestras de regocijo y tratándoles como a hermanos. Diciéndoles “*tipícati ye atín*”, le hicieron beber chicha y le obsequiaron toda clase de plumas; ya al despedirse, uno de ellos le tomó por el brazo y palpándole las carnes, puesto que Tontau era gordo, le hizo comprender que estaba como para ser devorado. Tontau, temiendo ser una víctima más, tomó resueltamente sus armas y acompañado de sus familiares se despidió, a lo que, los “*Cau ta yo*” prometieron matar a otros civilizados para quitarles sus cuchillos y trazados y obsequiar estas prendas a los visitantes. Tontau volvió a su monte “*O cóm*”, contó a todos sus familiares la fantástica visita y no volvió jamás a repetirla. Desde entonces, los indios *moré* saben que los de la banda brasilera hablan su mismo idioma, pero que comen carne humana, por lo que también, les llaman “*Caeré nám*”.

III.- CULTO A LOS MUERTOS: EL OYAM

Estos indios *Iténez* enterraban a sus muertos tan pronto como terminaba la vida, sin guardar el velorio o ritual que otros acostumbraban. Envolvían el cuerpo del difunto con todas sus prendas personales, cama y vestuario, y lo sepultaban a poca profundidad, a 80 centímetros máximo, en un foso horizontal –“*i mán*”- hecho en la misma casa. El cadáver era sepultado con los lamentos de los familiares más inmediatos, quienes lloraban inconsolables y repetían una tonada monótona que decía: “*imuina vucunyo*”, “*tana huaszá*”, o sea la queja familiar: “se murió mi marido; he quedado solita”. Después venía la queja material: “ya no hay quien cace para mí, ya no hay quien pesque para mí, ya no hay quien traiga frutas para mí”, etc.

Colocado el difunto en la fosa, cubríasele primero con un esterado de palitos delgados –“*pána*”-, y sobre ellos sus estereras de hojas de palmera –“*i hui*”-, sobre las que recién se vaciaba la tierra en medio de un profundo silencio. Terminada esta sencilla ceremonia, los vivientes abandonaban la casa y el paraje, trasladándose a otro lugar distante.

Cuando el muerto había tenido gran influencia en vida, se le lloraba demasiado, mostrándose en el rostro de los deudos, en orejas, pómulos y mejillas, dos grandes manchas negras, resultado de la mezcla endurecida de las lágrimas y la suciedad de las manos; esto significaba el luto, “*fóma muí*”, que duraba tanto tiempo en relación al tamaño y consistencia de las manchas. Las mujeres, mientras ostentaban el luto, no participaban en festival alguno, guardando el duelo y aun el recuerdo con lágrimas.

Pasado un tiempo determinado, más o menos un año, los dolientes visitaban la tumba –“*capí tocá*”- con el fin de extraer los huesos y los cabellos del cadáver, para lo que hacían un hoyo por un extremo de la sepultura con el objeto de observar el estado de descomposición, y si estas condiciones daban lugar al trabajo, excavaban y retiraban los

huesos largos, de brazos y piernas y más los cabellos, dejando el cráneo con el resto de huesos que nuevamente eran sepultados para siempre.

Al pie de la fosa encendían una fogata en la cual quemaban dichos huesos y cabellos –“tom che át”- con lágrimas y lamentos, protegiendo las vías respiratorias con una corteza –“carapacán”- reblandecida por la antigüedad y el uso –“mapche”-, con el fin de realizar la ceremonia sin el fastidio excesivo de los malos olores. Calcinados los huesos se guardaban en un cesto especialmente adornado con plumillas de papagayo –“putte che át”-; llevado a la casa de vivienda, el cesto se guardaba suspendido contra el techo y pendiente de un flecha, con una señal, “atí atín”, a manera de símbolo, hecha de palos de espiga de maíz.

En día determinado por los familiares dolientes, y en cualquier época del año, se pasaba una invitación a los familiares y vecinos para realizar la ceremonia del “O yám”.

Con gran diligencia se dividían comisiones para la gran cacería, para recolectar la almendra, para la elaboración de la chicha, etc., cumplidas las tareas correspondientes a cada comisión y con la chicha en buenos grados de fermentación, los convidados empezaban a llegar a las primeras horas de la mañana luciendo sus mejores galas en las armas y en el vestuario, instalándose en las hamacas colgadas en columpio y circundando la sala de recepción, en la cual, a la vista y sobre el suelo, yacía la urna funeraria –“putte che át”-, y dos morteros de madera nueva –“tée té”- especialmente trabajados para la ceremonia.

Cada invitado al llegar, sin pronunciar palabra de saludo alguno, clavada su mejor flecha –“mui yím”- al contorno de la urna, y las mujeres tomaban asiento sobre esteras en una sección separada.

Cuando los convidados estaban todos reunidos, el dueño de casa recién hablaba, saludando uno por uno. Terminado el saludo, se daba comienzo al ritual, seleccionando entre los familiares dos de las mejores mujeres –“ep camati paitén”- para officiar en los morteros y dos a cuatro jóvenes varones –“qui ssát”- para servidores o coperos. En este momento los invitados retiraban la ofrenda de sus flechas, obsequiándolas al dueño de casa que, en el acto, las incorporaba a sus armas; acto seguido, el dueño de casa ponía la urna en manos de las moledoras, quienes, tan luego la recibían, vaciaban los huesos en los morteros convirtiéndolos en polvo que cernían cuidadosamente. Después se molían las almendras hasta convertirlas en masa fluida, y los servidores o coperos desmenuzaban las carnes cocidas anteladamente, Esta labor simultánea y precipitada iba acompañada del llanto y lamento de los familiares dolientes, hasta que se conseguía hacer una sola mezcla o pasta de los tres elementos, polvo de huesos, almendra y carnes –“súcché tuqué”. Terminada esta operación, los familiares, siempre llorando, repartían porciones iguales que depositaban en hojas, y los servidores, con diligencia especial, alcanzaban a cada invitado su respectiva porción. Al iniciarse la comida cesaba el llanto, y en medio de un silencio significativo, todos comían con satisfacción y recogimiento. Sucedió el caso de que alguno de los invitados no recibía su ración por considerársele extraño: entonces éste se hacía presente diciendo: “yo también quiero comer porque era mi amigo”, “fum muira pá”.

Terminada esta primera parte, los servidores invitaban chicha en recipientes de calabaza “ó róm”, que se bebía con gusto y sin medida hasta terminar con el amanecer del nuevo día.

Cuando los dolientes no eran de mayor significación en el respeto social, los convidados empezaban a cantar y terminaban danzando en medio de una gran borrachera; pero, generalmente el “O yám”, era una ceremonia seria, sin música ni danza.

Todas las familias que tenían urnas funerarias en la casa se obligaban al “O yám”, por cuanto, antes de este rito, el temor al muerto era terrible, y pasado él, se daba por definitiva la desaparición de la persona, caminando confiadamente por todos los caminos.

El “O yám”, con el detalle que se ha relatado, ¿sería la reproducción de una lejana herencia de canibalismo, o una rudimentaria y diversa forma de recalificación? Los *moré* no explican nada concreto al respecto, y lo cierto para ellos era que radicalmente desaparecía el miedo al difundo, borrándose para siempre el recuerdo temerario, para dar cabida al olvido.

IV.- CURACIÓN Y HECHICERÍA

Las enfermedades de que adolecían estos indios del Iténez se reducían a dolores agudos y mortales, que no tenían nombre determinado, y sólo atribuían a la influencia maligna del diablo –“i muícutí”-, o a la del hechicero –“ii cá”-. Así por ejemplo, un dolor al estómago e intestinos, con derrames correspondientes y temperatura, se atribuía a que el paciente había recibido un misterioso corte de cuchillo; el dolor agudo del pulmón con su respectiva hemorragia, era efecto de un flechazo misterioso; un dolor a la espalda u otra región delicada, significaba el golpe misterioso con el arco.

La caída con cualquiera de estas dolencias era mortal y la víctima se resignaba estoicamente a morir.

Los curanderos, que eran los mismos hechiceros, diagnosticaban si el mal procedía del “i muícutí” o de una “ii cá”. Si el origen se debía a la influencia del espíritu maligno, intentaban su curación con sólo masajes, toques y rociadas de agua pura, pues para estos casos no tenían remedios determinados, sino exorcismo para extraer el espíritu o ahuyentarlo.

Si se trataba del segundo caso, o sea de la influencia del brujo, el curandero tenía que tener gran cuenta en tratar al paciente embrujado, por cuanto la venganza podía comprometer su misma vida, sucediéndose casos como el que relata Emma Yí arizán, quien fue embrujada por Mem ritán, un poderoso “ii cá” al servicio de una familia rival a la de Emma. Esta mujer, joven, atractiva, enflaquecía cada vez más, en tal forma que, su hermano Huen huaná, alarmado, consultó el caso a otro “ii cá” llamado Ató ocpóc, quien se comprometió a desembrujarla siempre que se hiciese desaparecer al temido Mem ritán. El hermano de Emma, joven resuelto y temido por la certeza de su tiro, planeó la emboscada en compañía de su primo Mutúcare, y sorprendiendo el sueño del hechicero en su propia casa –“Fúntimi munuríp”-, le lanzó un poderoso flechazo en el estómago; éste, al sentir la agresión, dio un salto de la hamaca donde estaba acostado y tomando instantáneamente sus armas se bate a duelo con el otro que hábilmente se había protegido detrás de un árbol, de donde le disparó dos flechazos más que derribaron al temible ritán. Con este final, el otro “ii cá” hizo la curación de Emma que actualmente es esposa de Ricardo Szoszo iquít, y madre de varios hijos de nuestro Internado.

El “córomtím”, fue la enfermedad que los *moré* recibieron al primer contacto con la civilización, en el año de 1935, ya que la gripe o la influenza invadió la selva virgen, transportada por ellos mismos de sus asaltos en el curso de los ríos Mamoré, Iténez, Machupo y Blanco. Los curanderos fueron impotentes ante el mal que encontró un organismo desprovisto de defensas para aquella enfermedad desconocida y activa. Entonces los mismo familiares de los pacientes preparaban, confundidos, brebajes a base de hojas de los tallos y raíces que usaban para embarbascar, como el “usúm muéyetam”, “rí mocom”, “moá”, y otras yerbas al azar, con las que conseguían ligero alivio; pero la muerte, inflexible, destruyó la mayor parte de la familia *moré*. Los actuales sobrevivientes de ese flagelo, describen, con espanto, el cuadro desolador de aquella época; ante la inminencia de caer con la enfermedad, aterrorizados, abandonaban a los

enfermos (padres, madres, esposos, hijos, etc.) que a los pocos días morían abrasados por la fiebre, los golpes de tos y el catarro que les atontaba la cabeza. Completaba este cuadro de horror, la presencia del tigre que comía a los desamparados e indefensos enfermos o bien a los cadáveres abandonados dentro de sus mismas chozas. “Macco huáo” y “Namá chichóc” fue la zona poblada que sufrió el golpe de este castigo, y seguramente se debió a la proximidad, 10 a 12 kilómetros de la zona de “El Corte”, célebre paraje de los grandes asaltos de estos indios. Los que aún no habían caído con la enfermedad, salían huyendo a parajes distantes y solitarios, como cuentan actualmente los internos Julio Catoma y Juan Rá y que, abandonando a sus familiares, después de varios días volvieron movidos por la pena y el remordimiento, y atisbando por entre la maleza, próxima a las casas abandonadas, distinguieron claramente que todos habían muerto, unos en sus hamacas y otros arrastrados por el suelo, unos despojos de sus carnes y otros sirviendo, recién, de pasto de los tigres y buitres. Horrorizados, volvieron para no retornar más, quedando hoy sólo las huellas de las viviendas que fueron muchas y los huesos de los cadáveres esparcidos por esa montaña.

Cuéntase en la región, asimismo, que muchos navegantes se han librado del asalto de estos indios recurriendo al recurso de la tos y el estornudo, demostrándose con esto, el pánico que la gripe les infundió.

Como consecuencia de la piratería, y al usar, quizás, ropas ajenas contaminadas, tomaron el contagio de la blenorragia. Los indígenas que me orientan en estos apuntes, sindicaron al finado Huén huaná como el primero que enfermó de tal manera extraña para ellos, denominándola “matche tocóñ”. La secreción purulenta “mu huín”, por no saberla curar, pasó al estado crónico que afecta en la actualidad a gran parte de ellos, que ignoraron las causas y el motivo de la enfermedad. Así, Samuel Utíp, actual padre de familia, de más o menos 50 años de edad, muestra un ojo blanco de la conjuntivitis blenorragica, que con gran dolor y sufrimiento no atinaba a explicarse el origen. Las mujeres de su familia, comentaban que podía haber sido el soplo maligno de algún enemigo que pretendió quitarle la vista; le curaron con tanto afán, y en tan diversa forma, que le salvaron un ojo, y creen que haya sido con infusión fría de la corteza de un palo “huipí ichéhua”. En el curso de mi administración he curado personalmente, con la decidida colaboración de mi señora esposa, más de veinte casos blenorragicos entre hombres y mujeres, sin afirmar haberlo hecho radicalmente; pero sí, hemos salvado la vista en once casos de conjuntivitis blenorragicas de niños recién nacidos y también de unos cuanto adultos.

El paludismo se denomina “iché hua” y la anemia palúdica “quipuiri”, que se manifestaba en la laxitud del paciente, quien, dominado caía vencido por la crisis; con la quinina, la atebрина y el aralén, combatimos eficazmente el mal, y completamos el tratamiento con el método alimenticio. Nos sorprendió y llenó de espanto, la crisis de un paludismo infeccioso o malaria, que azotó a nuestro internado, precisamente en los comienzos de nuestra organización; fue en la época de aguas –enero a abril- de 1940 que murieron Mócapan, Quiná, Quinám, Coró mapác, Huen huaná, hombres mayores y recios en contextura orgánica, y las mujeres, madres de familia, Pat puí choró, Zaa pác, Híric sacassi, así como el maestro Antonio L. Mercado y la señora Elvira Ruiz de Castedo, esposa del maestro Miguel Castedo. Enloquecidos por la fiebre que marcaba en el termómetro hasta 41.8 grados, y con un copioso sudor, no había poder humano que llegase a contenerlo, y morían galopantes entre los tres a cinco días de enfermedad. Con el sanitario, señor Zacarías Menacho, y la colaboración de todos los maestros y familiares, usando recursos a nuestro alcance, fue imposible vencer o curar un solo caso; temíamos la dispersión de los indios ante cuadros tan terribles, pero nuestros métodos persuasivos y nuestra actividad por salvar las vidas, fueron elocuentes demostraciones para contenerlos. Esta enfermedad no tuvo nombre especial para ellos, pues era la primera vez que la conocían; para nosotros, no hubo la asistencia médica oportuna que pudiera diagnosticarla, y aún, quedamos sin precisarla.

La bronquitis selvática “parám huá”, se demostró en casi todos, hombres, mujeres y niños, pero un tratamiento sistemático a base de aceite de caimán, miel de abejas y creosota, llegó a curar casi radicalmente el golpe de tos y consiguiente desgarre mucoso. Claro que, en muchos casos, esta bronquitis degeneró en tuberculosis “sasíc huá”, como en la vieja Fúmoró y en un joven Tococho có acóp. La colectividad no los repudiaba y tenía sobre ellos el cuidado de la comida; pero ellos, con digna prudencia, vivían aislados. A cada golpe profundo y cavernoso de la tos, los asistentes hacían una señal con la mano izquierda que, arrancando de la boca y nariz, describía una parábola en el aire: esto significaba el rechazo o despido airado del espíritu maligno que quisiese penetrar en ellos.

Cuéntase que hubo entre ellos siempre esta enfermedad, y que uno de los más guapos y varoniles –Map puim utím- al verse atacado, desapareció misteriosamente de la presencia de amigos y familiares; al tiempo lejano, fue hallado en el hueco de un árbol corpulento, parado, y con tres flechas que él mismo, con arrojo temerario, había metido en el cuerpo por la parte comprendida entre la clavícula y el hombro derecho. Los cazadores no hicieron nada por extraer de allí sus despojos y más bien dieron parte de la novedad a los familiares, quienes, un buen día de sol, hicieron leña y prendieron fuego al árbol. He llegado a conocer aún el tronco quemado que le llaman “Furú iché quinám” que quiere decir “donde se flechó y quemó el valiente”.

En la vida salvaje no conocieron infecciones de ninguna clase, ni por alimentos ni por heridas ni por desahucio; tampoco sabían proteger al recién nacido del célebre tétanus que tanto ha preocupado y aún preocupa a los hogares modernos.

Los dolores de oído –“tonotót”-, los curaban simplemente vertiéndolo agua caliente, natural, y jamás conocieron la supuración o se la otitis. Los dolores de muela –“yu rát”-, los curaban anestesiando la boca mediante la masticación de la hoja –“qui szá”-, que al comienzo les producía gran escozor, terminando con la insensibilidad general de la boca, por espacio de un tiempo largo que les permitía conciliar el sueño y el descanso. Así, también la planta llamada “madzí”, de poder soporífero, daba hojas y cortezas para producir el sueño, y daban brebajes tibios y calientes a aquellos que, por dolor o flaqueza, no podían dormir.

El dolor de cabeza –“toche u puéc”-, lo curaban con la infusión fría de hojas de una planta –“cahuác”-; y la colerina la detenían con dieta rigurosa bebiendo agua natural caliente.

Ignoraban las causas de estos dolores y lo único real es aceptar con ellos que el contacto con la civilización les trajo la ruina con la gripe y el aniquilamiento con la blenorragia; pues, antes de este panorama desolador, cuentan ellos y los vecinos que son testigos, de que ellos eran numerosos, muy numerosos. Como ejemplo, sólo citó la declaración de Marcos Tontau, uno de los más nobles que me acompaña: Si tú, papá, hubieras venido antes con los remedios que tienes, hubieras encontrado, vivos, a mi madre, a mi mujer, a mi cuñada, a mis dos hermanas y sus hijos. Yo fui el único que me salvé huyendo a otro monte donde encontré a la mujer que me acompaña ahora, Margarita Mem huóm”.

Los “íi cát” sabían intervenir también en los envenenamientos, ya directamente, o en consultar; así tenemos el caso de Juana Ató iquít quien llegó a odiar a su marido Ató oc póc, anhelando atraer las simpatías de un joven viudo Carmelo Munáñ. La mujer, en forma oculta, cogió las rices de una plantita –“huipí icát”-, y molidas las pasó por la chicha que acostumbran tener en forma permanente: el marido, al llegar a la casa, rendido de sus labores, tomó como de costumbre su buena cantidad; por la noche, sintió efectos de una incontenible evacuación intestinal que le hizo enflaquecer en pocos días. Pero como era “íi cát”, se dio cuenta de la mala acción de la mujer rechazando toda curación y declarando a

sus amistades que le asistían, que quería morir sin ser fastidiado. Al saber tal cosa, en compañía de mi señora me trasladé al lugar donde ellos se encontraban y al intentar darle un purgante de ricino, ajustó fuertemente las mandíbulas y con su respiración profunda regó todo el aceite que tratamos vaciarle con la ayuda de una cuchara introducida en la boca a manera de palanca. Al rogarle que aceptara nuestra curación y manifestarle nuestros deseos de que viviese, el indio dibujó una sonrisa de agradecimiento y volvió el rostro a otro lado con un murmullo entre dientes que los otros interpretaron diciendo “así más”. Por segundo nombre se le llamaba Capita Toá y murió esa misma noche que le entrevistamos.

Observamos, tanto en los hombres como en mujeres adultas, el interior del labio inferior y encías enrojecidas y con ligeras prominencias lóbulos; la lengua, en manchas rojizas y de apariencia lastimada; la dentición casi destruida. La juventud y la niñez presentaban un conjunto normal de salud. Como no hemos tenido la asistencia de ningún médico, ni en épocas de grandes epidemias, no ha habido diagnóstico que señale la curación, obteniendo resultados benéficos nuestra intervención con inyecciones antisifilíticas y tónicas vitamínicas y más que todo, con el régimen alimenticio completo y racional, es decir, el uso de la sal que ellos no conocieron.

Entre las enfermedades más notables encontramos dos casos de ictiosis o empeine salvaje –“quití quín”-; en Perú choró, de 17 años, tenía el cuerpo completamente cubierto de escama, y en Cafuip, de 6 años, sólo los pies hasta las rodillas y las manos hasta el codo. Los tratamos con lavajes desinfectantes y brebajes purificadores de sangre. Resultados sorprendentes conseguimos cubriendo la enfermedad con una capa de arcilla dulce por espacio de 6 a 8 veces en días alternados y por tiempo sistemático de 10 a 15 días; mejoran un tiempo y la enfermedad vuelve a reproducirse con mayor violencia. En la actualidad, ya agotados nuestros recursos, resolvimos mandarlos al Hospital de Guayaramerín, bajo el control y cuidado de un médico.

También encontramos muchas sarna –“huirám”- y piojos de la cabeza –“íú”-, que combatimos con aseo y desinfección rigurosa, con la gran voluntad que los pobres indios pusieron a nuestro servicio.

A Andrés Mémaramé, se le detuvo el proceso de una espundia que ya le había destruido casi todo el tabique de la nariz y la garganta, con pérdida casi completa de la voz –“osaíñ”-; su curación se hizo a base de Ropodral.

A Lucio Tom conamán, le curamos de una parálisis congestiva. Durante el proceso de curación, el cuerpo lleno de manchas moradas se reventó en once flemones llenos de pus; al final, se le tuvo que ejercitar a caminar hasta que recobró la normalidad.

En sus asaltos, las heridas de bala que recibían eran mortales, pues no sabían contener la hemorragia y los heridos solían morir por agotamiento e infección; ninguno de los actuales del Núcleo presentó una herida de bala que pueda demostrar su curación.

Las pequeñas heridas las curaban con fuertes ligaduras de fibras vegetales sin poner remedio alguno, y las espinas que se les incrustaban las arrancaban con la púa de sus flechas.

Y así, unas veces enloquecidas por la fiebre –“ichéhua”-, o por el dolor del balazo –“frú na”-, sin quejas ante el dolor, el paciente veía con claridad su fatal desenlace: “i muí taná”- (me voy a morir) balbuceaba, a lo que sus compañeros, llenos de conformidad, contestaban: “i muí rom” (te vas a morir).

V.- NÚMERO, FORMA Y COLOR.-
EL TIEMPO Y EL ESPACIO.

Los *moré* no conocieron ni usaron gráficos o dibujos que representara la cantidad, ni tampoco contaban numéricamente la cantidad de sus cosas; las distinguían por la situación que ocupaban, o bien, por algún detalle objetivo. Sin embargo, contaban hasta cinco con los siguientes nombres: 1 –“tan máiñ”, 2 – “vocóram”, 3 –“map ramayím”, 4 – “itói itói sipí” 5 – “apiye úm”. Los números 6, 7, 8, 9 y 10 eran la repetición correspondiente a los cinco primeros números, con más la final “nin maché”. Por ejemplo, el número diez, se nombraba “apiye um nin maché”, con lo que terminaba la numeración conocida y practicada por ellos. La cantidad mayor a diez se nombraba “amuirá mañé”, y el superlativo, con el término “arana pá é”.

Distinguían la forma y figura de las cosas, guiados por la naturaleza; así, dibujaban en sus trajes estrellas con cuatro puntas, imitando la huella de los pajaritos sobre la tierra con el nombre de “chinaca u mué”; la línea ondulada era la huella de la serpiente o las ramas de los árboles y lianas, con el nombre de “muru murúc yé”; a la línea quebrada dibujada por el rayo le llamaban “carahuínsica”; a la línea espiral dibujada por orugas y gusanos le llamaban “pipco tamí”; a la línea curva del arco iris y de la mitad de muchos frutos, se la denominaba “huaráu ye”; el cuadrado “sapáp ye”; el triángulo “piraquiyiye”; pues estos dibujos se encontraban ornamentando sus trajes, sus piezas de cerámica y las hojas de bambú de su flechas. También nombran lo esférico con el nombre de “tucú huenye”; lo cúbico con el nombre de “siquí siquít ye”; la forma cónica denominada “picoro royé” y lo cilíndrico se nombraba “chic ye tucu huénye. No distinguían otras formas ni figuras.

Nombraban y usaban en sus adornos los siguientes colores: Blanco natural “toaye”; verde “atoye”; negro “tomye”; rojo “memye”; azul “naranye”; amarillo “sasicye”, que extraían de frutas, hojas, cortezas y raíces para ornamentar sus trajes, sus flechas y cerámicas. También distinguían el color retoño de las hojas con el nombre de “teren sasicye”; el celeste “toacye”; el color chocolate “teren memye”, y también ciertas combinaciones de color en dibujos naturales, como el jaspe pintoresco de algunas maderas –“puí puíp ye”- la pinta del tigre “tatatamca”, etc.

No determinaban los días de la semana y se referían solamente al ayer – “panapát”-, hoy “pinicáa”, y mañana “riszápaiñ”-. El sol, en su movimiento, les determinaba el amanecer “pat naáni”, el medio día “tanánana”, la tarde –“iráhuin”, y la noche –“i sím”-; a las doce horas del día le nombraban “tiyipát”. La luna les marcaba con sus fases en la siguiente forma: Luna nueva –“am páam”, cuarto creciente –“ apuírina”, a la luna llena – “méc ná”, y al cuarto menguante –“mem nató cón”. Para indicar otra luna decían “huenca panavó”, o sea el tiempo mensual.

Las llanuras y el tiempo seco, así como la época de frutas, determinaban el período de un año que llamaban “cavadzi”, debido especialmente a la influencia de un perfume característico que desprende la naturaleza –pampas y montes- al terminar abril y todo mayo; ellos olían y aspiraban profundamente, llamando afirmativamente “cavadzi”, o sea otro año.

No medían el tiempo en la vida de sus familiares y solamente se limitaban a decir, niño o infancia –“rató”, joven –“fucútama”, y viejo –“ucúti”.

No tenía medidas de precisión, y para sus usos domésticos conservaban la costumbre y ejemplar antiguo como modelo. La distancia se limitaba con las palabras, cerca “i pí” y lejos “i poéc”.

Así como el sol y la luna les marcaban la medida de tiempo, en la noche observaban el recorrido de ciertas estrellas. Las Cabrillas o Grupo de las Pléyades eran conocidas con el nombre de “tocóyahuín”, las mismas que en tiempo de aguas o invierno desaparecen en la media noche, y en tiempo seco o verano desaparecen de la bóveda celeste al amanecer. El lucero, o sea el planeta Venus llamado “o rontóc”, era guía importante para sus consignas o compromisos.

Observaban con éxtasis y recogimiento el cielo estrellado en alta noche –“chin moná pipiyo”- y enseñaban a los jóvenes, comentando la forma, disposición y luminosidad de ciertas estrellas; así, a la Cruz del Sur, le llamaban “curúsu ná chinye aní”; a las Tres Marías “cadím”; a la Vía Láctea “huanaye huaca”; a Venus, con su luz primera de la tarde “iyín ahuín”; a la Osa Menor “tafót”; a la Constelación en forma de collar “fu ahuín”; al Saco de Carbón “quinám”; al planeta Marte “memtóc”; todos ellos servían en la orientación. Observación también las nubes, en su forma, color y distancia; así los cirrus, con el nombre “puit puit ye”- indicaban buen tiempo; las nimbus –“tompuiyme”, lluvia, los altos cúmulos “toaye ahuín”, días de viento y el sol luminoso; los eclipses del sol – “furá man ná” y de luna –“pará man ná”, no tenían significativo singular a la simple observación; los cometas –“te poec téin”; las estrellas fugaces –“muíra man ná”, los horizontes rojizos – “tapán”; significaba algo, sí, el arco iris –“cric sirám”-: era el regalo del cielo –“naranye ahuín”- anunciando que ya podían salir sin la amenaza de otra lluvia que pudiera mojarles. Las preguntas interesadas que en cada noche profunda y luminosa me hacían, dieron a comprender que ellos guardaban ansiedad ante el misterio y majestad del firmamento estrellado, y que la cultura sobre este particular motivo es atribuida a la evolución de las razas humanas.

El sentido de orientación tan preciso en ellos era comprobado con la posición de los astros y la corriente de los vientos; sin embargo, solían extraviarse y aparecer después de uno o varios días, guiados por propia iniciativa o auxiliados por comisiones que les buscaban especialmente. Recuerdo que en una cacería del mono negro –“o huarám”- en las altas montañas de Iténez, con Tontau y Turúfuca como prácticos, quedamos rendidos y perdidos al pie de un corpulento bibosi; Marcos Tontau habló en su idioma a Germán Turúfuca y éste, con palabras casi ininteligibles y profundamente guturales pareció decirle que consultara a las hojas secas, pues, acto seguido, Marcos buscó de entre las hierbas que pisábamos, una especial, “tunéiñ”, y con ella aventó varias veces, y después de una charla, sorda, con los compañeros, indicó resueltamente: “aquí, papá”, y señaló con el brazo estirado la dirección. Andaríamos un poco más de mil metros y llegamos, precisamente, donde estaba la canoa que habíamos dejado amarrada a las matas de la orilla del río; cuando observé, con curiosidad, tal procedimiento, no hicieron otra cosa que reír, contestando: “así nomás”, con la confianza del que hace una cosa natural y práctica.

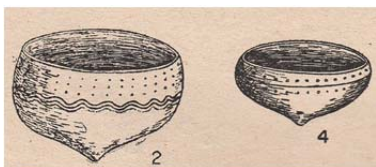
Los únicos vientos cardinales conocidos se relacionaban con la salida y puesta de sol, llamándose al naciente “chínco mapitó”, y al poniente “corómca”. El sur y el norte estaban sujetos a la corriente de los ríos Mamoré, Iténez y Machupo que frecuentemente navegaban, diciendo “számi” por aguas arriba, y “poéye” por aguas abajo o sea al norte.

VI.- SIMBOLOS, DIBUJOS Y ESTILOS PRIMITIVOS.- PRIMEROS DIBUJOS Y RASGOS ESCOLARES.

Los *moré* o *Iténez* no tenían la característica de ningún signo o símbolo determinado en sus dibujos y ornamentaciones, y la naturaleza inspiró motivos sencillos que aplicaron indistintamente a su cerámica –“uchún”, a sus flechas de bambú – “huíquirám” y a sus cinturones “piptimí”.

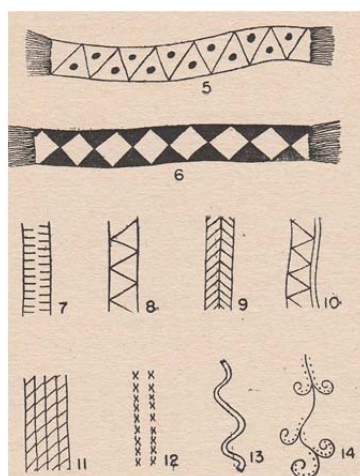
Los “uchunes”, en su cerámica, eran pintados de rojo y negro prefiriendo imitar las conchas redondas del armadillo gigante, llamado comúnmente pejichi, y para ellos “chic

tipan”, como las figuras N° 2 y N° 4; así, también, las líneas onduladas que semejan bejucos N° 13, “murúc murúc ye”.



Los cinturones, llamados “pip timí”, eran primorosamente pintados con rojo, negro y amarillo, imitando motivos de serpiente –“caracao”- como en las figuras N° 5 “cara huínsica”, y N° 6 “ma fóm”, y los motivos lineales de las figuras N° 7 “marám tocá”, N° 8 “topacca tucuro”, N° 9 “u ním”, N° 10 “chinác carapacán”, N° 11 “huiríc che forónmo”, N° 12 “chinác umué”.

Las flechas de bambú, llamadas “huiquirám”. Figura N° 1, y “tapám papát”, eran pintadas con rojo, solamente, con la resina “paminché”, extraída del árbol “tacát tacát yí paná”, e imitando motivos vegetales de entre las lianas, como la figura N° 1, “poéc tóç”, y la figura N° 14 “maná muné azdóp”.



La tinta roja para los cinturones la extraían de la corteza del árbol “pi zdoát”; la tinta negra para cinturones y carapacanes la obtenían de la fruta de una palmera “i ráñ”; la tinta amarilla era sacada del achiote “mahuín” y de la corteza “pizdo huát”.

Los “uchunes” eran pintados después de cocidos, por cuanto sus tintas no eran firmes y desaparecían con el uso; para estos objetos, usaban la tinta extraída de la fruta “maramche uchún” que daba color rojo, y de la corteza “cau cumuín” que daba color negro.



La pintura y ornamentación era oficio de los viejos de ambos sexos, pero el pulso trémulo no les permitía mayor destreza.

Los tejidos y trenzados que emplearon en la cestería corriente –“rí papá”, corresponden a la generalidad conocida en casi todos los grupos indígenas. Cabe sí distinguir la cestería fina –“tofóp”- no sólo por la calidad de las fibras empleadas, sino por los estilos o motivos de dibujos que caracterizaron cada modelo, como el “huayita”, en que los cuadros se dispersan de un cruz central; el “cat cát ca”, que destaca la cruz gamada; el “poé hui namanca” que presenta concentración de cuadros; el “utipuizdác” que muestra cuadros escalonados, etc. En tejidos y trenzados no llegaron a representar motivos animales, ni figuras que determinen algún símbolo.

El concepto y la interpretación del dibujo panorámico y la fotografía no los tuvieron, lo que se demostró en los primeros tiempos de nuestro contacto, cuando, unos y otros, bajo nuestro control y experimentación, volcaban los cuadros y las láminas, de un lado para otro, sin hallarles su verdadera posición y orientación. Todos reían al saberse equivocados, con las láminas al revés.

Los primeros rasgos bajo la acción y enseñanza de la Escuela, los muestran enteramente infantiles como se observará en el cuadro respectivo, que corresponde a niños de 8 a 9 años, jóvenes de 20 años y adultos de 35 años.

VII.- EL IDIOMA.- (CUADRO COMPARATIVO).

El idioma de los *moré* o *iténez* es completamente extraños y original, y no tiene la más mínima similitud o aproximación con las lenguas circunvecinas o influyentes, como la lengua Moxa, Sirionó, Baures y Guarayas, según se demuestra en el cuadro que finaliza este capítulo, y que fue extraído directamente del original humano.

Riquísimo en términos, solamente un experto en la materia podría reunir o agrupar un vocabulario conveniente y metódico para el estudio, la observación y el análisis.

Sin embargo, con mucho interés he agrupado más de 1.500 palabras que pueden servir muchísimo a la lingüística y que forman el apéndice de este estudio.

El fraccionamiento desarticulación de las palabras da la impresión silabática de idiomas del Extremo Oriente. Así tenemos, por ejemplo “fú i ché”- que quiere decir, huele a fósforo; “marám marám assím”, que significa la madera pintada de una casa; “qui hui

asím”, que significa la madera pintada de una casa; “qui hui ritám”, “pat pin choró”, “furú samá”, “e curú sú”, etc.

Es notable la frecuencia en el empleo de ciertas consonantes finales, como la M-Ñ-C-T- en las palabras comunes, “irám”, “mocóm”, “huóm”, “upóíñ”, “tipóíñ”, “o zo cóíñ”, “cavac”, mapác”, “ocpóc”, “papát”, “iquít”, “huát”, etc.

También es notable distinguir en la pronunciación la doble SS –ejemplo: “quissát”, “assím”, “sacassi”, etc., y la doble consonante ZD – que dá sonido especial a la fusión de ellas, así por ejemplo: “uti puizdac”, “huarazdá”, “zda cuá”, etc.

La letra L- es muy poco usada.

La pronunciación es difícil. No se distingue gesticulación al hablar; con la boca casi cerrada y los dientes apretados se pronuncia la mayor parte de las palabras. En el canto, la palabra es casi incomprensible; pues sólo se oye una tonada nasal y profunda. En sus rabias y enojos, las palabras salen graves, guturales y profundas.

Como en la generalidad de los idiomas nativos y salvajes, el onomatopeyismo ha generado y enriquecido el vocabulario de muchos pueblos; pero, en el caso de los *moré* o *iténez*, se advierte muy poca influencia, salvo que las palabras hayan tomado la degeneración correspondiente al uso, costumbres y tiempos; así tenemos, como notables “ffrruuna”- acción de flechar- que interpreta el ruido de la flecha al ser disparada del arco; “chiquít”- instrumento musical que interpreta el sonido correspondiente; “u tím”- pavo silvestre – imita el silbo agudo del animal; “có có”- palabra pronunciada en forma gutural dibuja la impresión que infunde la presencia de un águila real que habita la selva umbría; “pui cúm”- es el nombre de una enorme piedra, temida por ellos, y quien sabe si se trata de algún aerolito que, al caer produjo el ruido que imita la palabra.

De una manera general, este idioma interesante y riquísimo en términos concretos, no tiene una sola palabra guaraníca, a pesar de estar enclavado en la zona geográfica de esta gran influencia.

CUADRO COMPARATIVO DE DIALECTOS

Castellano	Moré	Moxos	Baures	Sirionó	Guarayo
Tierra	Tímac.	Máteyi.	Jajapu.	Iví.	Iví.
Agua	Cóm.	Une.	Iín.	I.	I.
Sol	Mápito.	Sachi.	Cése.	Tenda	Ari.
Luna	Panavó.	Caje.	Quijar.	Yasi.	Yasi.
Cielo	Naranye	Anumo.	Anieje.	Ihuei	Ivá.
	Ahuin.			Amá.	
Fuego.	Iché.	Yucu.	Yaquí.	Táta.	Táta.
Lluvia.	Máycóm.	Tiquihuai.	Saguáuna.	Yáquí.	Amar.
Padre.	Itóiti.	Táita.	Chache.	Pava.	Tu.
Madre.	Ináiti.	Meme	Néen.	Táin.	Zi.
Hijo.	Nicó.	Ecuchicha.	Pischier.	Irirí.	Membí.
Hermano.	Ayí.	Eimpórape.	Nipir.	Mongue.	Teindi
Hombre.	Namacón.	Giro.	Giére.	Quimbai.	Ava.
Mujer.	Tanamán.	Céno.	Eétan.	Cuña.	Cuña.
Viejo.	Ucúti.	Chosi.	Aené.	Erecu.	Cuacua.
Joven.	Fucútama	Mópero.	Moónchi	Tairusu.	Cunumi.
Sangre.	Húic.	Táitine.	Eti.	Erúqui.	Tuvi.
Maiz.	Mápac.	Suponi.	Choroso.	Abachi.	Abachi.
Yuca.	Acóp.	Cuspa.	Cajapu.	Mandío.	Mandío.
Plátano.	Ritám.	Queno.	Erápoe.	Cáa.	Cáa.
Cabeza.	U poéc.	Tachuti.	Dóquie.	Eaquin.	Áca.
Comer.	Cauti.	Pinica.	Pinicopá.	Equiáru	Aáu
Uno.	Tan máñi.	Etona.	Ponechonué.	Comi.	Ñepe.
Dos.	Vocóram.	Apina.	Aapín.	Dedémo.	Mocói.
Tres.	Map ramayím.	Mopona.	Bomuhué.	Eata.	Bozopi.

CAPÍTULO VI

TRADICIÓN Y SENTIDO LUDICO

I.- MÚSICA E INSTRUMENTOS MUSICALES.

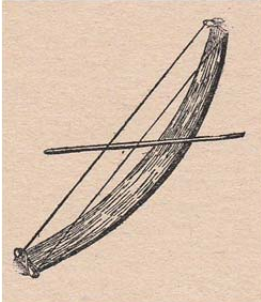
Los *moré* o *Iténez*, tienen temperamento artístico y sus instrumentos musicales, si bien rudimentarios y primitivos, revelan un elevado concepto de evolución espiritual.

El “*toá*”, tenido por ellos como el más antiguo, era un instrumento de estridencia grave producida por la fricción que se hacía del objeto sobre el antebrazo. Era una pieza de calabaza pequeña en cuya parte central se le abría una especie de boca que abarcaba



media zona; en la parte opuesta a la boca se le pegaba una buena cantidad de cera de abejas; tomado el instrumento por un extremo y friccionando persistentemente la cera sobre el antebrazo, se producía la estridencia grave que acompañaba el canto y danza respectiva.

El “*mapuíp*”, también tenido como instrumento antiguo, o de los viejos, consistió en una especie de violín de unos 15 a 20 centímetros de tamaño; era una arquite de fibra de palmera en cuyos extremos se lo tomaba con la mano, introduciendo el otro a la boca tomado por los dientes. Con la mano libre, que en este caso era la derecha, se tomaba un



palito pulido de más o menos 20 centímetros y que humedecido con saliva, lo frotaban sobre las cuerdas hasta que producía un gruñido monótono y tristón con el que acompañaban el canto el picaflor. En las tardes que invitaban a la nostalgia, los jóvenes, tanto hombres como mujeres, se hacían requiebros de amor al son de esta musiquita.

El “*paró paró é é*”, otro de los instrumentos más antiguos, consistía en una cañahueca –“*huinán*”, perforada en la parte central con un solo agujero, siendo sus extremos tapados con cera de abejas; al soplar solo se emitía un sonido agudo o grave según el espesor de la cañahueca. Con este instrumento no se acompañaba canto alguno, sino la repetición acompasada de un sonido.

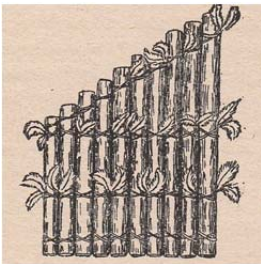
El “*chiquít*”, era una especie de sonajero moderno, que consistía en una calabaza pequeña, despojada de sus semillas y dentro de la cual ponían piedrecitas o granos de maíz; en la parte superior remataba un penacho de plumas pintorescas, y en la parte inferior, sujetaba un manguito bien pulido, por el que se tomaba el instrumento para sacudirlo y producir así el *chiquít* onomatopéyico que acompañaba el canto y danza.

El “*tarán*”, que era otro aparato de estridencia sonora, se componía de la siguiente forma: Un coco de almendra despojado hábilmente de sus cápsulas interiores por dos

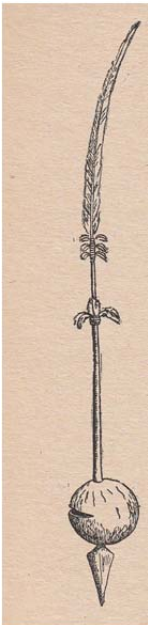


pequeños agujeros en sus extremos opuestos; en la parte central del coco hueco, se practicaba un corte horizontal a manera de boca que abarcaba media zona. Por los agujeros opuestos se introducía un eje de chonta que terminaba en la parte superior, aguda, en una pluma de papagayo -"samuín", y en la parte inferior, en una base de triángulo invertido donde asentaba en reposo el coco. Tomado el aparato por su base, o sea del triángulo, y sacudiéndolo hacia arriba, producía un deslizamiento del coco sobre su eje vertical, y al caer sobre su base, producía la estridencia que se procuraba, aguda y sonora. Con este aparato, se marcaba el compás de la danza y el canto respectivo en la fiesta del "tarán".

El "moráo", se componía de ocho a diez cañahuecas de mayor a menor, sujetas por amarraduras a un soporte transversal; al soplarle fuertemente se producía una especie de escala musical no bien definida. Con este instrumento no hacían melodía, sino notas



caprichosas y dispersas que no acompañaban canto ni danza alguna, y sólo servía a los jóvenes varones para anunciar, desde la distancia, su presencia al convite o festival que se realizaba. Las muchachas, para provocar la disputa con el joven, tomaban al asalto dicho instrumento, para quebrarlo. Así se iniciaba la relación amorosa con el elegido.



El "viró viró", semejante a la flauta corriente, era hecho de una cañahueca -"huinán" a la que practicaban un agujero superior para soplar, y cuatro centrales, sin medida alguna, para dar ligeras variaciones con los dedos de la mano; no producían melodía alguna, sino simples sonidos agudos y dispersos.

El "muyác" era otra especie de flauta hecha de un hueso ahuecado de jabalí, con dos agujeros para punteo.

El "Corán", se componía de un manguito adornado con plumillas de colores, en cuya parte superior se encontraba incrustada una cápsula hueca de fruto de palmera que remata en un hoyo propicio a recibir el soplido que producía un silbo agudo. Con este mismo dispositivo se juntaban dos aparatitos, emitiendo doble silbo, y al que se le llamaba "tofó coranca. Estos sonidos desarmónicos y que a la vez no acompañaban canto alguno, eran propios de la juventud. Al ir por los caminos que conducían al festín, los jóvenes hacían sonar estos instrumentos anunciando su llegada.

El "huonche", era una especie de corneta hecha de bambú -"tamára", en la que imprimían un sonido agudo y potente. Los comisionados en cacería -"u pui ssi", anunciaban en esta forma el éxito obtenido, a fin de que las mujeres prepararan la llegada.

Las muchachas -"piá tamá", cuando iban al festín, en el curso del camino tomaban hojas tiernas de patujú -"ráchoye tán", cuyos retazos colocaban en la parte ahuecada de la mano izquierda. Con la palma de la mano derecha, imprimíanle un fuerte golpe que hacía estallar un sonido a manera de petardo, al que llamaban "tác oá". Cuando terminaban con las hojas, imprimían silbos agudos soplando sobre la mano en un

dispositivo especial, llamado “non oá”. Estas manifestaciones de alegría, no eran otra cosa que las salvas que actualmente acostumbramos con el auxilio de la pólvora.

Los indios *moré* o *Iténez* no conocieron el tambor en ninguna de sus variedades, y el canto tan variado en sus danzas marciales, era acompañado con la estridencia de sus instrumentos o con los golpes de sus flechas sobre el arco primorosamente adornado.

II.- EL CANTO Y LA DANZA

Esto constituía la parte más importante del temperamento artístico de los *moré*; la nota musical estaba en el canto variadísimo y elegante en sus gamas y tonalidades. Y así tenemos:

El *mapuíp*, cuyo nombre se debe al instrumento que le acompaña. Ejecución exclusiva de la juventud, interpretando la tristeza y suavidad de las notas, lanza esa queja propia de la vida joven, vacilante e ingenua y así, reprochando, terminaba con la conciliación, que es la revelación positiva del amor que momentáneamente se creyó perdido. Con este acompañamiento y música determinada se aplicaban varias letras, entre las que figuraba la siguiente, como la más común:

- 1.- Viró to funín, viró to funín,
umá virí tocó huenen vicúthúa
téc huintóc.
- 2.- Chom chom pracha puím,
mononta cohuecoyo má,
é que nó, é é qué ñóoo.

Es un cargo celoso que, en contrapunteo, se hacen ambos sexos:

1. EL-Te estás volcando, me estás traicionando.
ELLA –Con mi cuñado, jamás; ojos saltones.
2. EL – Haciendo gracias para que los otros te busquen.
ELLA – (Llorando) Tú, nomás, serás mi marido.

También los jóvenes, en sus horas de melancolía, y muy especialmente en el atardecer, acompañados del *mapuíp* imitaban el rumor de alas del colibrí, *nipatsico pío*, entonando el siguiente canto:

Túncava, túncava, túncava,
túncava, cavá, cavá cavá cavá.

La juventud al margen de los adultos en las grandes fiestas, y también en cualquier momento, organizaba parejas que cantaban, con paso marcial, una tonada monótona donde campeaba siempre la sospecha del amor traicionado. Así tenemos, por ejemplo, los más interesantes que corresponden a las muchachas:

Ra pát añapároca, ra pát añapároca,
rocá rocá cayípari.

(Nosotras cantamos para que Uds. nos escuchen,
nosotras somos como el pescado)

Puiri puiríp, pui ri puiríp,
huana yi co nihuiná ti,
iyiñi anó nihuiná ti.

(Ese que está corriendo
por el camino, es mi primo,
que le tengo miedo).

Correspondiente a los jóvenes, doy a conocer los más significativos, que cantaban con paso marcial y tonada monótona, pero más viva:

Nem cacao páani, nem cacao páani,
yimára ran ú u éyicon
yá ye poéc ramáinyé
yé a yé compa ni a poéc.

(Como el matico es de bonita
esta muchacha,
que está dejando a su novio
por otro joven).

Ya chepoéc narí corom cóm,
ye vóren si taná, yi mará,
chonqui má máñ totáñ pueyecom
comaará roncaparí a fun poéc.

(Están zambullendo los cuervos
en bandadas tras las sardinas
y de este lugar, Puéyecom,
los veo mezclarse con los pacuses).

Las mujeres madres de familia, acunando al hijo y haciendo trenzados de hojas de palmeras, para cestos o esteras, cantaban, a media voz, tonadas tristes y monótonas, como las siguientes que son de las más interesantes:

Furuta tacó nicó pá oró
ni mapá ú utí,
añ, ú utí, ú utí.

(Cazarás para mi perdiz
cuando estés crecido,
ahora eres chiquitito).

Curú curú curú miriszoán,
curú curú curú miriszoán,
tí párañí, cahuászar.

(Arrullando las palomas
camina por las ramas
para tomar el rocío de las hojas).

Con el hijito acunado en las faldas, y golpeándole el cuerpecito tiernamente, le adormecían cantándole, queda y amorosamente.

Señalados estos cantos afectivos correspondientes al amor y a la familia, nostálgicos y sentimentales, pasamos a conocer los grandes coros que ritman las danzas en fiestas determinadas conocidas con nombres propios:

El *toá*, gran fiesta que lleva este nombre debido al instrumento musical que en ella se toca; también la llamaban *cauto cómapác*, por cuanto se realizaba en homenaje a la cosecha del maíz. Los indios moré, luciendo sus mejores galas, bebían la chicha de la primer cosecha, o sea el maíz verde; comían el choclo asado y los tamales del mismo grano. En el curso del festín se organizaba el baile, iniciado por el más anciano, *ucúti*, con la siguiente formalidad o introducción: Vestido con su mejor *carapacán* y armado de su instrumento, el *toá*, toca a porfía obteniendo gran estridencia y danzando, solo, frente al pilar principal de la casa, mientras su mujer, o en su defecto una hija, danzando bajo el mismo compás, le daba vueltas haciendo sonar dos espigas de maíz que para el efecto llevaba en las manos. A este convite, se sumaban todos los demás danzarines, con sus respectivos instrumentos, y se formaba la gran fiesta que guardaba armonía con la lluvia persistente y sonora de la época de la cosecha (diciembre, enero y febrero). Al atardecer, ya embriagados, terminaban la ceremonia arrojando al patio los granos de maíz que con especial cuidado habían guardado en la boca para el canto, lo que hacía producir una voz

imprecisa y confusa. Como de costumbre, las mujeres comprometidas no tomaban parte activa de la fiesta que duraba hasta el amanecer. La letra adaptada al canto, comprendía a motivos de la vida ordinaria:

Cautocomapác anarí,
cautocomapác.
Cautocomapác rimí napá rocá toá.

(Comiendo maíz así canto yo,
comiendo maíz.
Así dice que yo haga este toá)

Huése maíz ná toá,
huése huése.
Huése huése narí rocá toá.

(El ruido de la lluvia es la madre del toá,
el ruido de la lluvia.
Igual al ruido ronco del toá)

Patapáñ quinán toá,
patapáñ.
Patapáñ quinán toá.

(El tigre quiere comerse el toá,
lo va a matar.
El tigre acabará con el toá).

La expresión salvaje es sublime en el concepto, y en la forma como concibieron representar la fiesta del *toá*, pues así como admitimos la majestad de la “Madre Tierra”, así, ellos también, sublimizaron la “Madre Lluvia”. Y así como en nuestra literatura tenemos el ritornello, la repetición final de cada verso forma tono de cadencia, monotonía y tristeza con la lluvia que acentúa más su impresión en la soledad e imponentia de los montes.

El chiquít, es otra gran fiesta llamada así por el instrumento musical que entra en ejecución. Correspondía a cualquier época del año, y sólo se efectuaba en honor de la ceremonia del tatuaje, o compadrazgo que suele conocerse entre los *mojos*, *chicó tam*.

La ceremonia empezaba en la mañana, aislando al niño o a los niños, hombres o mujeres, que formaban el motivo de la fiesta, para los que se les colocaba una hamaca suspendida a la altura del techo de la casa, en ayuno riguroso. Como a las tres de la tarde, se bajaba al niño, entre 10 a 12 años de edad, y se le invitaba una buena cantidad de chicha hasta embriagarle completamente. En este estado de inconciencia, los jóvenes tomaban y aseguraban la cabeza, mientras el designado padrino de la ceremonia, *té huiszán*, practicaba la perforación de la parte central de ambos labios lóbulo de las orejas, con una púa de madera de palmera fina, a manera de agujón. Después de practicada esta operación, en cada hoyo o perforación se le colocaba un palito resinoso, *oáhuít*, propio para restañar la herida; pasado el acto, se encomendaba el cuidado del paciente o pacientes, a las mujeres que no tomaban parte activa en la fiesta.

Terminada la ceremonia, empezaba la danza del *chiquít*, vestidos con sus mejores trajes y adornados con plumas primorosas en sus arcos, flechas y plumajes, y en formación frontal, con armas tomadas con la mano izquierda, y con la derecha el *chiquít*, acompasadamente empezaba el baile con el siguiente reparto:

Asoáiñ manicá,
asoñiñ manicá í huáyore
aiñ aiñ oyám mariró.

(Vas a sonar el amanecer,
vas a sonar con el ruido del *chiquít*
y vas a llorar como se llora en el *oyám*).

Huási huási séquenén,
huási huási séquenén,
naihuán puím trái rócom.

(Las plumas están colgadas,
son las que adornan mi plumaje,
te cacé en tu dormitorio por las plumas).

Yacompana, yacompana yaíri,
i rí rí coromparatna
macurí huañám.

(Ya tengo erecto mi miembro,
ya deseo poseerte
para darte un hijo).

Desfilaba una gama completa de conceptos sobre la vida salvaje y el amor, y amanecían ebrios, después de haber pasado una noche de escándalo con las mujeres que nos tenían marido ni compromiso.

En los días siguientes, las heridas inflamadas del tatuado, eran tratadas con agua natural caliente, con lo que, al cabo de cinco o diez días, estaba sano y con hoyos listos para lucir largos y brillantes *oáhuís* que realizaban la fiereza del *moré*.

El “*tarán*”, gran fiesta, la más solemne y aparatosa, cuyo nombre corresponde por onomatopeyismo al sonido especial del instrumento ya descrito en capítulo anterior.

Se realizaba esta fiesta en cualquier época del año y a voluntad de cualquier familia que quería obsequiar a sus amistades y parentela. Se cuenta que, Carárena, finado padre de Justita Ató Ritán, actualmente interno del Núcleo, era muy aficionado a obsequiar con frecuencia esta fiesta; pues era muy valiente para sus cacerías y para sus siembras de maíz, en su paraje denominado “*acco píc át*”.

Los preparativos para un “*tarán*”, embargada la atención y diligencia de todos los vecinos, que colaboraban en distintas faenas: la preparación de las chichas, harinas, cacerías y miel de abejas. Cuando todo estaba reunido, los jóvenes de la casa familiar se dispersaban como mensajeros para el convite, y el día determinado, por distintos caminos, asomaban los huéspedes luciendo sus mejores trajes y adornos, y sonando sus flautas y pífanos en señal de anuncio y regocijo. Los invitados eran recibidos por el dueño de casa, que generalmente era el anfitrión –“*iyena copá*”. Ubicados en hamacas colgadas en columpio cerrado, que rodeaban la sala de recepción –“*fotón tocó copá*”, los invitados al tomar su asiento, clavaban en tierra su arco y el haz de flechas era colgado del techo en dirección de su cabeza.

A media tarde, entre las 15 y 16 horas, empezaba la fiesta con una introducción pintoresca. Un copero –“*quissát*”, colocado en el centro del escenario, con dos flechas –“*muiyím*”, en la mano izquierda, se presentaba como acompañante de dos muchachas solteras que mostraban en las manos porciones de castaña –“*tuqué*”- menuda. El copero en alta voz, lanzaba un llamado diciendo “*naná afó iyera quivó*”, que traducido, decía, “*vení, tío, que son para ti estas flechas*”. Esto, repetido tres veces, obligaba al anfitrión a responder en la siguiente forma: “*yo seré ése quien llaman*”, a lo que el copero respondía: “*tú mismo, porque eres el mejor cantor*”, contestando el anfitrión nuevamente: “*ya sé, pero mejor hubiera sido llamar los jóvenes*”. Terminado este diálogo, el copero volvía a llamar como al principio, en alta voz, y el anfitrión, aceptando, avanzaba tomando las flechas que luego incorporaba a sus armas, y tomando su “*tarán*” con la mano derecha, ocupaba el lugar que abandonaban los coperos. Luego, haciendo sonar fuertemente el instrumento, llamaba a los danzarines, que, al instante, se alistaban con todo el equipo, y en formación frontal, iniciaban el paso de baile, lento y ceremonioso con la primera canción “*Tononopiráo*”, que era a manera de una sentencia reglamentaria y fatal:

Tonononpiráo
achi tonononpiráo
náí huánac máíñ ari pa oyám.

(Nadie dormirá,
cuidado con el que duerma
porque caerá al pozo de la muerte).

Este verso se repetía varias veces, para pasar a otro de paso más lento:

Taranta huetmaíñ
taranta huetmaíñ taran taa rantaa
huetmaíñ a mírimi.

(En esta fiesta lucimos hermosas plumas,
lindas plumas mostramos como adornos,
plumas de todos los pájaros que vemos bonitos).

Este canto, que es el elogio de las plumas de sus adornos, como todos los versos, se repite cinco a siete veces continuas para pasar a otros hasta completar la serie completa, libando, en cada intervalo, sendas cantidades de chicha.

El canto al tigre, se denomina “Guañám”; al tojo, “Y rocóm”; a los huesos de los muertos, “Viró viró”; al venado, “Armésemon”; al chacal, “Ayí mórom”; al jochi, “Sirón sirón”; las plumas de la cola del papagayo, “Amí rími”; al tucancillo, “Rig páiñ”; a la perdiz, “Tocón cairi”; al picaflor, “Huág oñáin”; al pescado grande, “Are ayí”; al pez tucúnare, “Pin ahúin huaná”; a los pescados chicos, “Hua tá”; a la palmera marfil, “Y yará comtáiñ”; a la palmera real, “Y yu máíñ”; el elogio al mejor cantor de los danzantes, “Huátapác”; al instrumento tarán, “Pain pitaiñ tarán”; a un niño muerto, “Poéc cauto huañám”; a las casas quemadas, “Am rími”; cuando queman al tarán como final de fiesta, “Ripáin tam tarán”. Después de otros más que evocan las riquezas y motivos de la vida, bebiendo y comiendo abundantemente, saludan al lucero del amanecer, como despedida, con un hermoso verso, “Oron tóç”.

Los primeros cantos son pausados, y el paso de la danza, sin perder la marcialidad, es grave y ceremonioso. A medida que la chicha carga con sus grados alcohólicos, el canto y danza se avivan hasta la excitación y temeridad, concluyendo con la muerte de alguno que traicionó el amor, con heridas de abundante sangría, o bien, con el plan premeditado de un asalto a mansalva. Por lo general, después de estas grandes fiestas, se asociaban para incursionar el Río Iténez, y bravos y vengativos, asaltaban a los pobres y confiados comerciantes si les tocaba la mala fortuna de hacerse notar en el curso de la navegación.

Al final de la fiesta, en medio de la borrachera y los despojos de la lucha, se apilaban los taranes en el patio y les prendían fuego, al son del canto “Ripáin tam tarán”, a la luz indecisa del amanecer, al calor de la excitación nerviosa y en la impresionante desorganización de todo el cuadro.

III.- JUEGOS Y DEPORTES

Parece instintiva y natural la manifestación, el ejercicio y la práctica de juegos en la niñez y juventud. Así tenemos a los niños *moré*, en plena selva, durante el baño en arroyos de aguas cristalinas y sobre lecho de arena blanca, dando saltos ornamentales y espectaculares, imitando al delfín de amazonas –“cuctu cutún” – o bien, zambullendo, para hacer presa por bajo del agua, a lo cual, los otros huían despavoridos y con gran algazara –“foreb huá”.

Los niñitos hasta los diez años, edad en que aún no hacían caminatas en compañía de los hombres, imitaban a los cazadores en todas sus acciones y ademanes. “Muirá man huá”- era el término dado a este ejercicio o juego. Volvían de las cercanías de

la vivienda con pajaritos flechados, que daban a las supuestas mujercitas para que los cocinaran y así, en gran rueda familiar, comían y comentaban igual que los viejos.

Las mujercitas imitaban a las madres en los quehaceres domésticos y jugaban a la madre –“ruqui ruquín huá”- aderezando al ñiñito hecho de una mazorca de maíz, o de una fruta silvestre alargado o dando la forma en un vestuario viejo –“u ru”-. En el patio de la casa y bajo las matas cercanas, hacían la vivienda atando hamaquitas donde arrullaban al muñequito haciendo que le hacían dormir.

En cuanto los hombrecitos sabían caminar libremente, o sea entre los cuatro a cinco años, ya tenían en las manos arquitos adornados y flechitas sin garfio, que gradualmente iban manejando y practicando. Tiraban al blanco –“túu te huá”- disponiendo a prudente distancia un objetivo que, generalmente, era el tallo de una banana silvestre, o bien, los más adelantados y capaces, disponían el tiro a la violencia –“muyám muyá coá”- en el que participan unos como tiradores, y otros, como colaboradores, arrastrando, a la carrera, un objetivo al cual hacían blanco, a manera de cacería de animales en plena marcha o a la carrera. Así ejercitaban el tiro rápido y violento.

Los niños y jóvenes hacían verdaderos ejercicios de suspensión y resistencia. Los practicaban en bejucos leñosos que, a manera de cuerdas o cucañas de gimnasio, pendían de elevados árboles. Para complicar el ejercicio, solían cortar la liana en la base, y ya suelta, columpiaban y mecían a porfía, probando la resistencia de los que permanecían bien tomados de piernas y brazos en la altura; los más guapos, ya se brindaban para escalar elevadas palmeras en procura de frutas o polluelos de aves pintorescas. Este ejercicio o juego era llamado por ellos “vúu huá”.

En las tardes frescas y apacibles, los jóvenes jugaban al “thó o”, que consistía en disparar verticalmente una flecha que llevaba en la punta del garfio una cápsula o semilla de siringuera con una perforación lateral, lo que le permitía producir un silbo agudo al ascender y otro intermitente al bajar. El primero de los asistentes que lograba encontrar la flecha en la espesura, era objeto de homenajes y risas graciosas de las mujeres jóvenes.

El juego del “co tó” consistía en disponer un aparatito de hojas secas de palmera, que imitaba exactamente la cabeza de un bulbo, en cuya base ponían un peso cualquiera. En la parte superior, en vez de hojas, colocaban plumas de vistosos colores. El juego consistía en golpear la base con la palma de la mano de manera de hacerlo elevar, y así en el aire pagaba pena el que lo dejaba caer al suelo. Aquí participaban jóvenes de ambos sexos, en forma desordenada, con gran bulla y movimiento, en las tardes y en las noches de luna.

El juego “cañ cañ huá” imitaba el salto del sapo. En cuclillas, con las piernas sujetas con los brazos, daban saltos en competencia; recorrían todo el campo limpio que rodeaba la casa de vivienda. Los que se iban cansando quedaban en el lugar que les tocaba, hasta que al final resultaba un campeón que era homenajeado, por todos los espectadores, que generalmente eran muchos, a raíz de un festival.

“Tum”, era un ejercicio a distancia, disparando el caroso o hueso de la palmera cusi –“u pué yen”-, a manera de la honda primitiva. Este fruto, pesado, era sujeto a una piola resistente en cuyo extremo se hacía una argolla, o bien se anudaba un cabo de madera para asegurar bien el disparo. Con la mano derecha se tomaba y se le imprimía movimientos giratorios y veloces y se disparaba a campo libre; se tomaba en cuenta la mayor distancia del lanzamiento para calificar y hacer honores al vencedor. Este ejercicio era complemento de los grandes festivales sin ninguna otra aplicación práctica, y su nombre fue tomado por el sonido que imprime la fuerza del disparo o lanzamiento.

Las jóvenes, en las tardes, y en espera de los cazadores, recorrían o paseaban los caminos jugando y disputándose la preferencia en coger las flores que asomaban a la vera. "Tác huá"- se llamaba este concurso, después del cual volvían a la casa luciendo en competencia el mejor ramillete, los mejores collares, cinturones y manillas de exquisitas y raras flores silvestres.

EPILOGO

MORE

Juicio crítico escrito por el Prof. Mario Saielly y publicado en "El Diario" de La Paz, N° 16078, en 29 de julio de 1951.

ASPECTO FÍSICO.- Creo que no hay persona tan insensible a la impresión de un encantador panorama que, llegando hasta las playas de Moré, no se sienta cautivada por la magia de su topográfica belleza. Los dos anchos brazos del río Iténez, el más hermoso de América, se extienden por opuesta dirección el uno hacia su confluencia con el Mamoré, el otro hacia la Colonia Franco. El celebrado Cuerno de Oro de Estambul, visto desde el puente de Galacia no me pareció más bello.

Sin embargo, la marca distintiva de la inefable hermosura de Moré no reside en los dones de la naturaleza sin en los artificiales adornos de que supo enriquecerlo la artística fantasía de la incansable Directora. Ella supo imprimir sobre toda la explanada costanera un timbre de limpieza única, más que rara, cubierta de oportunos manchones verdes, cortados a cincel, alternados con jardincitos eternamente en flor que comunican al ambiente una nota de vitalidad típica que es la que hace de Moré el más higiénico y atrayente centro habitado de todo el Beni.

ARQUITECTURA.- El encanto del panorama cobra realce de la hermosura de las construcciones. El Director que es un virtuoso de la estética edilicia, sabe vaciar las líneas técnicas de su dibujos en moldes de nuevos tipos de edificios alejados de la maciza pesantez de los caserones coloniales, más adaptados a las condiciones de la vida moderna, más cómodos y más elegantes. La capilla ha dejado de un lado el estilo galpón para ofrecernos con sus puertas y ventanas rematadas en arcos lanceolados, una miniatura de las mezquitas islámicas de Arabia. El pequeño rectángulo designado para servir de museo no es para ser descrito sino visto y admirado.

EVOLUCION ASOMBROSA.- La distancia moral que separa el actual pueblo de Moré de sus bárbaras costumbres originarias, es tan grande, que puede considerarse como prodigiosa. Así me decía el Obispo de Trinidad que vino dos veces a visitar a Moré y añadió: Dios arrancó los jóvenes fundadores de las escuelas fiscales y les dio la misión de fundar un pueblo cristianos y Dios les asistió durante los doce años de actividad constante, edificante, civilizante, celante, milagrosa. Se fundó un pueblo cristiano y eminentemente patriótico. Dios y Patria es el binomio mágico, la palabra de orden cuyo entusiasmo resuena en los himnos nacionales solemnemente cantados al pie de la bandera y cuyo entusiasmo religioso resuena en los coros sagrados al pie del altar de la gloriosa Patrona, la Virgen del Carmen.

El éxito más brillante coronó la árdua misión, ¿pero a qué precio?

DIFICULTADES Y OBSTACULOS.- Al aceptar la misión redentora los fundadores tenían el confort moral de saberse oficialmente sostenidos por el insigne jefe de los indigenistas, Elizardo Pérez. Pero esta protección valía poco para superar dificultades financieras y servía nada para superar los obstáculos de todo género que implicaban las condiciones de los primeros tres años, sin casa, sin chaco, con vecinos envidiosos y hostiles que sólo anhelaban incorporarse los desertores de un Moré desorganizado. Todos estos cálculos se estrellaron frente a la disciplina férrea de Moré y a su administración prudente y previsora. La Colonia Franco que en la intención de sus fundadores debía

eclipsar los prestigios de Moré, la Colonia Franco a pesar de su situación más propicia y los millones que se gastaron para sostenerla fracasó ruidosamente y algunos de sus personeros reconocieron lealmente la magistral organización de nuestro triunfal baluarte de fronteras.

ZONA DE CULTIVO Y REGIMEN INDUSTRIAL Y SOCIAL.- La admirable granja preparada por Saielly y arrasada por la creciente demostró una vez más lo acertado que fue la disposición del Director en establecer las alturas de Monte Azul como zona agrícola. Con intuición psicológica e histórica, por un lado se respeta el sistema ancestral del trabajo en común y por el otro admite la importancia de la propiedad privada con la concesión a todos los casados de una casa con atrio anexo. En lenguaje científico esto significa que llegando a Moré Roberto Owen hubiera hallado su cooperativa de producción y consumo, Carlos Fourier hubiera hallado de su lado su falansterio de habitación común y por el otro el trabajo en conjunto de la colmena social los sociólogos ingleses hubieran hallado la institución tan oportuna del *homestead*.

HIGIENE Y CAMPAÑA SANITARIA.- Entrando en contacto con las familias de la tribu los fundadores notaron casos de enfermedades endémicas contagiosas y casos de periódicas infecciones epidémicas desoladoras, las que diezmaron la población de Moré. Los directores no podían quedar indiferentes, se adiestraron rápidamente en el conocimiento de las drogas farmacéuticas y afrontaron airoosamente las dificultades iniciales de la terapéutica. En el día sabes tratar los casos más difíciles de las operaciones clínicas con el uso del bisturí y casos aún desesperados de medicina, sin omitir la inyección de penicilina. La muerte huyó de Moré, ya no la vemos ni una vez por año.

ADMINISTRACIÓN DE LA JUSTICIA.- En una comparativa estadística criminológica, Moré estaría con Holanda. Los criminales han virtualmente desaparecido, si algún caso grave esporádico se presenta, el Director reúne la familia, se forma un jurado de entre ellos y éstos determinan la culpa y el castigo que merece. Procedimiento de Derecho penal excelente que ahorra al Director malquerencias, rencores y hasta actos de venganza. Con sentencia arbitral las cosas retornan a su curso normal.

PANEM ET CIRCENSES.- La alimentación es la necesidad fisiológica más apremiante. La señora Directora no lo ignora y cada día a horas fijas se sirven a la familia Moré las tres abundantes comidas, a base de charque, arroz, yuca y plátano. En cada gran fiesta se añaden dos mamonas por vez.

INDUMENTARIA.- Tres veces por año, al Carnaval, por las fiestas patrias y para Navidad toda la familia debe estrenar nuevos trajes.

REUNIONES SOCIALES.- Los Moré saben vestir con garbo, sus bailes y sus banquetes en el salón eléctricamente alumbrado reflejan un aire de especial elegancia. Los Moré son temperantes, ni alcohol, ni tabaco ni juegos de azar. De ahí la corrección absoluta de sus convenios sociales, nunca se oye una sola palabra indecente, una voz destemplada, menos todavía un ultraje o una riña.

RESORTES DE EMPUJE Y PALANCAS DE ELEVACIÓN.- Fueron el culto y la práctica de las virtudes morales y cívicas, respecto a la autoridad, disciplina, obediencia dócil y rápida a las órdenes impartidas y amor al trabajo.

EDUCACIÓN E INSTRUCCIÓN.- Aun siendo un objetivo básico de la escuela rural, la alfabetización no es su primordial necesidad. Educación es más que instrucción. La educación dirige sus miras a la formación del carácter moral, guía los sentimientos, el del deber en primer término y el de la solidaridad nacional que forman los ciudadanos útiles. Dando prevalencia a la alfabetización aumenta el número de los tinterillos y de los charlatanes demagogos.

El criterio positivo de la educación de Moré, sin formar especialistas nos ha dado la gama completa de los obreros adaptables a múltiples oficios según las exigencias del trabajo. Los albañiles pueden servir de carpinteros, y éstos de alfareros o tejeros. Todos valientes hacheros que pueden transformar en ocho días un tronco de palo maría en una hermosa canoa de la capacidad de 200 arrobas.

Sobre el mismo sistema, la incomparable Directora ha formado sus colaboradores que pueden ser según la urgencia, cocineras, lavanderas, planchadoras, alfareras y saben manejar el azadón, la pala y el hacha para ayudar en las faenas agrícolas en tiempo de sementera o de cosecha. Tal es el método práctico que guía la educación de los *moré*. ¿No vale mucho más que la técnica de alfabetización?

RESUMEN.- La redención social de los Moré es una gloriosa epopeya de la educación nacional. Épica llena de episodios admirables alrededor de sus dos providenciales protagonistas, épica escrita no con el léxico ordinario de la literatura, sino con fragmentos de roca indestructible. Moré es legítimo motivo de orgullo nacional, es astro que surge en las lejanas fronteras de la patria, y es una esperanza de nuestra regional economía. Moré es un triunfo de la educación rural y es una gloria nacional.

En un porvenir no muy lejano, los navegantes del Mamoré verán en la confluencia con el río Iténez, un monumento con este sencillo letrero:

A nuestros redentores y nuestros padres Luis Leigue y Yolanda Suárez de Leigue el pueblo de Moré agradecido.

Nota Informativa: - El Prof. Mario Saielly hizo una labor docente muy fecunda en la capital Trinidad, razón por la cual el Liceo de Señoritas lleva su nombre. Su labor cultural y humanista tuvo cabida en los principales diarios de la República, con el pseudónimo "Marius" y mantuvo amistad y correspondencia con los más calificados hombres públicos de Bolivia.

APENDICE

*Contiene las principales palabras y frases del
vocabulario selvícola*

Homenaje
a la investigación lingüística
americana.

EL AUTOR

CONTIENE LAS PALABRAS MAS IMPORTANTES DEL VOCABULARIO MORE

Nombres de personas y familiares:

mamá mi madre	iná ináyo	papá mi padre	ité itéyo
hermana abuela	anínyo apá	hermano abuelo	iyíyo ahuéu
tía prima	ihuín ninín na	tío primo	afó huí ti
cuñada nuera	cu huití cunú huiná	cuñado yerno	hue ném vu cún
suegra sobrina	yató huen camá hué	suegro sobrino	apicón huenca afóyo
mujer vieja	tanamán ocó matí	hombre viejo	namacón ucúti
niño familia	rá to na rá	joven gente	fucú te moéc i tén
nieta recién nacido	ni náu tacára ipán ca	nieto el muerto	ni huin na imuí ca

Partes del cuerpo:

cara	cusití	mejilla	fucáa yú
cabeza	u póéc	mandíbula inf.	cáu ye
cabello	tunéiñ	mentón	cutú huéc
ceja	ahuiráíñ	barba	tunéiñ topác
ojo	tóc	cuello	atá patám
párpado	murízdáiñ	nuez de adán	coro coróc catí
pestaña	capá tóc	ollita de adán	uchuni patám
pupila	isiquín	nuca	huacá qui
lagrimal	uréiñ tóc	oreja	tenetét
lágrima	cumitóc	oído	rapát
nariz	úd	tímpano	rácho ye tenetét
fosas nasales	maná úd	cera de oído	tacassi tenetét
moco nasal	osáiñ	brazo	tipán
boca	maná topác	hombro	apán
saliva	morác	codo	tapuíu
labio superior	ro ahuinche	sobaco	huayini pát
bigote	tóc che cóm	biceps	sáye tipán
labio inferior	ro timác ye	antebrazo	mo huán vi
lengua	copa yác	muñeca	óc ye
paladar	sóc catí	mano	úm
diente	yát	palma de mano	quimáiñ úm
colmillo	puiráye yát	dedos	upueye úm
muela	fucáa	meñique	nicóye
garganta	huanáache patám	anular	ác ipuíye
pulmones	fotó fotó	mayor	chíc tiquín aní
respiración	zdác ahuirám	índice	chimíye
espalda	a táu	gordo	itéye úm
pecho	quím	uña	túpi
senos	catát	estómago	sa puín na
hígado	sa huanáiñ	riñones	tapán naché
intestinos	mucúri móm	barriga	tím
vejiga	achiquí utút	ombligo	oñóc
ano	me món	escremento	món
espinazo	ripá itén	cadera	atá món

cintura	nocáñ ta	costilla	curintác
nalgas	mana món	verija	pasá
vulva	tacát	piernas	át
pene	tocóñ	muslo	fóc
escroto	tucuríd	rodilla	tucuzdím
orín	utút	corva	quimáñ
semen	huarác	canilla	riquíit ye át
nervio	urúm si ye	tobillo	tóqui seme
corazón	tucuritín	talón	quiti nác
sangre	huíc	pie	chinác
venas	curú puiyíp	planta pie	quimáñ chinác
pulso	chom chon ná	dedos pie	upoéye chinác
carne	ucún	hueso	át
piel	topán	pantorrilla	chacáu ye át

La vivienda y comestibles:

casa pasajera	fu át	casa pascanera	máp ahuín
id de hombre flojo	máp che tafót	id.de hombre valiente	assím
id. dormitorio principal	upuím	techo de casa laterales	quimáñ assím
vigas	maná coráñ	tijeras	tanamá ráñ
patio	táe yé	entrada	maram maram mé
hamaca primitiva	maram me urú	hamaca atada de fibra	manáñ viiche mocón
id. algodón torcido	cará carac ca	id. algodón fino	chát
colcha de corte de higuera	máp catí tamí	estera de hoja de palma	i huí
especie de silla siembra	nofón	el chaco cosecha	titót
hacha	pínhua	trazado de acero	vó hua
trazado de chonta	poére poére té	cuchillo	chíc ye iquíit
punzón de chonta	pápche romámuín	trampa para caza de monte	huiyác che
trampa para cazar en pampa	píi paná	chapapa espia-dero animales	tatóf
hachear miel de abejas	catúp	melear	táa hua pá tuchíc
leña	táa hua	cocina	puítí puitíita
braza	tuchíc	fuego	iché
soplafuego	huassáñ	cocinar	puítíra
comida con carne y maíz	tóqui iché	comida	cáuta
carne asada	focoyám	comida con carne y yuca	ssaác sum
chicha de maíz	muiním pá	pescado asado	tuúsi cá patí
chicha de chocolate	aú píita	chicha de yuca	tóo pa acóp
guarapo plátano	tóm ca	guarapo de miel	cháu toca tuchíc
guarapo fruta	róo món	id. harina	páache pa moró
harina yuca	mutúc che ritán	harina maíz	moró toca mapác
harina yuca brava	mutúc tocá canohuám	rayador de maíz pachiuva	foróp
tamal de yuca	moró	harina patujú	moróche upoéye ritán
	qui ríc	tortilla de yuca	timá chacáo

tamal de maíz	upoéyeco yu- huím	tamal choclo	pípssúm
tortilla maíz yuca asada choclo asado	capám ruchíto co acóp rachóc ca	tortilla almidón plátano asado tamal de pesca- ditos	fuúhuén rúchiche fitán pítoco ecá
cerámica tacupé de pes- cado	ssiína tani cáp	barro preparado concha para limpiar	nama cán coróhua
concha para bruñir	tacarác che	quemar loza	tóm ta
barniz al humo olla de barro algodón	tocó huán èye uchún huóm	pintar loza cazuela de barro desemillar el al- godón	marámche uchún uchún ochóc puin tác
desmontar hilar huso bola	tóo tóoac muíri páiñ uríc ya	urdir grueso huso rueda ovillar hilo	táu tocá óc chinác upoéye co huóm
estirar hilo pa- ra hamaca	táa túp	atar los hilos para hamaca	víi tocá
hamaca termi- nado	chát huóm	soga de hamaca	mocó parinaco chát
plátano id. grueso id. morado id. guatoco id. isleño maíz amarillo caña de azúcar caña listada camote morado gualuza papaya tutuma piñita montés	ritán cará cará poéc mémye cáu toá sassíc ye huitóc arizdám huaná huaná átt rúti mán mororóc fú á cacám cachira co chíc- tipán	plátano largo id. motacusito id. oloroso id. guineo yuca maíz colorado caña blanca caña moradita camote blanco papa del monte sinini ají piña grande	timá ocón vúnye toáye mémye huaca puí poéc aacóp moém chí toá át tóm át toáye rúti mán maddám añóm óo cachín
mortero de palo	tée té	piedra de mor- tero	ép che
cernidor de fi- bra	camamuím	escoba de flor de palmera	quihuín sissím
cuchara palo	yacán	batidor palo	papá quirám

Arcos y flechas:

Arco de chonta flecha de tacuara	parii maramche papát	cuerda de arco flecha con gar- fio venenoso	mocó parii tanapá
id.	tapán papát	id.	huiríc huiríc
id.	huiquíram	id.	tóo tóo upuím
id.	tom huóm óc huassáñ		id.
con garfio hue- zo cacería	u át	con garfio hue- zo cacería	muiyím
id.	pitássú	id.	píp topác
id.	huómeye	id.	tóqui quihuó

id.	utssú	id.	thóo
id.	oromó	id.	pai pai tapán
id.	paniát	id.	ihuiri

Cortezas de higuera salvaje:

Para hacer los carapacanes	chaiñ úm	tóocon mapác
	atáhua comuicóp	ayicón imuím

Diferentes trajes:

Carapacanes	uricanché toáye titín timí uquisicche yúc yupanca máp romanca pantiqintocá equisicche yatocohuóm	huet mahuínche coróm coróm ocyé cát cát che pampa namanca caracáo futu futúnye tád ramánche pam pam puínche
-------------	--	--

Cestería de hojas de palmera:

jasayeses de tejido o trenzado rústico	ripapa	upoéye ocpóc
canastas de trenzado superior	acyé u puiríp	óc ye timí huaráuca
canastas de trenzado superior	poé huinamanca uti puizdác	tapá tapanca étoco cat cat ca
	é etóc ti puizdác	huayita

Cantos y danzas:

orden de los cantos en la danza del TARAN	Tonononpiráo	Taranta huét máñ
	Taranta huañám Yí rocóm Máj onáñ Arihuáj tapán Areayí huán huán Ya aná tipa covón	Huári cóoro Viro viro Huáj yárao Ayi nóron Orónto

Parajes y viviendas:

Ocupación, pertenencia e influencia indígena:

Río Iténez Bahía Azul Bahía de Moré	Ru huít Poéye Isicacóm Huachíquitát	Boca del Iténez Pampitas Barranco colorado	Poé ramañé Coropán ramán Mémye huayí forohuát
Barranco de Moré	Puisirihua	Bahía Komarek	Cáupitipá
Barranco brasilero	Namacahuít	El Corte	Nínchi iquit
Arroyo brasileño	Cumí tuqué	Bahía del Corte	Umaco moaré

Barranco del Corte	Namáma pará	Motacusal	Namá Corán
Bahía das Onzas	Ahúan patí	Lusitania	Cáuche pípum
Arroyo de los pescado	Cumíricu	Arroyo límite de Moré	Húitche mahuím
El Forte de Beira	Tenche timác	Boca del Mapucho	Poéye chepoéc
Río Machupo Las Araras Río Mamoré	Moém tóç Cáu timác Toác tóç	La Horquilla Río Cautario Barranca Warnes	Cáuto huát Namá umoé zdén Namá choráo
Lago Océano Barr. Vigo Arroyo de Alejandría	Quimá maráñ Tóm. Tóç Cumí irám	Barr. Bolívar Barr. Alejandría Arr.del Sombrero	E e quifún Poéco huarazdá Nama tovaráo
Barr. Singapur Corte del Azul Supressa	Chíntoco utssíu U paná Huayina tín	Río Azul Pico de plancha	Nama tacachi Ysí cacóm Tacofután

Numeración:

uno	tan máñ	dos	vocoran
tres	máp ramayím	cuatro	itói itói sipí
cinco	tán upiye úm	seis	tán nín maché
siete	opáqui nín maché	ocho	atimí ye úm
nueve	ác ramán ipuíye	diez	apína úm
veinte	apí apina chinác	cuarenta	opaquí apuípina chinác

Forma:

triángulo	copsíye	cuadrado	riqui riquítye
círculo	tucuhuénye	medialuna	te ramánche
cilíndrico	panáye issiquín	cúbico	pisipisiye
esférico	huaráo mánye	línea quebrada	cat cat ye
línea ondulante	muru murúcy		

Los colores:

negro	tómye	blanco	toáye
gris	toác ye	rojo	mémye
rosado	terén memye	Amarillo	sassicye
anaranjado	muém ye	verde	atóye
retoño	rachóye	azul	naránye
celeste	puintiquínye	violeta	timá huíc
chocolate	chuchúri	moteado con rojo	me me mém ye
rayado o listado	huana huaná ca	moteado con negro	ta ta tám ca

Naturaleza y espacio:

tierra	timác	serranía	tín
agua	cóm	laguna	ramye cóm
barro	násiqui	río	huanáye cóm
arcilla negra	namacán	arroyo	íiye cóm
arcilla gris	tocá tacát	manantial	icátsi cóm
arcilla roja	mémye timác	pozo	imára cóm
arena	mi máç	lluvia	máaeye
lodo	poéye timác	llovizna	quén quén na
pedra	puicúm	granizo	ta ta tám ca

id.mortero	apche puicúm	tiempo de aguas	pana cóm
id.afilar	curúcche puicúm	id.seco	cavazdí
id.rpio	sác sác tóc	sol	mapuitó
hacha piedra	ffurúti	cielo	ahuín
el día	tíiyipát	estratos	mará maránye ahuín
la noche	issím	cirro	quéen píina
de mañana	rissama	luna	panábo
medio día	tana nán na	“ nueva	tacára china panábo
de tarde	iráhuin	“ creciente	tanni pacá sicá
media noche	tucú timí assím	“ llena	toá ramánna
de madrugada	toá na aní	“ menguante	patta pá aní
ayer	panapát	estrella	pipío
hoy	puiníca	cielo estrellado	napá moná pipío
mañana	rissápaiñ	cabrillas	toco yahuíñ
viento	fuyáni	aurora	oróntoc
id.frió sur	fúuna chiní aní	Marte	iyín ahuín
id.de norte	fút maná món	Tres Marías	cazdím
trueno	sunna	Eclipse sol	paramánna
relámpago	hue hue huétna	id. luna	mápnna tocán
rayo	sipuí puicúm	arco iris	quiríc ssirám
nube de lluvia	tompuím nahauín	pampa	coropán
cúmulos	toáye ahuín	monte	u mí
Dios	ro ahuéncutí	madre de los	inái coráto
niños del espacio	ro ahuín coráto	niños del cielo	
		alma	rucússi tí

Mamíferos y reptiles:

tapir	imuñ	tejón solitario	tánye cafózda
ciervo	útataú	id.tropa	cafózda
puma	muémca quinám	perro melero	cussúpi
jaguar	quinám	id.montés	mapuito toca quinám
pantera	éé huarócca	carachupa	ssaúc cutí
tigresillo	pá assiye	comdreja	ázda
gato montés	rá hui huít	ratón	namán
gato gris	tomco quinám	conejo montés	túc món
antílope	méem paribó	mono negro	o huarám
urina	moerem tém	manechi negro	huerém
gacela	yimóp	id.rojo	moém tenéc
jabalí	ú ye	id.amarillo	mémye huerém
taitetú	toco ohuám	mono silbador	yu uhuím
jochi pintado	muicóp	monito amarillo	ut ssúu
id.colorado	mui yác	id.cuatro-ojos	miquín
borochi	chíctipán	id.nocturno	huachíc
mono perico	imuiróp	iguana	chác irám
perico ligero	achu muím	jausi	rafocóm
mono ururó	huamóp	áspid	funún
oso bandera	fomán	lagartija	rafó corá corémoéc
id.hormiga	i puíc	boa	macáchifó
osito dorado	éca ipuíc	boyé	nupuirám
pejichi	piqipán	culebra	nupuirám
peji	ocassi	cascabel	toasí quifún
tatú	maním	pucarara	chiqui chiquít
tortuga	toá	yarojobobo	chacai cát
tracayá	rocóm co toá	pabilo	ayiquín
tartaruga	ú tucúsímá	víbora verde	uzdíp
capitarí	éco toá	id.coral	aíco cautayó
galápagó	tóp cuaticá	id.sirari	rírissima
nutria	carára	id.pintada	toá ocpoéc
lobito de agua	ám arád	cutuchi	rosamón
capihuara	rocóm ya ahuán	vampiro	romá na panaca
caimán	seme	murciélagó	i náu
lagarto	toáye seme	camaleón	puínchi
veneno víbora	icátssi cóm	almizcle de caimán	fú mañá
cuernos del ciervo	tataú	fuerza de boa	píp na

Nombres de aves:

ñandú	patá patá	cuajo dorado	naránye tanána
bato grande	u moé zdén	id.cuchara	topáca ya cán
cabeza seca	tará tará	id.chaleco	piiyát yé
garza morena	áu áu	tapacaré boli	chacá
id.rosada	raravazdí	id.brasilero	hue huéc
id.blanca	yassí qui voát	pavo mutún	utín
id.real	túm	id.crespo	tomco curu curúc
id.crema	sucuzdúc	id.pintada	curu curúc
cuajito plomo	tháu	id.campanilla	pión
id.tigre	tanána	id.guaraca	ssán ssán
id.rojo	moémye tanána	id.guaracachi	coto óc
cuervo negro	coróm cóm	cuervo víbora	azdí poéc
cóndor blanco	mocótama	cuyabo grande	yi huá huá
buitre	tómca mocótama	cuajojó	huá ó
peroquí	chát yimóp	cuyabo	túu ssúm
sucha	tequé tequé	id.canela	churí capa capác
gavilán real	cocóo	id.pintado	tocó yabó
id.tigre	pachu muím	id.playa	titím muimád
id.montés	papaquíu	id.coludo	pichihuí
id.pico amarillo	huóm huáu	pato negro	tipác
id.negro	toá tán	id.ronco	tiri rác
águila pampa	cáu iché	id.putirí	vió cán
id.del río	chác cuní	id.bichichí	mará aid úd
chúuvi grande	noém huará	id.llenura	chorá rín
id.pascanero	yi ta ta	perdiz grande	izda móp
id.pintadito	ii	id.morada	o ró
halcón real	íica cucuíi	id.canela	futún
id.blanco	toá ocpoéc	id.pampa	turí i íu
id.macono	huacaván	id.negra	zdám
id.canela	ssiquín	id.pintada	yivovóc
id.gritón	cáu ayíco imuín	id.de altura	huáu huáu
búho gris	cháu sacassi	id.horario	yúu rí
búho grande	vúu cutí	perdiz moñito	ofó róp
lechuzca	riche chét	id. Moradita	yurina coropán
sumurucucu	sucúcu	paraba amarilla	cama cán
id.chico	moró fofót	id.azul	samuím
pájaro lira	viróye tananá	id.roja	ariye
id.vaca	yónye uví	loro hablador	tovaráo
id.aurora	ótáu	id.cenizo	torát
id.leque	tíu tíu	id.chuto	cahuít
zocori	aáchaca	tarechi	éye mará
tibibi	vóit vóit	parabachi	mará
gallareta	vét vét	lorito frontino	toáni pát
taracoé	siicóo	id.amarillo	ssíc ssíc
matico	mémco cáo	id.cenizo	tii titín
cardenal grande	muiñique rác	cotorrita	moérem tóc
id.chico	fúyquí satao	pacula	sa sái
tojo choco	áu puiráiñ	seboí	sso sso cón
tojo negro	rocón	cacaré	quíu
tojito	cáu	mauri	uví
hervidor	sararác	cocinero	tussii tóc
burgo azul	rututúc	torcaz collar	puít puít quín
id.verde	pipárama	id.pintada	toá apám
martín pescador	a tát	id.plomiza	muirí zdoám
id.mediano	éye atát	cuquiza	huóm
id.chico	ahuánye	totaqui	toáco huóm
picaflor dorado	pí iót	chaisita	tucuvút
id.azul	tomca pi iót	tortolita	naranca tucuvút
serere de agua	euru ssíc	curichero	mémye umoéc
sererico	huiríc íu	hijo del sol	mafút te che umoéc
tijereta	tucúsi maquicún	cebrita	toto coro huát

Nombre de peces:

delfín bufeo	ssátáu	pirapitinga	éeco caparí
anguila eléctrica	nu huit	pacupeba	foco yám
raya grande	pa tháu	palometa roja	ú huerém
raya chica	tanapá	palometa amarilla	cuquí
pacú	caparí	palometita	tata tán món
general	a fút	id.plateada	cayí parí
zurubí	rá cotá	id.real	huaracán
pintado	toáye pipán	conchudo	ssacáo
tucunaré	pui ríra	chuto	puí ricón
sábalo	huarazdá	zapato	ricú
corvina	mimad poéc	tachacá	ahui quín
matrinchan	páa fód	espinudo	puichín
blanquillo	pipán	pintadito	tucúro
bagre	ofó	sardina	puíquín
ventón	tiquín	cachorriño	huassón
yeyú	ohuám	tigrillo	tocón tocón

Moluscos e insectos:

cangrejo rojo	mémco assacará	chulupaco	tofóro
id.blanco	assacará	chulupi	fúyi assím
ciempiés	apaico ocaré	id.verde	tacára toóca
alacrán	úuquín	tábano caballo	puí ti
quema quema	napa ssíni	id.anta	puiricó raco imuím
lombriz tierra	natá Natán	id.amarillo	ahuayíp
sanguijuela	casi sí	id.negrito	puí ricón
gusano de palo	cáp	mosquito negro	úu poéc
id.motacú	osocóñ	id.puguilla	cáhui yám
id.patujú	hui huit	id.dorado	cáuto cóñ
id.majo	chíi	mosca dorada	toacá natorá
id.peludo	rachú umuím	id.común	naforá
id.verde	tahuán	mosquita	íichu muím
id.pintado	ya huerém	marihuí	ssúu táu
id.medidor	murúc món	rorroco	capuína con ocári
id.boro	óocám	jejene	capuí
turo negro	tocáa	broquelona	poeréñ poeréñ
id.blanco	assó	garrapata	tocó óo
concha grande	corohuá	garrapatilla	éeco tocóoo
concha chica	éye corohuá	piojo cabeza	íu
matacaballo	tá íu	id.pájaro	íví
id.gris	mái cutí	nígua	tafó ca
grillo	chichihuít	hormiga tucandera	tipuizdác
langosta	huachác	id.negra	chíc món
id.tucura	chichóc	id.palosanto	tatáñe
luciérnaga	pacári	id.cepe	tucu huí
id.chica	pi pi món	id.cazadora	ruchinác
etore dorado	ma coráto	id.tropa	topá pa có
id.negro	upína món	id.brava	rá o
id.carguero	yupuín món	id.hedionda	ró món
carcoma cuerno	rá ví	id.culilarga	huí samí
id.dorada	táa táa	avispa gigante	quívón nacó imuicutí
id.negra	itói cochí	id.chuturubí	curúc íiyo
id.picuda	upí	id.id.negro	mén úd
id.serrucho	thén titót	id.culilarga	ten tímác ye
abeja erereú	quéde át	id.pintada	yá muiritín
id.barcina	mém tocóñ	id.tatú	tó món
id.choca	pán topác	id.choca	sayát
id. rubia	ré re	id.rubia	cáu patí
id.oro barcina	úu cáat	id.solitaria	téc comái
id.id.negro	tuchíc	id.guatoca	ya huá o
id.bóraj	izdáñ	id.de tierra	yá marám
id.bobosí	quifucuyuhuín	id.yajo	chác che chamuirá
id.cáusica	yi poe puéc	id.chiriguaná	cút cút cút
id.brava	tahúi	libélula	yivói
id.hormiguero	caramán	turiro bravo	ahuí

id.señorita	toá tocóñ	id.casero	papaquí
id.id.negra	máram toca forová	mariposa azul	carapán
id.id.rubia	poé quivó	id.amarilla	sanána
id.pícara	puí huáiñ	id.negra	mácoro canohuám
id.jalea	fu furúm	id.bonita	ssée
id.tierrabrava	topá catá	id.picaflor	timá marámche

Árboles y plantas:

árbol	paná	cambará	ucúro cutuquín
raíz	tóqui paná	sucupira	huenco mapitó
tallo	me munéñ	palomaría	cáu cuutí
rama	tipára maná	masaranduba	churí
hoja	tunéñ paná	paquí	simuiyíp
flor	tiváiñ paná	tajibo	puíu
fruta	upoéye paná	itauva	coóc
resina	huaráqui	izigo	ya pára
almendrillo	ca huazdán	mapajo	muhuém
canelón	capaca huarazdán	ochoó	ssonáqui
almendra dulce	tuqué	ucurucillo	cafuíp pacó imuicutí
aguaí	cafuíp	pacái	matátac
coquino	chapácha	chachairú	canáye pí
manzano macho	tacachi	mangaba	rubuí
siringa	ipic	chocolatillo	canoán
cedro	cahuác	guapomó	catát
cuta pampa	timarón	perotó	mocón
cuta monte	puéye te puetén	chamular	zdóc ye fomán
toco	sapuíc	coca silvestre	huiuí copá papát
tinto	cáuco futuhuít	urucú	mahuín
jupunaque	huiuí	algodón	huóm
sujo	caníro	palma real	ocón
piraño	cahuá	id.majo	sahuán
sangretoro	tatá	id.cusi	tucússima
cundurú	cáuco capán	id.cusimacho	uzdí
piraquina	puichát ahuín	id.azái	iirám
ejé	cháñ úm	id.pachiuva	foróp
jebió	huapacán	id.sumuqué	huaráfo
guaybochi	papácassi	id.motacú	toássi
caricari	supuippi	id.chonta negra	oán
sumaque	tata huirán	id.id.arco	parí
mora	pisso huát	id.totá	turé
ajo	sáyi cún	palmera abanico	iyí
cucé	oáhui	id.marfil	puisíco ocón
lúcuma	apán	id.chontita	corán
coloradillo	munuríp	id.marayaú	apá
harca	charirác	id. redonda	tée
morao	mémye cahuá	id.peluda	onaiñ
negrillo	mapuitó	id.jatata	uním
cumarú	huapacán	id.motacuchí	chu huén
chaaco	huiyifún cheparí	tacuaembó	tamára
peloto	urú	tacuara flecha	papát
saúco	cussen	id.flauta	huínán
ambaibo	corocón	curi	quissá cóm
bibosi	carapacán	chuchío	sapác
algodoncillo	sipí puicún	tacuarilla flecha	quívó
bí	huaróp	id.música	moráo
turino	muissóp	cortadera	cavá huá
güembé	ofót	vainilla	ssín siri ó
cañuela	ni nín	orquídea	huiye ofót
junquillo	coyó ye tucurú	caracoré	puisírihua
arrocillo	canóra	pitajaya	tapán paná

Adjetivos:

bueno	primará cóm	malo	yimú huatica
mejor	cupuí mara tenhuá	peor	chicomaráta
superior	yí primonyémónca	inferior	cumuí catí puirácatí

bonito	primarái	feo	pirána
valiente	ssíyi	flojo	tahuán
gordo	úu huá	flaco	pánca
sano	che umánoca- máit món	enfermo	yimícón na
caliente	iché ye	frío	chíu ye
dulce	ihuí ihuínye	amargo	ahuánye
salado	camáinye	fuerte	mátýe
duro	toéc ye	blanco	péye
suave	fót fót ye	áspero	charác charác ye
manso	muitá muí na	bravo	iyám
alegre	chái huá	triste	yáa tín
brillante	ru rú ye	opaco	iyóna
hediondo	sáye	lindo	tifóñ na
espeso	saapéc na	ralo	cóm puín che
liviano	zdé zdé ye	pesado	puí ye
débil	che puí hua	forzudo	puíc itén
grueso	ináye	delgado	íye
grande	úu ssiquíñ	pequeño	éye
alto	chíc tiquínye	bajo	máp timácye
poco	fun sá i	mucho	amuirámye

Pronombres:

yo	huazdá	nosotros	huatút
tú	mómra	vosotros	ramáncure
él	corári	ellos	ramáncomá
ése	ii	éstos	yi mára
éste	anívima	esos	ramán yimá
aquél	yáa yimá	aquellos	vuyéramán yimá
mío	iyé	mía	iyé comára
tuyo	ayím	tuya	ayim comata
nuestro	ayí ti	vuestra	ayí fú
que	ticóo	quién	atí itén nocá
quienes	atí itén nocáramán	cuál	yá acá
cuyo	atí iyé nai	alguno	mána ái
nadie	ché umaña ye	ninguno	ché uma nocá
tal vez	thén ca tivá	otro	huenca
cuántos	atí nocá	demás	napá món catí

Adverbios:

aquí	yi cá	ahí	yimára
allá	yimá a	cerca	í pui
lejos	í poéc	dónde	í umáye
enfrente	catú huán catí ái	afuera	atáu huáiñ
dentro	tucassí	arriba	ahuín
abajo	timác	delante	cuzdi yüti
detrás	máp áu	encima	ssí huín ramán
debajo	cuzdí yití patu- cuzdí	junto	tapán ramánye
siempre	muiyé tiquín máiñ	pronto	zdé puín ssára
ya	éu	bien	chipuirá é
mal	aní samuí nara- mán	así	tiráñ pá i
apenas	che puí é nayé	despacio	yi muirám
casi	má oiñ	sí	yá rí
cierto	ticó u muiná	también	mómra puiyé
no	moé món aná	nunca	ché áu oiñ naná
jamás	upaquína timú	tampoco	macáana

quizás	máata muiyé aná ta	más	é é ráiñ
antes	yi puiрін	nada	moé mañá

PRINCIPALES MODOS DE USAR LOS VERBOS

CANTAR voy a cantar están cantando ¿ya cantaste? ya canté canten! ¿cuándo cantó? cantaré siempre	vó qui vó quita aná vóqui naramán vó qui má? vóqui aná? vóqui rá! vóqui úm pui- rím? muiye timá ña- vóqui na ná	TRABAJAR voy a trabajar están trabajan- do ¿ya trabajaste? ya trabajé trabajen! ¿trabajarían es- tos? ya trabajaron	tén huá tén ta aná umári téñ nocó- ramán tén úm? tén aná ten rá! tén é cutíramán curé? tén naramán
MATAR voy a matar están matando ¿lo mataron? ya lo maté mátenlo! lo mataré ma- ñana quien lo mataría	furú ra furú ta aná umapri furú no- cón furú nón? furú anón? furú rón! furúri samá tón atí furú nón apóec	ROBAR voy a robar están robando ¿lo robaron? ya le robé roben! no robaré más quien le robaría	maví va maví ta aná umári maví no- córamán maví fúm? maví anón maví rá apirón maví naná atí maví nón- apóec
PESCAR voy a pescar están pescando ¿ya pescaron? ya pescamos pesquen! ¿quién pescó? mañana pescaré	samá patí furútáaná papa- ti umári furú no- corámjn pa patí áu fú patí? áu catút patípa ní furúra pa patí- ramá nón atí mámya yatí? furúri samá ta- pa patí	DAR voy a dar les están dando ¿ya le dieron? ya me dio dénles! ¿ya le daría? daré mañana	muíra muítí fún umári muí nocá muí fún? muínapá muirón muí nóm yarí? muíri sama tón
HABLAR voy a hablar están hablando ¿ya hablaste? ya hablé ¿cuándo habla- ría? ayer habló hablen!	yá huá yá atá aná yána ramán ya má? ya aná paní atí nayé yano- cámuimina ya yaca pana- pát ya ará	LLAMAR les voy a llamar están llamando ¿ya llamaron? ya llamó llámenlos! llamarían? ya han llamado	huáura huáu roná fufú huáuuna ramán huáu fú ramán? huáu ná huáu rón huáu fún? huáu catút pacón

JUGAR

Voy a jugar
ya están jugando
¿ya jugaron?
ya jugamos
jueguen!
ya jugó
jugaré

apayán
apayán tá aná
apayán ti naramán
apayán fú?
apayán catút
apayán rá
apayán ná
apayán ti pá-mamáye

LLORAR

voy a llorar
están llorando
¿ya lloraste?
ya lloré
lloren!
todos lloraron
siempre lloraré

aíñ hua
aíñ tá aná
aíñ naramán
aíñ má?
aíñ aná
aíñ rá
aíñ pí naraman
muyé tití máíñ-ron
aíñ naná

BESAR

te voy a besar
se está besando

cháí hua
cháí roná fún
cháíramán namáramán

LAVAR

voy a lavar
están lavando
¿lavaste?

páp hua
páp tá aná
páp na ramán
páp má?

ya la besaste
ya la besé
bésela!
¿quiénes le besarían?

cháí mán?
chá anán
cháí rán
atí itén-noca
cháíñ ñán?

ya lavé
laven!
lavarían?

páp aná
páp urá
páp eca matí ra
rán
apina páp nimá

todos la besaron

cháí puínán ramán curé

ya lavaron

SEMBRAR

voy a sembrar
están sembrando

pím hua
pím ta aná
umári pím nocó-ramán
pím pi fú?

DESCANSAR

vamos a descansar
están descansando

zdác hua
zdác ti

¿ya sembraron?

ya sembramos
siembren!
¿ya sembraría?

pím pi catút
pím rá
pím e cutí ramán
pím ná

¿ya descansaste?
ya descansé
descansen!
¿descansaría?
ya descansó

umári zdác nocó
ramán

zdác má?
zdác aná
zdác rá
zdác comá?
zdác ná

ya sembró

TREPAR

voy a trepar
están trepando

puíni hua
puíni tá aná
umári puíni nocóramán

ERRAR

creo que voy a errar
ya le erró

furéc hua
furéc roná pacáíñ
apeóc
furéc ná

¿ya trepaste?
ya trepé
trepén!

puíni má?
puíni aná
puíni ra

¿le erraste?
le erré
no lo yerren!

furéc món?
furéc anón
macá furéc tónni-

¿treparía?

Puíni é cutícomá
puíni na

yo no erraría

má
huadá ta ché furéc é na

trepó

SER

yo seré bueno
ellos fueron buenos

ichái hua
icháíye món ná
curári icháíyemoná ramá
puirím

MOLER

voy a moler
están moliendo
¿ya molieron?
ya molimos

tún hua
tún ta aná
tún na ramán
tún fú?
tún catút

¿eres bueno?

cucháica món rá?

muelan rápido!

de de zdá zdá tún-nifú
yipáni tún ca

soy bueno
hay que ser buenos!

cuchái ca
cháí cháí ra!

sí, ya molió

sería bueno

cháí catirá

OLER

hay que oler
ya está oliendo
¿olieron?
ya no huele

nác hua
nác ráiñ
umári nác nocá
nác fúñ?
apina nác na-
náiñ

yo oleré
yo no olería

nác roná
huadá chenác-
ero nanáiñ

COMER

vamos a comer
estamos comien-
do
¿ya comiste?
ya comí
coman!
¿comió hartó?

caú hua
cáu su utí
umári cáu natí
cáu má?
cáu aná
cáura!
cáu muiyé ná

CORRER

vamos a correr
están corriendo

¿ya corrieron?
ya corrimos
corran!
no corrió

puiríp hua
puiríp ti
umári puirípno-
có ramán
puiri fú?
puiríp catút
puiríp rá
curé che puiríp-
é nocá

TENER

nosotros tendre-
mos
¿ya tienen?
¿ya tenemos
ellos tuvieron

tengan!
no tuvo nada

ó ma
huatút ron-
omayím náiñ
omayím?
ó má
omá coramán-
puirím
o má yim ráiñ
che ománaye

BARRER

¿ya barrieron?
estamos barrieren-
do
ya barrí
¿barrerían ya?

Barran de una
vez!

quihuín hua
quihuín fú?
umári quihuín-
natút
quihuín aná
quihuín iramán-
apoéc
quihuín ssi uñá

SABER

yo sé todo

ellos sabían

¿no lo supiste?
no lo supe

ya lo supieron

qué van a saber!

apuím hua
huadáye apuím-
ye moná

apuím muiyé na-
ramán ta
apuím upáiñ?
che apuím é na-
náiñ
apuím náiñ ra-
mán
apuím ramáiñ hua

VER

voy a ver
¿no están bien-
do?
no lo vieron?
no lo ví

hay que verlo
no vio nada

LLOVER

ya va llover
está lloviendo
¿llovería?
ya llovió
que llueva fuer-
te!
se fue la lluvia

HACER

ya haré
están haciendo

¿ya hicieron?
ya hicimos
hagan!
no hizo nada

PERDER

¿te perdiste?
no se perdió
no quiero per-
derme
se estaban per-
diendo
no se pierdan!
no me perderé

COCER

está cociendo
¿ya coció?
no ha cocido
que cueza pron-
to!
¿no cocería ya?

BEBER

lo bebí todo
que se lo beba

están bebiendo
ya bebieron

¿quieres beber?
ya he bebido

ESCOGER

yo escogí

quiríc hua
quiríc ta aná
chi quiríc nifúye?

quiríc eni fún?
chi quiríc é nanón

quira quiríc rón
che umánocá qui-
ríc ca

má ye
má ye contana
má ye cómna
má ye ná?
má ye cómna
má ye com osáma

huén tiquinna-
mayé cóm

tén hua
tén roná
umári tén nocára-
mán

tén fuñ?
tén ca túpañ
tén oñá
che umánaye tén
ca

ssidá hua
ssidá má?
che ssidá é nocá
che ssidá ta énaná

ssidá huan món-
naramán
maca ssidá nifú
ssidá á natá

tussí ye
tussí ta aná
tussí ná?
tacára tussí ta í
zdé puín ssá ssá-
tussí nayé
tussina apoéc?

tóc hua
tóc pi anáiñ
tóc puisáiñ ma

tóc món naramán
tóc picáiñ tira-
mán
tóc ta úm?
tóc aná paní

QUERER

yo te quiero

timú
timú ana fún

huác hua
huác aná

se están queriendo	tacára timú huánnaramán	ellos escogieron	curári huác naramán
ella me quería	camárari timú-muiyé napá	¿escogiste? no he escogido	huác má? che huác é naná
la quisiste? no la quise no la quieran	timú mán? chi timú é naná maca timú nifún	escojan todos estamos escogiendo	huác piráñ umári huác natút
PEDIR yo voy a pedir están pidiendo	ichí hua ichí ta aná umari ichí no-coramán	IR ya voy se están yendo ¿te vas a ir?	má hua má qui roná má pí tiná ramán má ta má?
¿ya pediste? ya pedí pidan! ya pidió	ichí má? ichí aná ichí rón ichí ná	ya me voy vayáanse! ¿se fue?	má ta aná máara máa ná?
HERVIR va a hervir está hirviendo	tihuín tihuín ta aná umári tihuín nanyé	MORIR voy a seguir está muriendo ¿ya moriría? sí, ya se murió que se muera!	i muí hua i muí ta aná i muí ta ná i muína ya rí? yíc paní i muína i muísama!
¿ya herviría? ya hirvió que hierva!	tihuín í puí? tihuín ná tihuín nayé		
REÑIR me va a reñir está riñendo ¿te riñó? me ha reñido que no riña	rá mi ná ra mi tón mapá rami ramí i rami nafún? rami napá macá ramí nocá	PARIR ya voy a parir está pariendo	ahuirám hua ahuirán ta aná umári ahuirám-náama ahuirám na apoéc ahuirám na zdé zdé ssá ssá ahuirán namá
¿ya pariría? sí, ya parió que para de una vez!			
MENTIR voy a mentir están mintiendo ya mintió? mintieron todos	umé món ume món táaná umé món tifú umé món fú? umé món naramán	SEGUIR voy a seguir están siguiendo ¿me seguiste? te he seguido síguenme! te seguiré siempre	tifó hua tifó tifú fu tifó nón tifó mapá? tifó ana fún tifó rapá muiyé timáñron tifó nanafún
no mientan! no mentiré	macá umé món-nifú muiná aspirón umé món-naná		
VENIR ya viene están viniendo	i huán ihuán tá aná ihuán puití naramán	OÍR voy a oír estamos oyendo ya lo oyeron? ya lo oímos oíganme! ¿lo oyó?	rapát hua rapát aná umári rapát natút rapát fún? rapát catu páñ rapát oñá pa rapát má?
¿ya viniste? ya vine vengan de una vez!	ihuán má? ihuán aná ihuán ra		
¿Cuándo vinieron?	atínaye ihuán-fú?		
DORMIR voy a dormir están durmiendo ¿ya duermen?	upuéñ hua upuéñ ta aná upuéñ pina ramán upuéñ fú?	HUIR vamos a huir ya se huyeron	pam maraman hua pam maraman ticatí pam maramán naramán

no estamos durmiendo a dormir no durmió	che upueñ e natút upueñ pirá che upueñ é nocá	¿ya huiste? no huiré nunca ¡no huyan! ya se huyó	pám ma má? che pám ma erón-naná máca pám matá-nimá pám ma na
SUFRIR vamos a sufrir estamos sufriendo ¿sufriste? no he sufrido no sufrán!	séit hua séit séit mon-utí séit muiyé hua séit má? ssí séit é naná macá séit séit-nimá	REIR voy a reír están riendo ¿reíste? me he reído no se rían! ya riyó	tasám hua tasám ta aná tasám ramán naramán tasám úm? tasám muiyé aná-macá tasám tasám na
sufriría otra vez	opáquit séit tano-cá		
VIVIR estoy vivo están viviendo ¿ya viviría? ya vivió hay que vivir viviré siempre	umá hua umá a umá ti naramán umá itá? u má umá ra muiyé ti mañóm-umá naná	RECIBIR voy a recibir están recibiendo ¿recibiste? recibí no reciban jamás recibiría	pám ráiñ pám táñ aná pám náñ ramán pám máñ? pám manáñ macáñ pám ye opaqui pám yeron nanáñ

HOMENAJE

sempiterno a los indios que al salir a la civilización -1938 a 1940 – como fundadores de Moré murieron víctimas de enfermedades desconocidas en el monte.

Saapác	mujer	de 37 años sm/m
Víritan	“	“ 28 “ “
Fú huóm	“	“ 25 “
Ssóit camát	“	“ 14 “
Pát puín choró	“	“ 21 “
Huiríc sacassi	“	“ 27 “
Fú moró	“	“ 90 “
Quinám	hombre	“ 32 “
Muisá tahuít	“	“ 27 “
Mócapam	“	“ 56 “
Quiná	“	“ 29 “
Apó ocpoéc	“	“ 48 “
Huén huaná	“	“ 26 “
Corómapac	“	“ 24 “
Cahuít	“	“ 7 “